

SE

DL

11

CCIÓ

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
BIBLIOTECA GENERAL DE B. I. D. E. C.

HARDANS
Y
SSEPSI

3

PQ2611

.E8

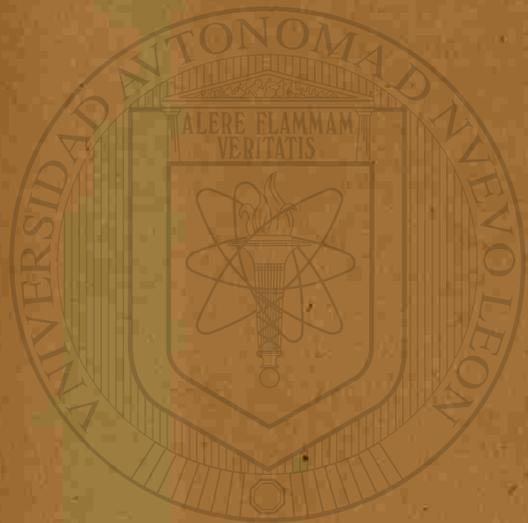
668

v.3

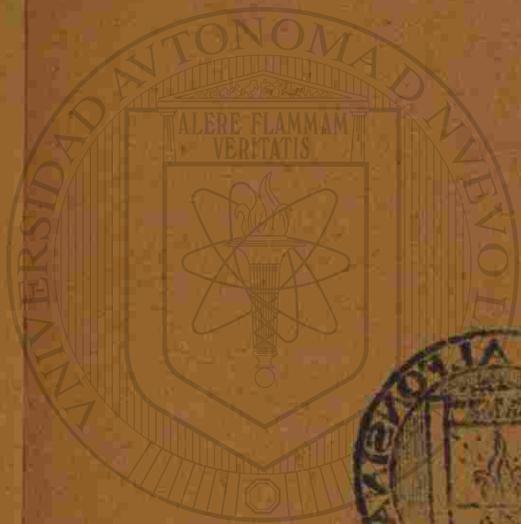
PLANN



1020026978



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE **FONDO** NUEVO LEÓN
RICARDO COVARRUBIAS ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CARRANZA COHACIS

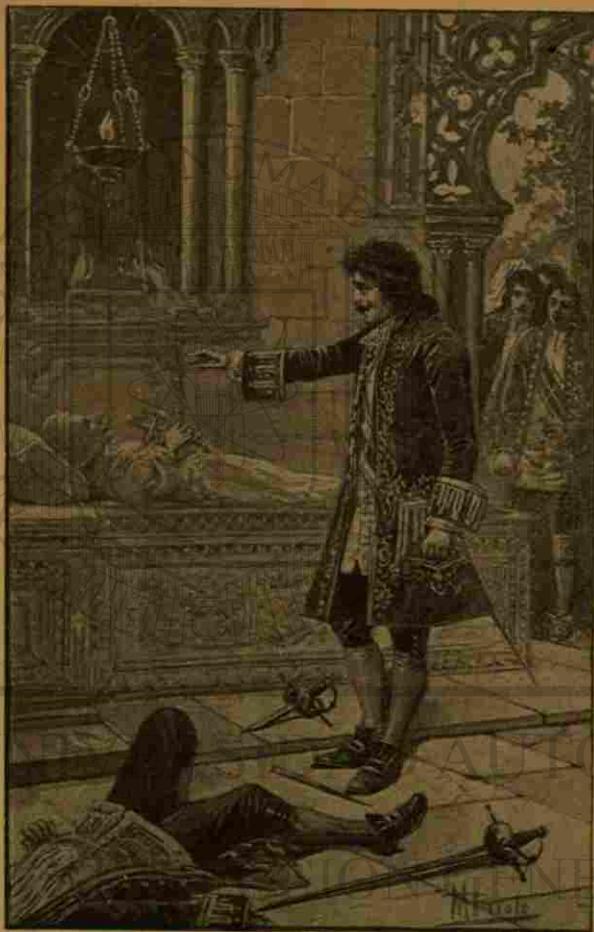
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA CALLEJA

OBRAS LITERARIAS
DE
AUTORES CÉLEBRES

CXCIII

Núm. Clas. N
Núm. Autor F. 4282a
Núm. Adg. 30111
Procedencia -8- (R)
Precio _____
Fecha July
Clasificó _____
Catalogó _____



—¡Gracias á Dios, Nevers, he cumplido mi juramento!

COCARDASSE Y PASSEPOIL

Tercera parte de "El Juramento de Lagardere"

× × × y "Aurora de Nevers" × × ×

POR

PAUL FERNÁNDEZ CALLEJA

VERSION ESPAÑOLA

TOMO III



098889

••••• CASA EDITORIAL •••••

SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ

✕ ✕ FUNDADA EN EL AÑO 1876 ✕ ✕

CALLE DE VALENCIA, NÚM. 28 - MADRID

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

30111



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Esta obra es propiedad.— La presente edición se publica debidamente autorizada.

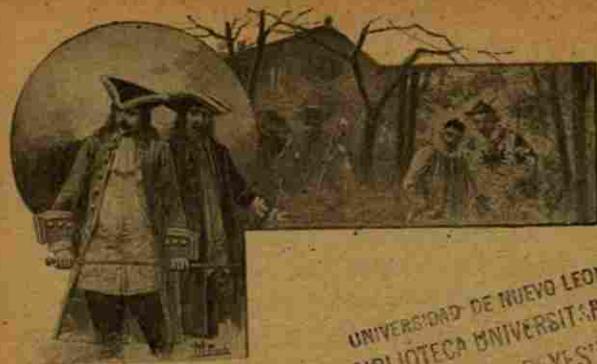
CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Centro Gráfico Artístico, Rda. de Conde Duque, 3.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1ºdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

Naufragio en el Puente-Rojo.

Hemos visto demostrada la inexactitud del relato de madame Dunoyer.

Hay que perdonar á la literata.

Había ido á Paris por unas cuantas semanas para que los parisienses apreciaran su belleza y su talento, no para contemplar escenas de matanza.

Nada tiene de extraño que emocionada viera cuatro asaltantes de una parte, cuando estaban de la otra, á no ser que confundiera los personajes y creyese que Blancrochet era el hombrecillo.

Téngase en cuenta que tenía que recurrir á las referencias del padre Cotton, parlanchín incorregible con pretensiones de conocer á todo el mundo en París, aunque nacido y criado en Londres. Hizo, pues, lo que pudo, y aun es muy sorprendente que la colaboración de una protestante convertida y de un teólogo inglés se acercase tanto á la verdad.

Pero es inútil discutir sobre ese punto, una vez que los dos capítulos precedentes han restablecido la verdad de los hechos.

Sin embargo, es posible que los otros espectadores de la ventana de la literata se hubieran asombrado mucho si les hubiesen asegurado que el andrajoso hombrecillo era nada menos que el conde Enrique de Lagardère, de quien tanto se hablaba en París desde hacía algunos meses.

Hemos visto que el nombre de éste no fué pronunciado durante la refriega.

Una estocada había detenido en los labios de Gualter Gendry la veleidad de pronunciarlo.

Sin duda tenía sus razones para ello, y la mejor prueba era su disfraz.

Así, cuando todos los bravos quedaron tendidos en el suelo, sustrayéndose á la ovación que deseaban hacerle los entusiasmados espectadores, se escabulló y desapareció furtivamente.

Cocardasse hubiera querido quedarse para saborear los aromáticos vapores del triunfo que, indudablemente, habían de mezclarse en su cerebro con otros más agradables y refrescantes.

Entre la concurrencia debía de haber muchas gargantas secas, y todos tendrían á honra beber en compañía del héroe.

Á Passepoil por su parte le parecía grato que las lindas espectadoras le felicitasen; y en cuanto á Berrichón, aunque bastante satisfecho de sí mismo para no creer necesarios los cumplimientos de los demás, nada prueba que su amor propio fuera insensible á los gratos cosquilleos de la lisonja.

Pero Lagardère cortó en seco todas las tendencias é inclinaciones á sacar el mejor partido de la victoria, haciéndoles seña de que le siguiesen.

No fué pequeña tarea la de librarse de la multitud: idas y venidas por calles estrechas y tortuosas, vueltas imprevistas en distintas direcciones y desaparición por casas de doble salida fueron tretas inútiles durante un buen rato.

Había sabuesos que olían todas las astucias.

El papel de triunfador tiene también sus inconvenientes.

À la orilla del Sena Lagardère llamó á un barquero, le dió algunos escudos y le dijo:

—Toma. Acude á buscar tu embarcación dentro de media hora en el Puente de Tournelle.

El trato no era malo, pues aunque no hubiera vuelto á ver la barca, que era muy mala, salía ganancioso.

No opuso, pues, dificultad alguna, y los cuatro hombres entraron en ella, y pronto estuvieron en el centro del río.

El Conde soltó los remos y murmuró:

—Ahora podemos hablar. ¿Qué sucede en casa?

—¡Mal pecado! Que mademoiselle Aurora languidece de día en día.

—¡Pobre niña! ¡Tan cerca de ella, y no puedo ir á decirle: «Aquí estoy y no me iré más!»

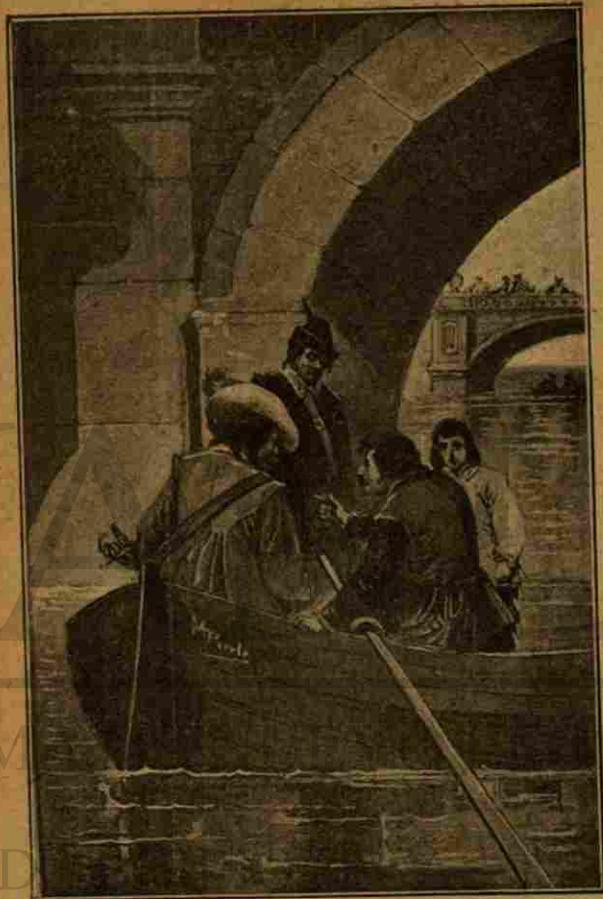
—¿Y por qué no, pichón? Ven en seguida á decírselo.

—No.

—Bueno. Sin duda tendrás razones que no nos atañen. Pero cuando la pequeña sepa que estás aquí y no vas á verla, llorará.

—No debe saberlo.

—¿Y no hemos de decírselo? ¡Bah!—dijo Passepoil.



—Ahora podemos hablar.

—No—replicó Lagardère irguiéndose.— Os lo prohibo. No discutáis, y obedeced. Que nadie le hable de mí ni le diga que me ha visto. Necesito estar completamente libre para acabar de una vez con nuestros enemigos, los cuales deben ignorar lo que ha sido de mí. Creen que desaparecí para siempre, y en el momento en que menos lo esperen surgiré para darles el golpe de gracia.

—¿Y qué podemos temer?—preguntó el normando.—Hemos destruido toda la banda.

—¡Vive Dios! ¡Y en cuanto á Gonzaga y Peyrolles deben de estar en el Infierno!—añadió el gascón

—Gonzaga y Peyrolles están en París—dijo melancólicamente Lagardère.

Un rayo que hubiese caído entre ellos no les hubiera producido mayor efecto.

—¡Sangre de Cristo!

—¿Desde cuándo?

—Ayer mañana entré con ellos por la Puerta de la Conferencia. Los tres íbamos disfrazados. Antes de dos días se les habrán reunido sus acólitos.

—¡No hay miedo! ¡Los enviaremos á reunirse con sus axiliares, á quienes hemos dejado ahora poco en el sitio!

—Me ocurre una idea—propuso Passepoil.—Si diésemos parte á la policía..

—Tu idea es mala, maestro Amable—replicó el Conde.—La prisión sólo nos libraría de ellos temporalmente. Puede uno escaparse de la Bastilla: la única prisión de que es imposible fugarse es del féretro.

—¡Cuernos de Satanás! ¡Muy bien dicho! Pero el caso es que ahora correrá más peligro que nunca mademoiselle Aurora.

—Chaverny se basta para guardarla. Auxiliado por Navailles y por Laho, no tiene nada que temer.

—Y entretanto, ¿qué haremos nosotros?

—Vosotros recorreréis sin cesar las calles de París, y cuando halléis un jorobado, sea cualquiera el traje que lleve, le seguiréis para prestarle auxilio á una señal suya. Un jorobado principió el negocio, y quiero que un jorobado lo termine. Vosotros no sabéis dónde está Lagardère. ¿Lo entendéis? Yo sabré daros á conocer de vosotros, y os transmitiré diariamente mis órdenes.

—¡Bien!—murmuró el tolosano.—Los contrahechos me interesan, y no me costará trabajo ser amigo de todos los jorobados de París.

—Sin embargo, trata de distinguir los verdaderos de los falsos.

—¿Y si entre el montón el príncipe de Gonzaga reconociera á su Esopo II?

—No tengas cuidado. El día que me conozca, no necesitaré joroba.

—Trata de que sea pronto, muchacho, para hacer dichosa á mademoiselle de Nevers, así como á doña Cruz, y al Marquesito, y á tus pobres viejos maestros.

—¡La hora se acerca! Acaso suene dentro de ocho días; tal vez mañana. Se pierden muchas partidas sobre el tapete verde. Gonzaga ha querido jugar la última, y el tapete esta vez será rojo; rojo con su sangre.

El Conde reparó de pronto en la espada de Cocardasse, y todo un mundo de recuerdos se agolpó á su mente, retrotrayéndose con el pensamiento á la época en que la cinceló en Pamplona para proveer al sustento y cuidado de Aurorita. Se emocionó más de lo que hubiera creído.

—¿De dónde has sacado esa espada?— preguntó después de largo silencio.

El gascón se ruborizó. No quería contar su aventura del albañal ante Juan María, por no desmerecer á sus ojos; y lo primero que se lo ocurrió fué forjar una historia halagüeña. Pero reflexionando que podía omitir ciertos pormenores, contó sólo una parte de la verdad, elogiando en cuatro palabras á su nueva espada:

—Es una hoja excelente.

—La conozco; ha pasado por mis manos. Si otro que tú la llevara al cinto, se la reclamaría.

—¡Cuernos de Lucifer! ¡Tómala! ¡Está bastante bien templada para atravesar el cuerpo de Gonzaga!

—No, amigo; consévala, y haz buen uso de ella. Quizás no tarde mucho en pedírtela.

—¡Voto á brios! ¡Cuando quieras! Hasta entonces no estará sin trabajar en mi poder. ¡No tengas cuidado!

El Conde volvió á apoderarse de los remos, y bogó hacia la orilla.

—Mañana no sé dónde os veré, pero no os inquietéis por mí, y sobre todo, sed mudos.

—¡Qué lástima que no podamos consolar á las pobrecillas! Pero nos echaremos un nudo á la lengua. ¡No haya miedo!

La barca continuaba deslizándose; de pronto el gascón exclamó:

—¡Cuernos de Belcebú! ¡Tengo los pies húmedos! ¡Esta barca hace agua!

—Si — dijo Enrique sonriendo. — Hace rato que lo he observado, pero nos dará tiempo de llegar á la orilla. No os mováis, si no queréis que naufraguemos.

De un vigoroso impulso llevó la embarcación hacia la ribera.

Estaban cerca de ella, en las inmediaciones

del Puente Rojo, que luego se llamó puente de la Ciudad.

El Puente Rojo, de triste memoria, se había hundido muchas veces.

En 1634 había desplomado una procesión en el Sena, y no pudo resistir al cataclismo de 1709.

Reconstruído hacia pocos años, el 1717, quedaban bajo el agua restos de machones y soportes del antiguo, lo que hacía que los barqueros anduviesen por allí recelosos y aguzados los cinco sentidos.

Nuestros navegantes ignoraban este peligro, y la carcomida y podrida barca fué á dar con uno de aquellos obstáculos, llenándose de agua.

Aquel sistema de navegación no agradaba lo más mínimo á Cocardasse; era innato su horror al agua, y su aventura del albañal contribuyó á hacérsela odiar más. Comenzó, pues, á lanzar con el peor humor del mundo votos y ternos en inacabable letanía.

Juraba como un carretero.

—¡Nada de votos ni gritos!—le dijo Lagardère.—Nademos hasta los pilares del puente, y no nos costará mucho izarnos.

—¿Sabes nadar, Berrichón?—preguntó Passepoil.

—Como un pez, maestro. ¡No os preocupéis por mí!

Los cuatro hombres se vieron en el agua sin hacer por su parte el menor esfuerzo, y pusieronse á nadar para llegar á los estribos del puente.

El improvisado concurso de natación no tardó en atraer al puente multitud de papanatas que gesticulaban y aullaban, sin ocurrírseles ir á buscar cuerdas.

Algunos, sin embargo, se proveyeron de pértigas con objeto, sin duda, de auxiliar á los náufragos cuando estuvieran bastante cerca.

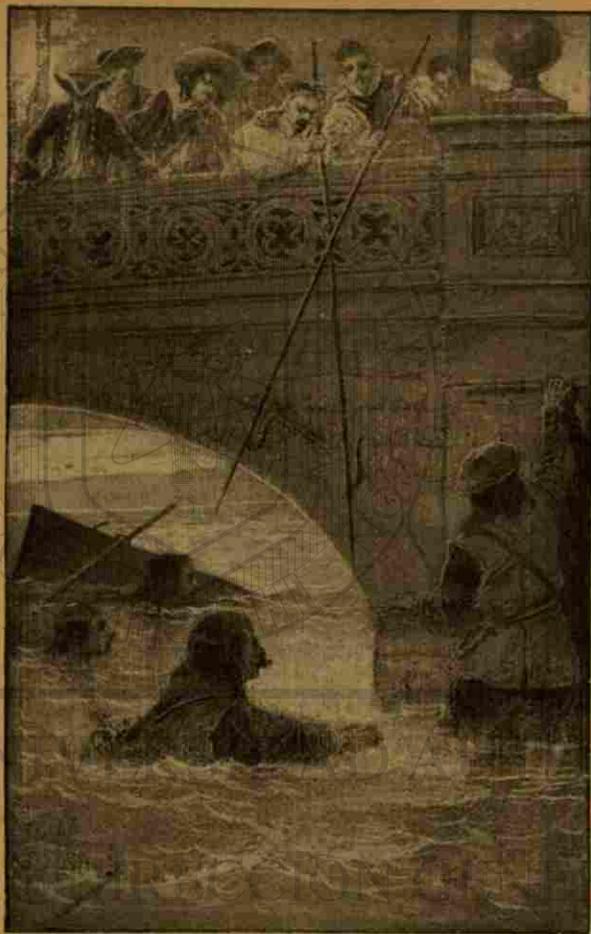
Para el contrahecho, cuya agilidad y fuerza conocemos, subir fué como cosa de juego.

Los otros, entre los vestidos y las tizonas tenían demasiado que hacer, y no observaron que Lagardère había elevado por encima de su cabeza sus alforjas, que se agitaban de un modo insólito, y de las cuales salió como un grito extraño que confundido con el rumor del agua y las exclamaciones de los curiosos, no se oyó bien, ó por lo menos no fué advertido.

Maese Cocardasse comenzó la ascensión ágilmente siguiendo á Lagardère.

El desagradable baño que acababa de tomar no le impedía lanzar gasconadas, pues necesitaba mucho para que se le anudara la lengua.

—¡Mala peste con el agual!—gruñía.—¿Por



Algunos, sin embargo, se proveyeron de pértigas...

qué no caeré en un lago de vino de Medoc, donde no tenga más que abrir la boca para beber hasta saciarme?

Mientras formulaba tan irrealizable voto, sintió en el hombro un violento dolor, y levantó la cabeza.

Mal le fué: su cráneo resonó como un tambor, y aturdido por el golpe, abrió las manos, dejó de agarrarse, y cayó al río medio desvanecido, sin saber de dónde procedía tan cobarde ataque.

Al mismo tiempo Passepoil era víctima de un atentado semejante.

Pero éste pudo ver por encima de la barandilla dos hombres inclinados y armados con sendas pértigas, los cuales, so pretexto de tenderlas á Cocardasse y á él, procuraban atontarlos á golpes.

No tuvo tiempo de reconocerlos, preocupado por ver si el Conde estaba expuesto también al mismo peligro, ó mejor dicho, si corría la misma suerte.

Y le percibió ya á caballo en la baranda, al mismo tiempo que nuevos, fuertes y ciertos golpes en las manos le obligaban á hundirse en el agua.

Ya en salvo sobre el puente, Lagardère miró, y sólo vió á Berrichón.

¿Qué había sido de los otros?

Buscó con ansiedad en los grupos; pero no vió más que rostros desconocidos y dos titiriteros que le miraron un instante y se alejaron con paso rápido.

No tuvo tiempo de fijarse en su faz sospechosa, muy interesado en averiguar el paradero de los diestros.

Por fortuna, mientras tanto llegaron unos barqueros que socorrieron y salvaron al gascón y al normando, los cuales después del formidable chapuzón habian reaparecido á flor de agua, sin fuerzas más que para sostenerse en la superficie adivinando que les llegaban auxilios.

Pronto se hallaron en tierra firme, y la muchedumbre los rodeó solícita.

Cuando vieron sanos y salvos á Lagardère y á Juan María, sus rostros se inundaron de júbilo; pero no tardaron en expresar terrible cólera, recordando lo que les había sucedido.

Amable sacó la espada, y comenzó á examinar uno por uno á los circunstantes con cara de pocos amigos.

Su actitud amenazadora sorprendió tanto más, cuanto que los presentes creían merecer gratitud.

Sólo Cocardasse comprendía lo que buscaba.

—¡No te molestes, pequeño! ¡Los bergantes

deben de haber puesto pies en polvorosa hace ya buen rato!

—¿Qué quieres decir?—preguntó el Conde. Los diestros relataron su aventura.

—¡Imposible!—exclamaron muchas voces. No hay entre nosotros gentes bastante viles para proceder así.

—¡Bah! Por eso es probable que ya no estén.

—La prueba de lo que digo la tenéis en mis manos. Mirad la señal de los golpes.

—Y yo podría mostraros algunas averías en el cráneo, y hasta en la nariz.

—¡Lástima de nariz! ¡Tan preciosa como es!—gritó socarronamente un pilluelo.

—¡Bribonzuelo! Cuando tú la tengas como yo, será señal de que pasó por debajo de ella tanto vino como por debajo de la mía. ¡En cuanto á esos bellacos, si los tuviera ante mi vista, les sacaría las tripas!

—¿Quiénes son? ¿Dónde están? ¡Al agua con ellos!—aulló la multitud.

—¡Los enrodados están aquí! ¡Acaban de venderse!—murmuró Lagardère.

—¡Cuernos de Lucifer! ¡Caro han de pagarme el caldo indecente que me han hecho tragar!

Pero Nocé y Lavallade estaban ya lejos, y habían dejado á los demás que pescaran los

cadáveres de los dos diestros, esperando por su hazaña las felicitaciones de Peyrolles, y alguna recompensa de Gonzaga.

Sin embargo, no hubiera sido contra ellos contra quienes se habrían encarnizado, á sospechar que Lagardère acompañaba á los maestros. Pero no le habían reconocido en aquel contrahecho.

Sólo hacía una hora que estaban en París; por consiguiente, no se podía decir que habían perdido el tiempo.

¿Qué sería cuando la banda estuviese completa?

X

El café Procopio.

De toda la banda, ó más bien de las dos bandas de bravos pagadas por Gonzaga, sólo habían quedado con vida Rafael Pinto, el hijo de la turinesa, y Gruel, llamado el *Ballena*. Y como ambos, á pesar suyo, habían recibido algunas pulgadas de acero en sus tejidos, más ó menos adiposos, pasaría bastante tiempo antes de que el uno pudiera servirse de su brazo y el otro de su pierna.

Además, como el joven carecía de experiencia y el veterano estaba dotado de inteligencia obtusa, serían auxiliares poco menos

que inútiles, aun después de curados, pues sólo podía contarse con ellos para hacer número.

En aquella bendita época de espadachines no había barrio ni calle donde no hubiese carniceros de carne humana que se intitulaban pomposamente «cirujanos» y trabajaban á conciencia, aunque con poca ciencia. Menos modestos que su ilustre antecesor Ambrosio Paré, que decía: *Yo he cuidado; Dios ha curado*, ellos se jactaban de librar de la muerte á todos los clientes que curaban; y en verdad que no podían quejarse de falta de trabajo aquellos honrados practicantes, pues abundaban enormemente los miembros rotos y averiados.

Todos soñaban con atender á algún rico aristócrata; pero tenían que contentarse con miseros bravos, que muchas veces les pagaban sólo con insultos, bien que en buen número de casos no merecían otra cosa. Todo el bagaje científico de aquellos matasanos se reducía á algunas palabras latinas, hilas y vendas de mala calidad. Pero así iban pasando, algo cobraban, y la cantidad suplía á la calidad.

Los dos heridos de nuestra historia, retirándose de la liza antes de acabado el torneo, acudieron á uno de esos matachines, y el que les tocó en suerte, después de la primera cura dijo que la piel del joven era fina y la espada

cadáveres de los dos diestros, esperando por su hazaña las felicitaciones de Peyrolles, y alguna recompensa de Gonzaga.

Sin embargo, no hubiera sido contra ellos contra quienes se habrían encarnizado, á sospechar que Lagardère acompañaba á los maestros. Pero no le habían reconocido en aquel contrahecho.

Sólo hacía una hora que estaban en París; por consiguiente, no se podía decir que habían perdido el tiempo.

¿Qué sería cuando la banda estuviese completa?

X

El café Procopio.

De toda la banda, ó más bien de las dos bandas de bravos pagadas por Gonzaga, sólo habían quedado con vida Rafael Pinto, el hijo de la turinesa, y Gruel, llamado el *Ballena*. Y como ambos, á pesar suyo, habían recibido algunas pulgadas de acero en sus tejidos, más ó menos adiposos, pasaría bastante tiempo antes de que el uno pudiera servirse de su brazo y el otro de su pierna.

Además, como el joven carecía de experiencia y el veterano estaba dotado de inteligencia obtusa, serían auxiliares poco menos

que inútiles, aun después de curados, pues sólo podía contarse con ellos para hacer número.

En aquella bendita época de espadachines no había barrio ni calle donde no hubiese carniceros de carne humana que se intitulaban pomposamente «cirujanos» y trabajaban á conciencia, aunque con poca ciencia. Menos modestos que su ilustre antecesor Ambrosio Paré, que decía: *Yo he cuidado; Dios ha curado*, ellos se jactaban de librar de la muerte á todos los clientes que curaban; y en verdad que no podían quejarse de falta de trabajo aquellos honrados practicantes, pues abundaban enormemente los miembros rotos y averiados.

Todos soñaban con atender á algún rico aristócrata; pero tenían que contentarse con miseros bravos, que muchas veces les pagaban sólo con insultos, bien que en buen número de casos no merecían otra cosa. Todo el bagaje científico de aquellos matasanos se reducía á algunas palabras latinas, hilas y vendas de mala calidad. Pero así iban pasando, algo cobraban, y la cantidad suplía á la calidad.

Los dos heridos de nuestra historia, retirándose de la liza antes de acabado el torneo, acudieron á uno de esos matachines, y el que les tocó en suerte, después de la primera cura dijo que la piel del joven era fina y la espada

no tuvo que ser impulsada por un brazo vigoroso para romper los tejidos; pero que el que había atravesado el muslo de Gruel lo mismo podía haber atravesado un buey. Y formulado este juicio, el pseudo cirujano frotóse las manos; signo evidente de íntima satisfacción por aquel rasgo de rara perspicacia.

Animado el gigante por un vago fulgor de buen sentido, opinó que tal diagnóstico no era suficiente, y en su consecuencia descargó el puño sobre el galeno y comenzó á sacudirle como si fuese un ciruelo.

El facultativo, con no escasa dosis de lógica, dedujo que hubiera sido preferible que resultase el *Ballena* herido en el brazo y Pinto en la pierna.

—¡Basta de parola, y á curarme bien! ¡Si al salir de tu casa no puedo correr como una liebre, puede suceder que resultes tú más enfermo que yo!

Bajo aquella amenaza el hombre hizo prodigios, y Gruel, viendo que no podía andar bien, hizo dar una pirueta al curandero.

—Todo trabajo merece un salario—dijo.—No podemos darte dinero, por la sencilla razón de que no tenemos; pero, en cambio, te daremos un consejo.

—Con consejos no comeré, señores—replicó furioso el «cirujano», aunque sin atre-

verse á enseñar los dientes á aquel cetáceo.

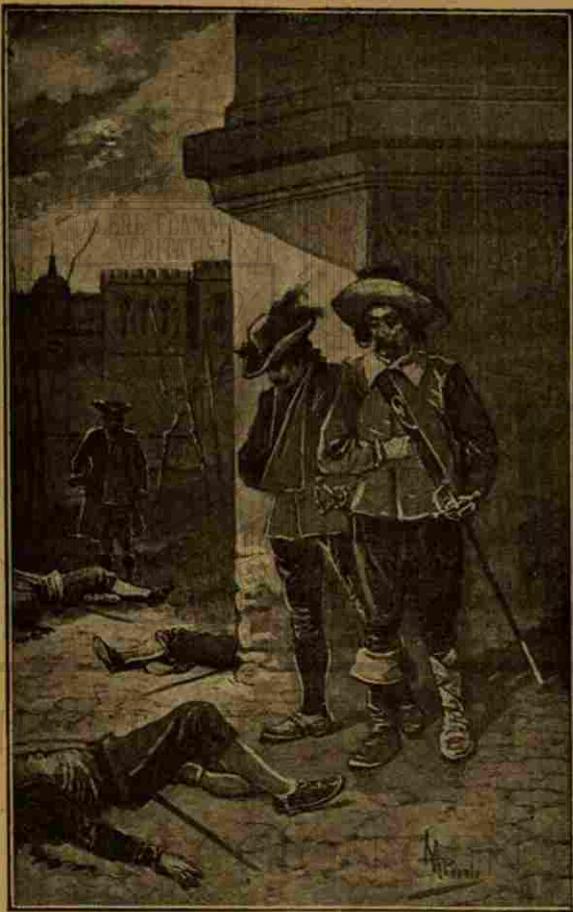
—¡Eso no nos importa! El consejo es este: Llégate corriendo á la Puerta Montmartre, y hallarás muchos brazos, piernas y cabezas que componer. Aquéllos pagarán por nosotros.

Y se fueron ambos, cojin cojeando, apoyados uno en otro, á dicho sitio. Contaban encontrar vivos á varios de sus compañeros y tendidos y cadáveres á los dos maestros de esgrima junto á aquel contrahecho que apareció á última hora, y que ellos apenas habían visto un instante.

Las sombras de la noche comenzaban á envolver con sus gasas oscuras el lugar del combate. Los dos bribones sorprendiéronse al ver que todo había terminado, y hasta los curiosos desaparecido. Pero si no percibieron ninguna persona en pie, distinguieron en el suelo manchas oblongas que no cabía duda que eran cadáveres.

—Los nuestros desfilaron—murmuró el gigante no pudiendo creer en su derrota.—¡Ese endiablado parlanchín, con su latín y sus necedades, nos ha entretenido mucho! No podemos hallarlos sino en la taberna.

—Hay algunos tendidos por ahí—dijo Pinto señalando á los difuntos que se destacaban en el suelo como las manchas oscuras



Distinguieron en el suelo manchas oblongas que sin duda eran cadáveres.

de una alfombra de piel de pantera.—Tal vez convendría enterarnos de quiénes son.

—Haz lo que quieras. Pero son, sin duda, los compañeros de Blancrochet, el mico aquel que surgió á última hora, los dos diestros y el gallito que los acompañaba.

—Veamos. Quisiera ver si Cocardasse ocupa muerto tanto espacio como ocupaba vivo.

Oyeron pasos tras sí, y se volvieron. Era el cirujano que los curó y que aceptó el consejo.

—¡Hola, buena pieza! Tú vas á decirnos quiénes son los que no necesitan ya tu auxilio. Entre los otros tal vez haya dos ó tres á quienes dar la puntilla.

—No se mata á la gente que está en tierra—objetó el cirujano, indignado y como espontánea y honrada protesta contra aquella cobardía.

—¡Ten cuidado no les hagas tú compañía si gruñes! ¡Pasa delante!

El primer cadáver con que tropezaron era el de Gualter Gendry. Ambos malandrines se estremecieron.

—¡Oh, oh!—murmuró el *Ballena*.—¿Qué significa esto?

El matasanos se inclinó para apreciar si palpitaba su corazón.

—Este está bien muerto—certificó.

Poco más allá estaban los cadáveres de Blancrochet y Daubri.

—Los dos muertos—dijo el cirujano tras rápido examen.

Luego fueron examinando los demás cuerpos tendidos, y el médico murmurando uno por uno:

—¡Muerto también!

De pronto el hombre hizo una observación que pareció sorprenderle.

—¡Es muy raro!—dijo.—En la mayoría de ellos la herida es la misma. Un simple agujero en la frente; pero tan limpio, tan franco, que sin el recogimiento triangular de los labios, triángulo que indica herida de arma blanca, lo creería hecho por una bala de mosquete. Ninguno de ellos ha sufrido. La perforación del cráneo ha producido en ellos una meningitis fulminante.

Los bandidos se miraron consternados y murmuraron á la vez:

—¡La estocada de Nevers!

—¿Quién habla aquí de la estocada de Nevers?—preguntó á su espalda un personaje á quien no habían visto llegar.

—¡Calle! ¡Monsieur de Peyrolles!—dijo el gigante reconociéndole.

—¿Y los otros? Gendry, Blancrochet... ¿Dónde están?

El coloso extendió el brazo y señaló los cadáveres:

—¡Ah!—dijo.

—¡Cómo! ¿Ahí? ¿Todos?

—Todos. Sólo hemos escapados nosotros dos, y á medias.

—¿Y Cocardasse y Passepoil?

—Deben de buscaros—gruñó el *Ballena*.

—¿Y esos dos hombres han matado á todos estos bravos con esa maldita estocada de Nevers?

—No.

—¿Quién, pues?

Poniendo la boca al oído de Peyrolles, el bandido murmuró:

—¡Lagardère!

El factótum experimentó tan violenta sacudida, que se le ladeó el gorro de pieles.

—¿Estás seguro?

—Seguro, no; pero me lo temo.

El mayordomo reparó en el matasanos, que le contemplaba sorprendido de que un rico mercader extranjero interrogase con tal interés á aquellos malandrines.

—¿Quién es ese?—preguntó.

—*Maitre* Le Boiteux, cirujano del rey, monseñor—repuso él mismo saludando con una reverencia.

—¡Puedes irte al Infierno, amigo!—exclamó Gruel.—¡No te necesitamos!

—¡No, no!—interrumpió el mayordomo, dándole un puñado de monedas de oro.—Hacedme el favor de mandar enterrar á esos pobres diablos, *maitre* Le Boiteux.

El cirujano se confundió en reverencias y protestas de agradecimiento, embolsándose el dinero, que no pensaba emplear en semejante cosa. La policía, que no supo impedir la refriega, se cuidaría de enterrar á las víctimas.

—Seguidme vosotros, y hablaremos en otro sitio. Es mucha suerte que hayáis escapado vivos para contarme el lance.

—¡Seguiros! Pinto puede hacerlo; pero yo si vamos un poco lejos... no. ¡La culpa es de ese granuja de Passepoil, que me ha atravesado el muslo!

El factótum de Gonzaga pensó en el medio de alejarse de aquel sitio sin separarse de los dos bandidos. En esto vió llegar una carreta vacía y llamó al carretero.

—¿Adónde vas?

—Adonde queráis, monseñor, siempre que paguéis.

—Se te pagará. Acomodáos ahí los dos, y en marcha. ¡Yo guío!

El carruaje no era lujoso ni cómodo, como que pertenecía á un cargador del muelle; por cojines no tenía más que algunos brazados de paja. Los vaivenes hacían jurar al *Ballen*.

Así y todo, recorrían el camino llevando como guía á Peyrolles, y llegaron á la calle de los Fosos de San Germán. Allí gratificó y despidió al carretero, y entraron en el café Procopio, no sin echar previamente el factótum de Gonzaga al interior del establecimiento rápida cuanto escrutadora mirada, y diciéndole á sus dos acólitos:

—Entremos aquí. Supongo que necesitáis restaurar las fuerzas.

El café Procopio, al que acudían escritores, artistas y personajes célebres, donde podían verse muchas veces á Voltaire, Juan Bautista Rousseau, Piron, Lamotte, Diderot, d'Alambert, el marqués de Bièvre, Freron... gozaba de mucha fama; pero estaba en aquel momento poco menos que desierto. No había más que cuatro ó cinco consumidores muy atentos á una partida de ajedrez, y al otro extremo Gonzaga con su disfraz de anciano mercader holandés. En el ángulo opuesto veíase un engendro cuya cabeza apenas pasaba de la mesa; iba vestido como un estudiante pobre. Á su lado tenía dos enormes libros que parecían demasiado pesados para sus brazos, y cuyo texto era dudoso que entrase en su cabeza enfermiza.

Por mala salud ó exceso de trabajo, estaba tan pálido su rostro, que nadie le hubiera dado seis meses de vida; y el mismo Gonzaga, á

quien tan poco importaban las existencias humanas, no pudo menos de mirarle con lástima. Parecía hacer inauditos esfuerzos para no ceder al sueño, y apenas podía abrir los pesados párpados cuando entraron Peyrolles y los mandrines. Sin embargo, mirándole de cerca, hubiera podido verse relumbrar sus pupilas con fúlgidas centellas.

El factótum los hizo sentarse á una mesa próxima, y mandó que les sirvieran de comer, no por piedad á sus estómagos, sino para tener tiempo de contar á su amo lo sucedido.

Antes de comenzar miró al estudiante enfermizo durante algunos segundos para asegurarse que no estaba en condiciones de escucharle. Dormía.

—¡Malas noticias, monseñor! dijo Peyrolles.

—¿Se niega á *trabajar* la banda de la *Courtillé*?

—Peor que eso. Ha sido destruída. Os traigo sus restos.

Felipe de Mantua frunció el ceño; no esperaba tan formidable fracaso.

—¡Es grave!—dijo.—Pero debe de haber muertos y heridos en ambos campos. ¿Qué ha sido de nuestros adversarios?

—Todas las pérdidas han sido nuestras. Ellos, ni un araño.

Gonzaga detuvo el brazo con la taza que

iba á llevarse á los labios, y aguardó aspirando el aroma del líquido sin probarlo.

—No es eso todo—continuó su intendente.—Si han vencido, es porque peleó con ellos su jefe.

—¿Cómo! El Marquesito se atrevió?...

—No se trata de monsieur de Chaverny, sino de Enrique de Lagardère.

El Príncipe soltó la taza, que se rompió en mil pedazos contra el suelo. Al mismo tiempo el estudiante lanzó un suspiro y se volvió de lado. Parecía soñar.

—¡Lagardère aquí!—exclamó.

—¡No habléis tan fuerte, monseñor!

—¡Voto á bríos! ¿Y quién te ha informado de eso?

—El *Ballena*, que dice haberle visto, ó por lo menos á un jorobado que bien pudiera ser el Conde.

—¡Bah!—dijo con mofa Gonzaga.—¡Ahora todos los jorobados van á pareceros ese noble de contrabando! El *Ballena* ha mirado con los ojos del miedo; y tú también tienes miedo, Peyrolles: confíesalo.

—Hay algo más que he visto yo.

—¿Qué?

—Cadáveres que tenían un agujero aquí—murmuró señalándose con el dedo la frente.

—¡Vaya una gracia! ¿Acaso no apren-

dieron de su amo los diestros esa estocada secreta, que ya no es secreta para nadie?

—¿La conocéis vos, monseñor? Si los diestros la conocen, no se sirven de ella sino cuando su amo está presente, y, en mi opinión, esta tarde estaba allí.

Gonzaga reflexionó un momento, y pidió otra taza.

—Acabad de comer vosotros—dijo á los malandrines,—y contad lo que habéis visto si vale la pena.

El *Ballena* engulló apresuradamente, bebió un vaso de vino, se acercó al Príncipe y contó cuanto sabía de lo sucedido hasta la intervención del contrahecho, que él calificaba de *jorobado*.

Pero ignoraba lo ocurrido mientras estuvo en casa del cirujano, y no había visto reñir al de las alforjas, ni la muerte de Blancrochet y de Gendry.

—¡Todo eso son infundios!—dijo malhumorado Gonzaga.—¡No teníais dos ó tres espadas capaces de medirse con las de Cocardasse y Passepoil y los dedos se os antojaron huéspedes! Ellos mataron á los mejores para hacer boca, y han dado cuenta de los otros como si fueran espantajos para asustar pájaros. Si habéis escapado vosotros, ha sido porque os las

hubisteis con el principiante que los acompañaba.

—No—protestó Pinto;—á mí me ha herido el gascón.

—Y á mí, Passepoil. ¡Yo se la pagaré con interés antes de mucho!

—Como si dijéramos, jamás—murmuró en voz baja alguien que se inclinó para no ser oído más que por Gonzaga y sus compañeros.

Á mitad de la conversación entraron en la sala dos hombres que marcaban grotescamente el paso y hacían contorsiones de payaso.

La mayoría de los concurrentes les prestó poca atención, pues era frecuente que penetraran en el café juglares y titiriteros de los que trabajaban en el Puente Nuevo cuando ya de noche no podían lucir sus habilidades al aire libre, y en cafés y tabernas se les toleraba que ejercieran su industria.

La heterogénea clientela del Procopio se allanaba á su presencia, siempre que no fueran andrajosos y tuviesen algún rasgo de ingenio ó habilidad.

Los que acababan de entrar iban muy bien vestidos, y si sus ejercicios carecían de novedad, brillaba una chispa de buen humor y de fina ironía en sus semblantes.

El enfermizo estudiante pareció por un momento interesarse, y hasta sonrió con algu-

na de sus bufonadas mientras estuvieron al otro extremo del salón; pero en cuanto se acercaron á él, y por tanto, á sus vecinos, inclinó otra vez la cabeza y prosiguió su interrumpido sueño. Parecía como si aquella algarabía de risas y palabras ruidosas, aquellos gestos grotescos y alegres, constituyesen para su débil organismo una fatiga insoportable.

Otro había que contemplaba, no sólo con curiosidad, sino con vivo interés los movimientos de los juglares: Peyrolles, que aprovechó la ocasión cuando uno de ellos, Nocé, como hemos dicho, se acercó, para decirle en voz alta:

—Á fe mía que sois gentes muy hábiles, y nunca vi en Amsterdam hombres de vuestra talla. ¿Querriais explicarnos alguno de vuestros trucos ó ejercicios, no porque pretendamos haceros competencia, sino para poder contar cuando regresemos á nuestro país lo que sólo en París puede verse?

Sin hacerse rogar, los dos compadres se sentaron. Les ofrecieron de beber, y si comenzaron á hablar en voz baja, no fué por respeto al secreto profesional, sino porque Gonzaga preguntó inmediatamente:

—Vamos á ver, Nocé: ¿qué significa lo que acabas de decir?

—Que los dos diestros están á estas horas

en la red de San Claudio, como no naveguen todavía entre dos aguas.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Hemos tenido el honor de hundir sus esqueletos en el Sena, después de haberles roto la cabeza. Voy á contaros la historia.

Y relató su casual encuentro en el Puente Rojo, y cómo se sirvieron de las pértigas para impedir que se salvaran los maestros de esgrima.

—¿Quién iba con ellos?

—Dos desconocidos; una especie de mendi-go español ó vasco...

—¡Mi jorobado!—exclamó el *Ballena*.

—¿Jorobado? ¿Es posible? Desde luego puedo afirmar que era contrahecho, y creo que co-jeaba.

—No falta quien diga que ese contrahecho era Lagardère.

Nocé soltó la carcajada.

—¡Vaya! Le he visto como os estoy viendo á vos, monseñor, y creo poder jactarme de reconocer á Lagardère bajo cualquier disfraz.

—Nadie puede responder de eso—replicó Peyrolles.

Nocé le miró de alto á bajo.

—Yo lo fío—dijo.

—Y yo también—añadió Gonzaga.—Vámonos á dormir, señores, y no soñemos con jo-

robas. ¡Sería una pesadilla insoportable! ¡Acabaríamos por verlos en todas partes!

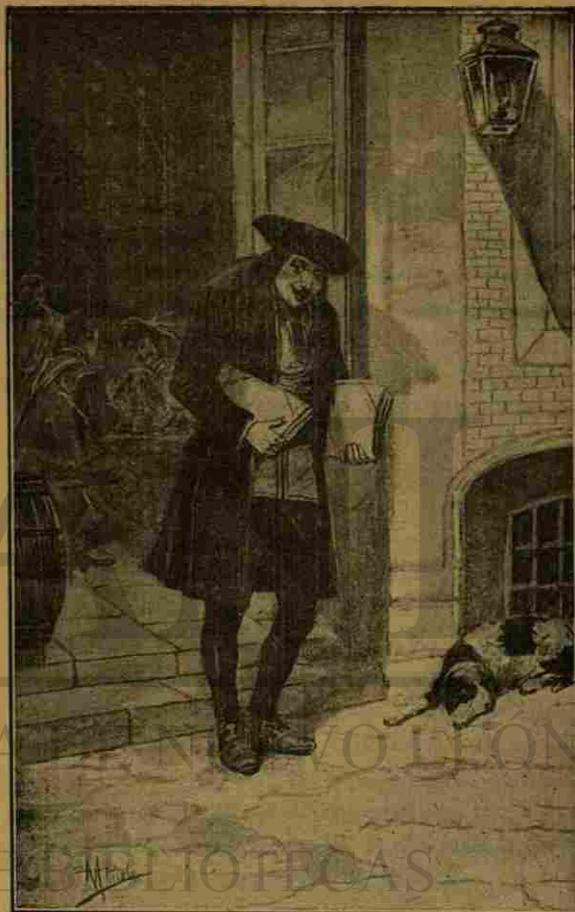
—Los otros llegarán mañana sin duda— dijo el mayordomo al oído de Nocé y Lavallade.—Si los veis antes que nosotros, informadles de dónde vivimos.

Cuando toda la banda iba á levantarse para salir, el paliducho estudiante pagó el gasto, se cargó penosamente los infolios, y se fué. El factótum le siguió con la vista, en la cual podía leerse su estupor.

—Mira: también ese es jorobado — dijo irónicamente Gonzaga.—¿Cómo no has tratado de demostrarnos que era Lagardère en persona?

Á quince pasos del café Procopio el conde Enrique reía también, aunque su risa era muy diferente de la del príncipe.

—¡Dormid bien, caballeros, lacayos y bandidos! Como el camaleón cambia de colores, el antiguo inquilino de la perrera de Medor, el Esopo II de la *Maison d'Or*, se transforma incessantemente sin repudiar la deformidad de contrabando que le sirvió tan bien. ¡Dormid y soñad! ¡La hora del castigo está próxima; y cuando suene, despojándose por última vez de la jiba que tanto os hace reir, el jorobado desaparecerá para dar plaza á Lagardère el justicierol



El paliducho estudiante cargóse penosamente los infolios y se fué.

XI

Charla imprudente.

Era un punto importante para el Conde averiguar los disfraces y el domicilio de los asesinos de Nevers; saber que gentes como Nocé y Lavallade hacían tan poco aprecio de su dignidad que se rebajaban hasta representar el papel de saltimbanquis é informarse de la llegada del resto de la banda.

De todo sacaría provecho; mientras tanto se preguntaba qué disfraces habrían adoptado los otros enrodados.

Tampoco ellos podían volver á París con la cara descubierta, y si por lo que á él personalmente le atañía la transformación que pudieran sufrir los acólitos de Gonzaga le tenía sin cuidado, no dejaba de preocuparle por lo que á los dos diestros concernía, conociendo su buena fe candorosa para cuanto con semejantes tretas de mala ley se relacionaba.

En la lucha decisiva que entablaba, con plena conciencia del valor de sus auxiliares, si no estaba dispuesto á esquivar peligros de ninguna clase, ni para él ni para ellos, Lagardère, no quería tampoco exponer inútilmente la existencia de ninguno.

Era un disparate pensar en revestir á Cocardasse, y Passepoil, y á Berrichón por añadura, con disfraces que les privaran de la espada que tanta falta les hacía.

Por otra parte, dejarlos sin disfraz era ponerlos en situación de inferioridad respecto á sus adversarios.

Buena prueba de ello habían dado Nocé y Lavallade, aprovechando sus disfraces para atentar contra la existencia de los maestros de esgrima en el Puente Rojo. Y los otros enrodados no dejarían de hacer lo mismo en cuanto se les presentara ocasión, validos de la superioridad que les proporcionaba el pasar ante sus adversarios sin ser conocidos.

—¡Sea lo que Dios quiera!—se dijo después de muchas reflexiones.—Los hombres son quisquillosos y capaces de salir con bien por sí solos de cuantas emboscadas les preparen. Se resistirían mucho si mis consejos pudieran hacerles suponer que dudaba de ello. Esperemos los acontecimientos.

Formulados estos pensamientos optimistas, entró en una carnicería á comprar carne.

El carnicero parecía conocer al estudiante, porque le dijo benévolaemente:

—¡Calle! ¡Apuesto á que todavía estás en ayunas! Vete pronto á cenar, amiguito: con esa vida que haces te estás matando. Come bien.

30111

para que te vuelva un poco la sangre á la cara.

El escolar sonrió, guardó su comprá, y se dirigió á una casita de la calle de Nevers, cerca del Puente Nuevo, donde tenía su alojamiento.

Era una buhardilla, cuya llave llevaba en el bolsillo.

Cerró la puerta tras sí, echó una ojeada al cuarto y se quitó el jubón, quedando como era: derecho como una I, firme sobre sus piernas sólidas, y ágil como una espada.

Contrariamente á las advertencias del carnicero, Lagardère no se preocupó de asar la carne comprada: verdad es que no tenía en el cuarto nada á propósito para guisar, y, por otra parte, había comido bien antes de ir al café Procopio.

Pero tenía un convidado, y de muy buen diente á juzgar por el trozo de carne que le destinaba.

Fué á buscarlo en la famosas alforjas que llevaba durante el combate y el naufragio.

Á la sazón entregábase el incógnito comensal á una danza desenfrenada, que quizás lo hubiera sido más á no estar sujeto por una correa á la pata de la mesa.

El olor de la carne produjo, sin duda, aquel grotesco y frenético baile, porque redobló cuando Lagardère desenvolvió su compra.

Antes de acercarse el Conde, se aseguró de

que la llave, metida por dentro, obstruía por completo el ojo de la cerradura, y, por consiguiente, ninguna mirada indiscreta podía sorprender su secreto.

Tales precauciones nos obligan asimismo á la discreción, y tampoco nosotros revelaremos por ahora en qué consistía el misterio.

Lo que nos consta es que una hora después Lagardère dormía profundamente y lo mismo su convidado, si hemos de juzgar por su quietud.

En el palacio de Nevers, Morfeo no se mostraba tan benigno con Passepoil y Cocardasse, los cuales, á pesar de las emociones y fatigas de la jornada, no pudieron pegar un ojo durante la mayor parte de la noche.

Acostados en la habitación que conocemos, en cuanto uno de ellos comenzaba á amodorrarse, el otro le desvelaba con una exclamación.

—¡Ah, pequeño! ¡Qué júbilo haber encontrado á Lagardère!

—¡Pardiez, mi noble amigo!... ¡Ya me dormía!

—¿Cómo puedes dormir pensando que debía estar aquí, y que mademoiselle Aurora no dormiría de alegría por su regreso?

—¿Supones tú que dormirá á estas horas?... Estará llorando á lágrima viva, más probablemente.

—¿Crees tú...?

—¡Ah, Cocardasse! ¡Cómo se conoce que no sabes lo que es una mujer que ama!

Esta reflexión del normando los conmovió hasta tal punto, que estuvieron á punto de verter lágrimas.

Al cabo de un rato el bueno de Amable suspiró y dijo:

—Puede ser que Maturina me lllore también en el silencio de la noche. ¿Dónde estará, ¡ay!, mi pobre Maturina?

El gascón, aunque desdeñase profundamente las pasiones amorosas, respetó aquel arranque de ternura, y durante otro rato callaron.

Los párpados del enamorado diestro se cerraban ya, cuando su compañero prosiguió diciendo.

—¡Mal pecado! Mientras estamos aquí tan blandos y cómodos sobre nuestros colchones de lana, ¿dónde dormirá él? ¿No lo sospechas?

—No puedo decírtelo, amigo Cocardasse, porque lo ignoro como tú.

—Pues habría que saberlo—replicó seriamente el tolosano, sublevado por aquella aparente indiferencia.—Las calles de París no son muy seguras de noche, y no hubiéramos debido separarnos de él.

—Pero puesto que él mismo nos lo orde-

nó... Además, que yendo siempre con él, bastaría para que le reconocieran.

Tan juiciosa observación no desconcertó á su compañero, que continuó:

—¡Ah, qué bien razones, mi buen Amable! ¡Qué extraña idea la suya de ocultarse cuando podía ir por todo París con la frente muy alta y figurar en la corte como uno de los primeros después del Regente!

—Sus ideas no nos importan, Cocardasse.

Éste iba á replicar; pero se detuvo en seco, se incorporó y escuchó.

—¿Qué tienes?—le preguntó el normando.

—Creo haber oído ruido detrás de la puerta.

—¡Sueñas! No hay nadie levantado en el palacio á estas horas.

Sin embargo, ambos contuvieron la respiración y aguzaron los oídos. Pero como no se reprodujo el ruido, prosiguieron su palique.

—¡Sangre de Cristo! ¡Ese secreto me abruja! ¿Cómo haremos para ver todos los días triste y desconsolada á mademoiselle Aurora y contenernos para no decirle... ¡Con una palabra, con una sola, la haríamos tan feliz!

—La lengua te perderá, Cocardasse.

—Más te perderán á ti las faldas, Amable.

—No era mi intención molestarte, mi no-

ble amigo. Solamente quería hacer constar que en cuanto se te confía un secreto, ya sientes ganas de pregonarlo á los cuatro vientos. Si se tratase de otra cosa, pase; pero el secreto de nuestro Lagardère es sagrado.

—No es para hacerle daño para lo que...

—No importa. Nos mandó callar, sobre todo no darlo á conocer á mademoiselle Aurora, y aunque me pusieran en el potro, aunque ante mis ojos quemasen á Maturina á fuego lento, no diría palabra. Cocardasse, vas á jurarme por...

—¿Por quién, pequeño? Yo no tengo pasiones.

Amable reflexionó un momento.

—Por *Petronila*, por la nueva *Petronila*, júrame que serás mudo como una carpa.

La luna filtraba sus rayos á través de los vidrios encuadrados por listones de plomo, y su pálida claridad bañaba el lecho del gascón. Su compañero le vió descolgar la espada, extender sobre ella la mano con ademán teatral y decir.

—¡Á fe de Cocardasse, juro por mi *Petronila* número 2, decir...!

—¡Decir! ¿Decir qué?

—¡Aguarda, pequeño! Decir que el conde Enrique de Lagardère no está en París.

El normando se encogió de hombros.

—¡Pobre amigo mío!—exclamó en tono de lástima. —No es eso. Repite mis palabras: Juro...

—Juro...

—Sigue repitiendo: «Juro no decir á nadie que he visto al conde de Lagardère, ni pronunciar la menor palabra que pueda dar lugar á suponer que conozco su paradero, sobre todo en presencia de mademoiselle Aurora ó de otra persona que pudiera contárselo, hasta tanto que el mismo conde Enrique me releve de mi juramento.»

Cocardasse repitió palabra por palabra, y al terminar lanzó un ¡uf! de satisfacción. Aunque era muy parlanchín, el juramento le ataba la lengua.

Y lo cumpliría.

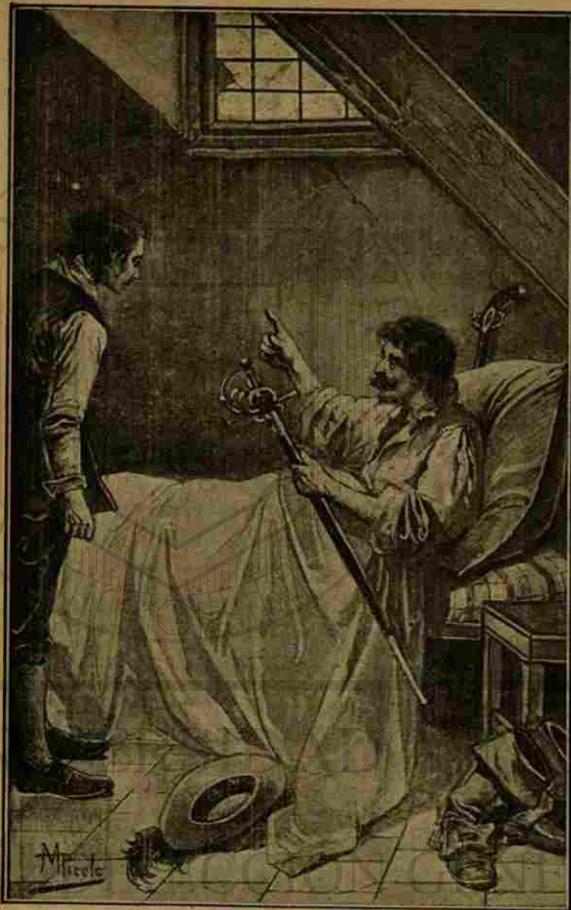
—¡Ah, pequeño! ¡Ya tengo ganas de que amanezca para volver á verle!

—Y yo también.

Con este deseo y la conciencia tranquila, no tardaron en dormirse; pronto el duo de sus ronquidos turbó el silencio de la casa.

Y al otro lado de la puerta, en el pasillo, dos formas blancas que habían escuchado el diálogo, al oír sus ronquidos se alejaron silenciosamente, como si sus pies no tocaran el suelo.

Cocardasse no había soñado. ¿Quién en el



—«Juro no decir á nadie que he visto á Lagardère...

palacio se entregaba á semejante espionaje? No podían ser enemigos, pues la vigilancia era exquisita...

Las dos formas eran doña Cruz y Jacinta. Ésta al ir á su cuarto, ya tarde, pues había velado bastante, pasó ligera y sin hacer ruido con su andar de montañesa ante el dormitorio de los dos diestros, y les oyó hablar. Sorprendida de que no durmieran, se paró instintivamente, y escuchó la noticia del regreso de Lagardère.

Por un segundo dudó si debía avisar á Aurora; pero después de corta reflexión se plantó en dos saltos en la cámara de Flor, y ambas se trasladaron al sitio conveniente, donde pudieron oír cuanto charlaban los dos maestros de armas.

—¡Buenas gentes!—exclamó la española en cuanto se hubo arrebuñado de nuevo en su lecho.—¡Son leales y honrados!

—¡Qué corazones!—añadió Jacinta.—Pero ¿qué haremos del secreto?

—Callarlo, porque no nos pertenece. No hace falta que me jures guardarlo. Por fin sabemos que ha vuelto con toda felicidad de España y que persigue y está á punto de acabar su obra.

—¡Dios quisiera que sea pronto! Por la señorita Aurora, y por vos.

—¡Pobre Aurora! Ahora voy á poder reanir...

TOMO III

marla mejor, puesto que estoy convencida de la próxima realización de sus esperanzas..., de nuestra felicidad. ¡Gracias á ti, Jacinta, que me has proporcionado el medio y la ocasión de enterarme!

—¡Ojalá pudiera activar asimismo la empresa!

—¡Bah! ¡Toca á su fin!

Pero después de dichas estas animosas palabras meneó la cabeza y murmuró melancólicamente:

—¡Todavía riesgos! ¡Dios quiera que no fracase tan cerca del fin! Lo espero así, porque ahora sé que no está solo y que sus peores enemigos están lejos. Sin embargo, no ha matado á Gonzaga. Si le hubiese matado, no habría ocultado su regreso. No sé qué pensar, mi buena Jacinta. Antes de dormirte reza por él, por Aurora, por todos nosotros.

—¿Y no diréis nada al señor de Chaverny?

—No; á nadie. El secreto de Enrique no es nuestro, y no podemos revelarlo á nadie. Adiós, Jacinta: dame un beso, y vete á descansar un poco.

Ella también trató de dormir; pero en vano. Mil proyectos y cien mil cálculos la tenían en vela. Llegó á sentir haberse enterado del secreto, y como á Cocardasse, le parecía que no iba á lograr guardarlo. Á la mañana siguiente,

muy de madrugada fué á despertar á Aurora abrazándola y besando sus hermosos cabellos rubios.

—¿Qué pasa?—preguntó la Duquesita asombrada.—¿De pie antes de salir el sol? No sueles venir á besarme tan temprano.

Era cierto. Flor no se había fijado en que su júbilo tenía mucho de extraño. Todas las mañanas las jóvenes se abrazaban con tristeza, pensando que amanecía otro día más en que quizás tampoco tendrían noticias del ausente. Y aquella mañana aparecía alegre, radiante. Todos los pensamientos sombríos que habían asaltado su cerebro durante la noche, habían huido derrotados y á la desbandada al salir el sol. Su corazón se desbordaba de esperanza, y casi no comprendía cómo su amiga no presintiera, no hubiera adivinado la fausta nueva.

—Flor—dijo mirándola fijamente á los ojos, en los que tenía la costumbre de leer los pensamientos de su amiga,—tú me ocultas algo, y tu alegría me indica que tienes buenas noticias que darme. ¿Qué sabes? ¡Habla, habla pronto!

—Nada, chiquilla mía, nada. Sin saber por qué, me he levantado esta mañana más risueña y alegre que de costumbre. Quizás sea un presentimiento. Todo lo que puedo decirte

es que me siento saturada de esperanza, de confianza, y que quisiera infundirtela.

—¡Ay! Algunas veces procuro convencerme á mí misma de que debo confiar; pero cada nuevo día me trae la misma incertidumbre, aumentando mi pena. ¿Dónde está? ¿Qué hace? ¿Por qué no vuelve?

—Va á volver.

—¿Quién te lo ha dicho?—exclamó ansiosamente Aurora incorporándose en la cama.— ¡Flor, repito que sabes algo! ¡Habla!

—Y yo te repito que no puedo decirte nada; pero espera y ora: estoy segura de que Dios te oirá.

—¡He orado ya tanto!... ¡Y no ha vuelto!

—Reza más: acaso mañana será el día feliz. Ruega hoy por mañana, mañana por pasado. Créeme. Y sobre todo, no te desanimas. Tengo fe en un acontecimiento feliz y próximo.

—¿Lo has soñado? Muchas veces tus sueños se han realizado, y sé que crees en ellos. ¡Flor, querida mía, cuéntame lo que has soñado!

La española aprovechó el medio que le brindaba su amiga para dar mayor peso á sus aserciones sin faltar á la promesa que se hizo de no revelar el secreto sorprendido. Hasta entonces no había mentido, limitándose á decir que no podía contarle nada.

Trasladada la cuestión al supuesto ensueño, podía dar algunos pormenores á Aurora y comunicarle mejor su convicción.

—Pues verás: oí en sueños que unas voces conocidas hablaban de Enrique diciendo que se hallaba en camino, hacia París, que estaba ya en Francia, quizás no muy lejos de esta capital, y que un pequeño obstáculo le impedía llegar más pronto.

Aurora escuchaba atentamente con las manos cruzadas. Una oración ferviente subía de su corazón á su pensamiento, y á cada instante esperaba que su amiga, creyéndola ya con aquellas palabras suficientemente preparada para resistir al exceso de alegría, le dijese entre dos abrazos:

—Pues bien; no es sueño, sino realidad: no te lo he dicho desde luego por temor á que te emocionases demasiado; pero va á venir... ha llegado... ¡ahí está!

Mas como no pronunciaba tan lisonjeras palabras, bajó la cabeza y una lágrima humedeció sus pupilas.

—¿Y qué voces eran esas?—preguntó.

—Las de Cocardasse y Passepoil.

Aurora hizo un gesto de desaliento.

—¡Ay; no son ellos los que han de volverme! Cuando los veas, diles que no salgan esta tarde. Tienen que acompañarnos al palacio de Saint-Aignan.



—Créeme, Aurora; déjalos libres hoy, mañana, pasado...

—Créeme, Aurora: déjalos libres hoy, mañana, pasado, mientras que ellos quieran, y aunque debiéramos no salir de casa. Cuando veas volver á Enrique con ellos, no te arrepentirás.

—Como quieras. Pero no lo creo.

Doña Cruz se separó de ella al poco rato, convencida de que acababa de hacer buen uso del secreto que había descubierto pocas horas antes.

XII

Nuevas páginas de las «Memorias de Aurora.»

En el palacio de Saint-Aignan la de Nevers había encontrado varias veces á una joven ingeniosa, alegre y bastante bonita que manifestaba viva amistad por ella: la baronesa Lianna de Longpré, á los ojos de muchos inconsolable viuda, aunque la opinión general era que no lamentaba mucho su viudez. Pequeña, vivaz, coqueta y de aspecto frágil como una de esas estatuillas de Sajonia que sirven de adorno en mesas y rinconeras, de arqueados labios, nariz arremangada, sonrosadas mejillas, rubia y diáfana, hubiera podido ser comparada con un manojo de nervios.



—Créeme, Aurora; déjalos libres hoy, mañana, pasado...

—Créeme, Aurora: déjalos libres hoy, mañana, pasado, mientras que ellos quieran, y aunque debiéramos no salir de casa. Cuando veas volver á Enrique con ellos, no te arrepentirás.

—Como quieras. Pero no lo creo.

Doña Cruz se separó de ella al poco rato, convencida de que acababa de hacer buen uso del secreto que había descubierto pocas horas antes.

XII

Nuevas páginas de las «Memorias de Aurora.»

En el palacio de Saint-Aignan la de Nevers había encontrado varias veces á una joven ingeniosa, alegre y bastante bonita que manifestaba viva amistad por ella: la baronesa Lianna de Longpré, á los ojos de muchos inconsolable viuda, aunque la opinión general era que no lamentaba mucho su viudez. Pequeña, vivaz, coqueta y de aspecto frágil como una de esas estatuillas de Sajonia que sirven de adorno en mesas y rinconeras, de arqueados labios, nariz arremangada, sonrosadas mejillas, rubia y diáfana, hubiera podido ser comparada con un manojo de nervios.

Aquella cabeçita de chorlito tenía caprichos y antojos como cualquier mujer, y manejaba á sus admiradores como quería, tratándolos como fantoches cuyos hilos tenía entre sus dedos.

La Revolución no segó pocas de esas cabezas que sonreían por última vez en la guillotina, y cuya mayor culpa fué haber nacido encantadoras, alegres, ingeniosas y con gustos refinados y aristocráticos. Al cortarlas creían los revolucionarios abatir el orgullo de raza. El mayor defecto de los Principios inmortales fué ese: el de quitar á algunos su fealdad moral para inocular con ella á la mayoría. Actualmente el orgullo es el vicio capital de los franceses, que anida en todas las cabezas, pero no por ello quiere decirse que hay que hacer una nueva Revolución.

La gentil baronesita se casó, ó mejor dicho, fué casada por sus padres á los diez y seis años con un segundón que la vendió miserablemente al príncipe Felipe de Mantua, lo que la muchacha, en honor de la verdad, no sintió gran cosa. Bien es verdad que ya estaba bien enterada de antemano hasta de lo que le valía á su padre y á su marido la *operación*. Era una muchacha práctica, sensata, y cuando inmediatamente después de la ceremonia monsieur de Longpré montó á caballo y partió, ya

sabía ella que no volvería á verle. Poco después murió de un tiro de arcabuz.

El Príncipe enriqueció á la joven y fué discreto. Nadie ó casi nadie conoció, pues, sus amores con la baronesita; y como no tardó mucho en pasársele el capricho, cada vez fué menos asiduo con ella, lo que la hizo reflexionar mucho é inclinarla con todas sus potencias hacia el mal.

Fuera de la ceremonia matrimonial, creía que su situación y la de Aurora tenían notables analogías, por lo cual se le metió en la destornillada cabeza consolar á la duquesita, empleando para ello cuantos mimos y halagos se la ocurrían, por efecto de la semejanza de sus destinos.

El novio de la de Nevers se había ido lo mismo que su marido.

Pero aquí paraban las similitudes.

La baronesita no pensaba que la marcha precipitada de Lagardère no tenía las mismas razones ni las mismas consecuencias para Aurora que tuvo las del barón aventurero para ella; no admitía que el conde muriese de un tiro de arcabuz, pero sin embargo empeñábase, oyendo suspirar á Aurora, en forjarse la ilusión de que ella también había suspirado del mismo modo por monsieur de Longpré.

La baronesita, que en el tondo comprendía

la diferencia por un sentimiento más frecuente de lo que se cree en las mujeres, envidiaba las penas reales de la duquesita, ya que las suyas fueron fingidas, y al mismo tiempo amaba y odiaba á la joven.

No lo bastante cruel para atreverse á hacerla daño por sí misma, la atormentaba, sin embargo, el perverso deseo de verla sufrir.

La agobiaba á caricias y muestras de cariño; pero con pata de gato, escondiendo las uñas y disimulando unas ganas locas de clavárselas en el rostro para desfigurárselo.

Al principio Aurora pareció indiferente á tal afecto; pero todos contribuyeron á romper el hielo.

Chaverny y madame de Saint-Aignan creían sinceramente que aquella aturdida era la única capaz de hallar un derivativo á la melancolía de la joven, y les preparaban frecuentes entrevistas.

La misma Flor era de opinión que la ruidosa alegría de la baronesita, rompiendo la melancólica monotonía de sus conversaciones con Aurora, sería un bálsamo á sus pesares; y hasta madame de Nevers, la prudencia personificada, no tardó en formar en las filas de los tres amigos.

Una especie de lazo amistoso se estableció, pues, entre aquellas tres jóvenes, cuya prin-

cipal preocupación era un amor contrariado. Porque madame Liana de Longpré concibió, á lo menos así lo llegó á creer ella misma, una especie de amor póstumo por el que sólo había sido su marido de nombre; y uno de los motivos por los cuales envidiaba atrocemente á Aurora era ese: ver que la de Nevers rendía culto en su corazón á un ser real, mientras ella, la baronesita, sólo podía rendirselo á una ilusión, á una quimera.

Liana tenía ansias de amor realmente, vivísimos anhelos de hallar un hombre digno y bravo á quien amar y de quien ser amada, comprendiendo de sobra que, con su reputación, sólo algún imbécil ó algún intrigante sería capaz de llevarla al altar, de darla su nombre.

Y en vano volvía la vista en torno suyo: bajo aquellas ropillas de seda, bajo tantos coletos de terciopelo, bajo tantas pelucas empolvadas, no veía más que muñecos ó entes despreciables. Buscaba un hombre del temple del conde, ó por lo menos del marquesito, y el desconsuelo, la desilusión, embargaban su ánimo.

Sólo había un Lagardère en el mundo, y era para Aurora; sólo un Chaverny, y era para Cruz.

Para conocer mejor el modelo de *su héros* se hizo contar por doña Cruz, por el Marque-

sito y por la de Saint-Aignan todas las hazañas de Enrique.

También quiso hacer hablar á su novia; pero la joven, que tanto gozaba oyendo elogiar al Conde y ponderar sus proezas, no hablaba de él sino cuando se hallaba á solas con Flor.

Así supo Liana el infernal papel representado en aquella historia por Gonzaga desde el asesinato del duque de Nevers hasta los más recientes sucesos.

Parecía lo natural que la baronesita compartiera el odio de sus amigas contra el hombre que la había envilecido; y, en efecto, así fué en los primeros momentos.

Después reaccionó.

La vida había enseñado á la baronesa á reflexionar, y por eso una noche, en la soledad de su lecho suntuoso y grande, entre las hollandas y encajes apenas arrugados por el ligero peso de su lindo cuerpecito, suspirando por el amor de aquel ser superior, de aquel héroe que no llegaba á postrarse á sus pies, pensaba y pensaba, ahuyentando al sueño con la actividad de su cerebro.

Y cuando en su cabecita á pájaros chocaron y se confundieron deseos é ilusiones, esperanzas y realidades, envidia y orgullo, vergüenza y odios, sacandó de entre las sábanas

su bonito brazo desnudo y apoyando el codo en la almohada, sondeó con su mirada en el vacío, escudriñó lo pasado, examinó lo presente, excurtó lo porvenir, y oprimiéndose el corazón que palpitaba acelerado, exclamó como si lanzase soberbio reto á la faz del Destino:

—¡Mi héroe! ¡Yo también lo he tenido, y antes que ellas! ¡No hay más que tres hombres en el mundo: Lagardère, Chaverny y Gonzaga!

Desde aquel instante no tuvo más que un pensamiento: volver á encontrar á Felipe de Mantua.

—No es eso todo. Mi papel no debe limitarse al amor, sino al sacrificio; debo inmolarme cien veces si fuera preciso para impedir que la espada de Lagardère toque á Gonzaga.

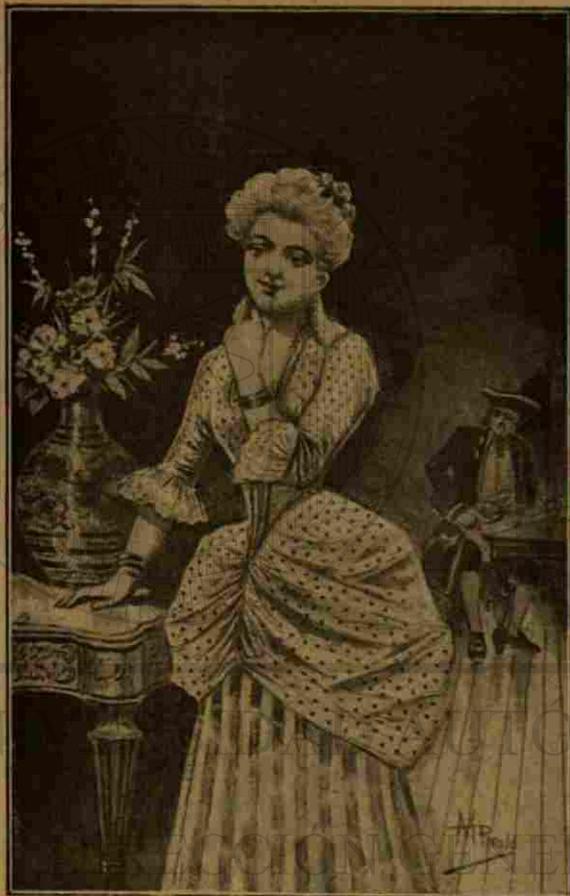
En tales caracteres la resolución, una vez tomada, es irrevocable.

Liana sabía que Aurora y Cruz eran capaces de derramar hasta la última gota de su sangre por sus amados, y no quiso ser menos.

Entonces pensó en las consecuencias de su decisión.

Aliada con Felipe de Mantua, los enemigos de éste se convertían en los suyos, y estos enemigos eran Lagardère, Chaverny, Aurora y Flor.

No se conmovió: al contrario, su falsedad triunfante la sonreía; y murmuró satisfecha:



Liana de Longpré.

—¿Acaso no tengo inteligencias entre los sitiados? Seré al mismo tiempo la que una y la que separe. Podré, á mi antojo dirigir los golpes ó pararlos; amparar á los míos, y aniquilar á los contrarios.

Su última reflexión fué esta:

—¿Dónde estarán Lagardère y Gonzaga? El día que Lagardère regresó á España Aurora exhumó sus *Memorias*, escritas antiguamente para su madre, y las continuó así:

«Enrique, mi vida te pertenece. Si durante un tiempo, que confío en que sea breve, no puedes seguirla con tus ojos, guiarla y sostenerla con tu esfuerzo, hacerla feliz con tu presencia como en los memorables días en que vivía á tu lado, quiero á lo menos que ninguna de mis acciones te sea desconocida.

«Cuando vuelvas leerás estas páginas, en las cuales te doy cuenta de todos mis actos y pensamientos día por día, casi hora por hora.

«Por el temblor de las letras adivinarás los minutos de angustia; por la rapidez con que vayan trazadas en otros momentos, comprenderás las horas en que me ha visitado la esperanza.

«En las más vulgares frases sabrás penetrar alegrías y torturas, y en todas las páginas verás palpitante mi amor.

»Prosigo mis Memorias para ti, exclusivamente para ti; y continuarán hasta el suspirado día que vuelvas á decirme: «Termina esas páginas, Aurora: nuestro amor está escrito en nuestros corazones y la vida nos sonríe. Vivámosla.»

¡Ah! Las páginas se habían llenado una tras otra de lamentaciones, gemidos y sollozos.

Aurora veía con temor que se acababa el cuaderno, y no terminaban sus sufrimientos, causados por la prolongada ausencia de su amado Enrique.

Pero no se cansaba de escribir: sentía un gran consuelo en ello, como si aquella comunión espiritual aliviara sus pesares.

Las horas que dedicaba á la tan piadosa tarea de mostrar su alma desnuda, de relatar sus sentimientos y sus acciones, con la sinceridad de su conciencia pura, la aniquilaban y la animaban al mismo tiempo. Cuando se dejaba invadir demasiado por la tristeza, reaccionaba evocando el recuerdo del valor indomable de su amado, y esto la enardecía y alentaba. No obstante, el dolor era más fuerte que ella y no podía contener muchas veces la queja dolorosa:

«Cuando habíamos conseguido reunirnos

¿por qué te has alejado de mí?... ¡Vuelve, vuelve pronto, amado mío!... ¡siento que mis fuerzas se agotan en esta angustiosa expectativa!...»

Nada de cuanto la concernía poco ó mucho dejaba de contarle en aquel diario íntimo.

Desde los comienzos de su relación con madame de Longpré no omitió pormenor alguno, y fué extendiéndose más y más á medida que aumentaba su intimidad.

«Quieren que me distraiga, que me comunique ella una parte de su constante alegría, como si yo pudiera estar alegre.

»Me esfuerzo en aparentarlo, y no ven que me hace daño reirme.

»Sin embargo, debo agradecer sus atenciones, aunque me parecen exageradas.

»¿Por qué no han de dejarme pensar, rezar y llorar á mi placer?

»Me es tan penoso, tan difícil á mí aparecer alegre como le sería á ella llorar.»

Más adelante escribía:

«Madame de Longpré acababa de irse. ¿No tendrá otra cosa mejor que hacer que aturdirme diariamente con el zumbido de su charla insustancial y de sus gestos aparatosos? Al verla

parece que va á ponerse á danzar una gavota, y los únicos momentos agradables que paso á su lado son aquellos en que habla de ti con Flor... La escucho y me callo... ¿Necesito pronunciar tu nombre para tenerlo constantemente en mis labios?... A veces, cuando sale de los suyos, me parece que lo profana, que yo sola tengo el derecho de pronunciarlo, que es mío, y únicamente yo sé silabearlo con respeto y amor.

»Ya sabes que no tengo hiel y no quiero á nadie mal, con excepción del asesino de mi padre; pues bien, será insensato, pero me parece que esa mujer tiene algo de aquél. Su voz me cansa, su aspecto me es antipático.

»Flor no comprende que me inspire Liana —es el nombre de la de Longpré—tales sentimientos.

»Pero no puedo remediarlo. Cuando Flor viene á abrazarme y nuestros pechos se juntan, siento que entre mi corazón y el suyo no hay más que una sensible envoltura á través de la cual se tocan, se hablan y se entienden.

»Cuando Jacinta me prodiga sus cuidados y caricias, comprendo claramente que su lealtad y abnegación son enteras, completas; que de ella á mi hay un vínculo de adhesión absoluta y de mí á ella un lazo de confianza y cariño.

»Pues nada de eso siento junto á Liana; tan pronto me abraza y me besa con trásporte como con frialdad; su voz me cansa y sus palabras llegan á mí como de lejos y cual si estuvieran pronunciadas anodinamente por algún prodigioso muñeco. Cuando pienso en ti, en lo que harás en tal momento, y trato de averiguar, de adivinar dónde te hallas, recordando nuestras largas peregrinaciones por el Norte de España, ella viene á interrumpir mis reflexiones, contándome sucesos de un baile de la corte, alguna locura del Regente ó explicándome alguna nueva moda.

»Flor no se explica ese sentimiento hostil que nuestra amiga me inspira, y por más que trato de buscar una razón, de atribuir mis prevenciones á mi salud ó á mis preocupaciones, ó á la incertidumbre en que vivo por la falta de noticias tuyas, y aunque me prometa recibirla con más afecto, en cuanto la veo me es imposible vencer mis reservas, que se parecen mucho á la antipatía. El mismo caluroso afecto que me demuestra, hiela más el mío hacia ella.»

Por último dos días después, escribía:

«Desconfío casi de Liana, y Flor no está lejos de compartir mi opinión.

»No tiene fundamento sólido, acaso dependa sólo de los nervios... pero Flor y yo sorprendimos una mirada dirigida á mi, y en la cual nos pareció ver vibrar como un rayo.

»¿Es sincera? ¿Es falsa? ¡Ay, Enrique! ¡Cuánto me gustaría que estuvieras aquí para resolver todas mis dudas! Mi madre y Chaverny nada sospechan.

»Hoy nos ha preguntado con aire indiferente si sabíamos dónde estaba Gonzaga. Sin saber por qué se nos ha antojado que tenía gran empeño en averiguarlo.

»¿Qué le importará?

«¿Tendré razón de desconfiar?... ¿Cómo saberlo?»

Si; era verdad.

Liana tenía interés en saber el paradero de Gonzaga, y éste, acordándose un momento de ella, ocurriósele buscarla para hacerla instrumento de sus planes.

CUARTA PARTE

EL JURAMENTO DE LAGARDERE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»No tiene fundamento sólido, acaso dependa sólo de los nervios... pero Flor y yo sorprendimos una mirada dirigida á mi, y en la cual nos pareció ver vibrar como un rayo.

»¿Es sincera? ¿Es falsa? ¡Ay, Enrique! ¡Cuánto me gustaría que estuvieras aquí para resolver todas mis dudas! Mi madre y Chaverny nada sospechan.

»Hoy nos ha preguntado con aire indiferente si sabíamos dónde estaba Gonzaga. Sin saber por qué se nos ha antojado que tenía gran empeño en averiguarlo.

»¿Qué le importará?

«¿Tendré razón de desconfiar?... ¿Cómo saberlo?»

Si; era verdad.

Liana tenía interés en saber el paradero de Gonzaga, y éste, acordándose un momento de ella, ocurriósele buscarla para hacerla instrumento de sus planes.

CUARTA PARTE

EL JURAMENTO DE LAGARDERE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1623 MONTERREY, MEXICO

I

Reunidos por las gracias.

La feria de San Germán ha tenido gran importancia en la historia de París, no sólo desde el punto de vista comercial, sino como reflejo fiel, durante muchos siglos, de las costumbres parisinas.

Situada en el emplazamiento del que después fué el mercado del mismo nombre, desde la calle Tournon hasta el Luxemburgo, era al comenzar la Edad Media un privilegio de la Abadía. Por carta fechada en 1176, uno de sus Abades, Hugo, cedió á Luis el Joven la mitad de las rentas ó productos de la feria, y la otra mitad en 1278 fué á parar también á la corona, después de una refriega sangrienta entre escolares y sirvientes de la Abadía.

Con efecto, resultando los religiosos condenados á dotar dos capellanías de cuarenta

libras de renta en expiación del homicidio del escolar Gerardo Dôle, el abad prefirió ceder los derechos que le restaban de la feria (la otra mitad, como queda dicho), y que pagase la renta Felipe el Atrevido.

Felipe el Hermoso la trasladó á los Mercados de Champeaux, y Luis XI la restauró en el Arrabal de San Germán, por letras-patentes ó cartas-reales dadas en Plessis-les-Tours en Marzo de 1482.

Cuatro años después construyéronse en consecuencia trescientas cuarenta garitas en los jardines del Palacio de Navarra.

Aumentadas, restauradas, destruidas parcialmente por incendios sucesivos, se quemaron totalmente la noche del 16 al 17 de Marzo de 1763.

Reedificáronse al año siguiente, y la tempestad revolucionaria, secundada por la moda, que tendía á llevar al público á las nuevas galerías del Palacio Real, pudo barrer por fin aquel campo de la feria, en el que durante varios siglos se habían vendido para los reyes encajes de Inglaterra, de Flandes, de Holanda y de Alemania, tejidos de oro y plata, armas, espejos y mercancías de China; para las bellas, afeites, indianas, sedas, chucherías y golosinas; para los aficionados, objetos de arte preciosos; para los villanos, medias de lana, velas, etc., y para

los burgueses, vajilla, anteojos, cerveza fuerte y *bibelots*.

Sería demasiado largo describir tal feria, célebre en los anales de París.

En la época de la Regencia y de Luis XV la feria estaba muy en boga.

Aquel año, cuando el teniente de policía inauguró la feria solemnemente, pronunciando la frase sacramental:

—«Señores, abrid vuestras garitas», no estuvo el Regente para solemnizar la apertura, pero sí, como los años anteriores, asistió á la ceremonia Gonzaga, acompañado de su fiel Peyrolles, aunque ambos disfrazados y procurando no ponerse en evidencia.

Listo hubiera sido el que reconociese al príncipe y su factótum en aquellos dos mercaderes holandeses, que, no obstante, excitaban bastante la general curiosidad.

Los dos pícaros no cesaban de codearse á cada paso con gente conocida que les miraba atentamente sin reconocerlos.

Parecían maravillados por lo que veían, representando á la perfección su papel de extranjeros á quienes interesa un espectáculo nunca visto, y como demostraban ser generosos y tener repleta la bolsa, los mercaderes se los disputaban entre sí.

Hicieron varias compras, cargaron de pa-

quetes á un criado, y una vez despedido éste, continuaron su paseo como mirones. Felipe de Mantua parecía estar nervioso. Dirigía ávidas miradas hacia los cuatro puntos cardinales como el que aguarda algo ó á alguien con mortal ansiedad. Un momento inclinóse hacia su compañero y le dijo al oído:

—¡Nadie aún!

—Sí; mirad allá: Nocé y Lavallade.

—Bueno, esos ya sabíamos que estarían; pero, ¿y los otros?

—Paciencia, monseñor; no tardaremos en encontrarlos.

Arrastrados por la ola de los ociosos se aproximaron á los titiriteros. Nocé se tragaba una espada y prometía curar todos los dolores de muelas con un específico confeccionado por él y que era un secreto para la Facultad.

Vendíalo por dos sueldos. Los circunstantes no tenían gran confianza en el charlatán, y Nocé no se resentía por ello. Le hubiera costado gran trabajo probar sus talentos de otro modo que haciendo cabriolas y dando gritos.

Lavallade, provisto de un gong, hacía el mayor ruido posible, y sólo interrumpía su ejercicio para mostrar con una varita una porción de muñecos que en amplia tela tenía extendidos tras de sí.

Había entre ellos de todo: arqueros y matones, mujeres casi desnudas, clérigos devorados por fieras del Apocalipsis, Diógenes en su tonel haciéndose sacar una muela por Alejandro Magno é infinidad de grotescos mamarrachos por el estilo que agradaban bastante á grandes y chicos.

Nocé se detuvo de pronto en lo mejor de su discurso al ver acercarse á Gonzaga y Peyrolles, y se apresuró á hacerles, entre varios gestos ridículos, un signo de inteligencia. El príncipe, creyendo que tenía algo que comunicarle, empujó á su mayordomo, quien tuvo que subir, mal de su grado, los escalones.

El fingido operador, aprovechándose de la ocasión que ponía entre sus manos al odiado intendente, le hizo sentar, le examinó la dentadura abriéndole la boca, y al tantee con el instrumento de acero los huesos, rompió el medio diente postizo.

—¡Torpe!—saltó el mayordomo.—Y luego, comprimiendo su cólera, añadió en voz baja:—¿No hay nada nuevo?

—Nada, mi buen señor. Pero si continúo en esta profesión voy á coger una ronquera antes de media noche.

—Gritad menos y mirad más. Yo he visto ya tres jorobados en la feria.

—Quizá sea él uno... Habría que averi-

guarlo... En todo caso mirad algo que le concierna... ¡Pardiez! Hubiera jurado que esos bellacos yacían en el fondo del Sena!

Referiase á Cocardasse y Passepoil. Los dos diestros, seguidos de su ya inseparable Berrichón, atravesaban por entre la muchedumbre como gente que no tiene nada que hacer.

El normando gozaba metiéndose en aperturas; vagamente acariciaba la idea de encontrarse con Maturina, aunque equivalía á querer encontrar una aguja en un pajar.

De pronto dos manos se posaron en sus hombros y luego en sus mejillas, tapándole los ojos. Si hubieran sido manos de hombre, pronto se habría librado de ellas, pero no se movió, saboreando la dulzura de aquella caricia; lejos de desatar aquellos lazos, hizo un movimiento y besó la mano que le privaba de ver.

Devolviéronle inmediatamente el uso de aquel sentido, y oyó una carcajada argentina y fresca. Se volvió.

—¡Mademoiselle Cidalisa!—exclamó asombrado.

Dos minutos después ambos diestros se veían rodeados de las señoritas de la Opera á quienes salvaron del asalto de los malandrines. Berrichón no comprendía nada de la alegría de sus dos maestros, especialmente de la

del normando, ni de las exclamaciones que se cruzaban entre ellas y ellos.

Otros contemplaban la escena con distintos pensamientos. Nocé se olvidó de su pretendido cliente, el cual abría la boca más sorprendido que dispuesto á dejarse deteriorar la dentadura, y Gonzaga no gozaba ciertamente al ver á la Fleury del brazo de Cocardasse; si no propiamente celos, sentía lastimado su amor propio.

El pseudo-sacamuelas, recobrándose, hizo ademán de empastar el diente postizo que había quebrado al paciente; pero Peyrolles, declarándose curado como por ensalmo, apresuróse á reunirse con su amo.

—¿Qué significa eso?—gruñó el príncipe.—¿Tan bajo cayeron durante nuestra ausencia esas artistas para trabar conocimiento con semejantes soldadotes?

—¡Y qué soldadotes!—apoyó el factótum.

—¿Cómo se habrán conocido?

—Lo ignoro. Lo que sé es que tienen demasiadas mujeres en su juego para que puedan triunfar.

Mientras tanto las actrices y los tres amigos se metieron en una taberna.

—Tanto peor para el que nos censuré, sosteniendo que no es este lugar propio de nosotras—dijo la Fleury.

La única á quien no hacía mucha gracia el encuentro era la Nivelle que recordaba á Oriol y sus larguezas.

—¡Berr!—exclamó de pronto la Fleury.—Me dan frío esos dos hombres al verlos envueltos en tantas pieles.

Los dos individuos en cuestión eran Gonzaga y Peyrolles que fueron á sentarse en una mesa próxima. A la Nivelle no le causaron frío; antes que en las pieles, reparó en las sortijas y alhajas, y calculó que debían de ser muy ricos. Ya sabemos que era una mujer en extremo práctica.

En su consecuencia, con una hábil maniobra, dió vuelta á la mesa hasta colocarse entre los dos grupos. Cerca ya de los extranjeros la más mínima circunstancia podía proporcionarle la ocasión de entablar conversación con los presuntos mercaderes.

Pero como tardaba á presentarse la oportunidad, pues Cocardasse bebiendo y los demás charlando no la hicieron gran caso, resolvió hacerla surgir y comenzó á hablar por los codos, manoteando como si estuviese en las tablas. Uno de sus movimientos causó el incidente: con su precioso abanico de nácar tiró el vaso de Peyrolles, derramando una gran parte del líquido.

Se excusó; Peyrolles quitó importancia al

hecho y entabló conversación galante con ella.

—¡Eh, eh, Nivelle!—observó la Fleury, fijándose en el manejo de su amiga.—Recuerda que para pactar tratados con el extranjero se necesita, por lo menos, el asentimiento de Su Alteza Real.

—Estad segura, señora, de que Su Alteza el Regente lo ratificará—contestó Peyrolles.

—Déjala—intervino Cidalisa.—Es la única aquí que no sabe qué hacer. Tratad de distraerla, señores, os respondo que no es nada difícil.

Y se volvió para seguir su animada charla con Passepoil.

Después de recordar amplia y difusamente lo pasado, comenzó á ocuparse del presente, sin duda para pasar á lo porvenir.

—¿Qué habéis visto en la feria?

—Sólo á vos, mademoiselle Cidalisa, sólo á vos—respondió ufano y entusiasmado el valiente esgrimidor—y os aseguro que no veré otra cosa mientras vos permanezcáis en ella.

Como recompensa de su lisonja, la gruesa artista dió su mano á besar al caballero.

Madame Desbois había monopolizado á Berrichón, y Juan María la escuchaba embelesado.

La Fleury admiraba á Cocardasse y se lo decía sin remilgos.

Mientras tanto la Nivelle hallábase bastante perpleja, no decidiéndose por uno de los dos

extranjeros. ¿Elegiría el más viejo y que parecía más gran señor? Sus sortijas le tentaban. En cambio el otro era más joven y la echaba unas miradas... En esto observó que una de sus compañeras estaba tendiendo sus redes en la misma dirección y resolvió escoger, sin dejarse llevar de sentimentalismos, que siempre había calificado de ridículos.

Poco después, la Nivelles hallábase sentada al lado del príncipe y la Dorbigny al lado de Peyrolles. No habían tardado ambas damas en entenderse y poner en ejecución sus planes.

Por su parte, el factótum del príncipe que, ante todo, deseaba averiguar las relaciones de los diestros con las artistas, no tuvo muchos escrúpulos que digamos en ir derecho al bulto, preguntando de pronto:

—¿Quiénes son esos caballeros? No tengo el honor de conocerlos, pero por su aspecto no me parecen dignos de vuestras soberanas hermosuras.

—El hábito no hace al monje—repuso la Nivelles.—Esos que os parecen cualquier cosa son caballeros provincianos, pero de un valor excepcional.

—En ese caso, comprendo vuestro interés. Las damas son entusiastas de la bravura.

—Sobre todo—añadió la Dorbigny—cuando se ejerce en favor suyo.

—¡Ah!...

—Sí—corroboró la Nivelles.—Sin su auxilio hubiéramos pasado un mal rato y, por lo menos, les debemos agradecimiento.

El príncipe, á todo esto se mantenía como el hielo y no pronunciaba palabra. Sólo al oír la última frase de la Nivelles se volvió hacia la artista. Y como vió ésta que los ojos de su glacial vecino se animaban, mirándola interrogadores, contó con toda clase de pormenores el suceso, sin hablar empero, como se comprenderá, de lo ocurrido después de llegar á París.

Gonzaga se tranquilizó; aun no temiendo nada de las bailarinas, cerebros hueros y mujeres poco capaces para una intriga seria, prefería que no tuviesen nada que ver con Lagardère y si sólo con los dos diestros, á quienes no concedía gran importancia como hombres astutos é inteligentes, capaces de engañar á nadie con argucias diplomáticas.

—Caballeros—dijo levantándose y acercándose á la otra mesa.—Acaban de relatarnos vuestra hermosa acción, y sentiríamos mucho regresar á nuestro país sin estrechar la mano de dos héroes. Os ruego que me digáis vuestros nombres, para apuntarlos en nuestra cartera, y os doy mi palabra de que muy en breve serán célebres en Holanda.

El gascón púsose en pie, retorciéndose el mostacho y exclamó:

— ¡No tengas miedo, pequeño!... ¡Mal pecado! Nuestros nombres son bien conocidos: Cocardasse y Passepoil, diestros famosos, maestros de esgrima de París, campeones del mundo entero y de sus arrabales y, por último, excaballeros del Real Lagardère.

Este último título hizo fruncir la frente á los dos mercaderes de Amsterdam, recordándoles desastres inolvidables.

Los diestros estrecharon la mano de aquellos señores sin sospechar que eran sus más mortales enemigos, y todos se agruparon pocos instantes después á la misma mesa.

II

La sortija negra.

De ordinario las mujeres no iban á cafés y tabernas, salvo las grandes señoras que acudían por curiosidad acompañadas de los caballeros de su alcurnia, y las cortesanas.

Pero durante la feria de San Germán no tenían escrúpulo alguno en frecuentar los establecimientos que estaban instalados en el campo de la feria ó en sus alrededores. Habíase

hecho ya, no sólo moda, sino hasta una especie de exigencia social. Resultaba del mejor tono darse citas en ellos, y la licencia de la época permitía esas entrevistas amorosas lo mismo entre gentes de la misma esfera que entre pertenecientes á categorías sociales distintas.

La duquesa más encopetada, que en cualquier otra parte hubiérase creído degradada por el roce con sus interiores, no tenía á menos sentarse en uno de aquellos tugurios al lado de una planchadora ó un mercader cualquiera.

La Revolución no inventó nada al inscribir sus tres famosas palabras: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. Ya existían, y se practicaban como regla de conducta en la feria de San Germán.

En los cafés y tabernas de ella se mezclaban y confundían las clases sociales, como ante las garitas de los feriantes, lo que no dejaba de dar lugar á sorpresas, bastante divertidas para los que en ellas sólo actuaban como simples espectadores. Á veces una menestrala y una marquesa sentábanse á la misma mesa esperando á sus enamorados respectivos, y al llegar éstos resultaba que el de la primera era el propio marqués y el de la segunda el amante ó galán de la menestrala.

El gascón púsose en pie, retorciéndose el mostacho y exclamó:

— ¡No tengas miedo, pequeño!... ¡Mal pecado! Nuestros nombres son bien conocidos: Cocardasse y Passepoil, diestros famosos, maestros de esgrima de París, campeones del mundo entero y de sus arrabales y, por último, excaballeros del Real Lagardère.

Este último título hizo fruncir la frente á los dos mercaderes de Amsterdam, recordándoles desastres inolvidables.

Los diestros estrecharon la mano de aquellos señores sin sospechar que eran sus más mortales enemigos, y todos se agruparon pocos instantes después á la misma mesa.

II

La sortija negra.

De ordinario las mujeres no iban á cafés y tabernas, salvo las grandes señoras que acudían por curiosidad acompañadas de los caballeros de su alcurnia, y las cortesanas.

Pero durante la feria de San Germán no tenían escrúpulo alguno en frecuentar los establecimientos que estaban instalados en el campo de la feria ó en sus alrededores. Habíase

hecho ya, no sólo moda, sino hasta una especie de exigencia social. Resultaba del mejor tono darse citas en ellos, y la licencia de la época permitía esas entrevistas amorosas lo mismo entre gentes de la misma esfera que entre pertenecientes á categorías sociales distintas.

La duquesa más encopetada, que en cualquier otra parte hubiérase creído degradada por el roce con sus interiores, no tenía á menos sentarse en uno de aquellos tugurios al lado de una planchadora ó un mercader cualquiera.

La Revolución no inventó nada al inscribir sus tres famosas palabras: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. Ya existían, y se practicaban como regla de conducta en la feria de San Germán.

En los cafés y tabernas de ella se mezclaban y confundían las clases sociales, como ante las garitas de los feriantes, lo que no dejaba de dar lugar á sorpresas, bastante divertidas para los que en ellas sólo actuaban como simples espectadores. Á veces una menestrala y una marquesa sentábanse á la misma mesa esperando á sus enamorados respectivos, y al llegar éstos resultaba que el de la primera era el propio marqués y el de la segunda el amante ó galán de la menestrala.

Otras veces un marido, inocentemente y por casualidad, descubría una infidelidad conyugal, y si se producía por ello un escándalo, ¡qué regocijo para el público!...

La baronesita Longpré era concurrente asidua; á veces se hacía acompañar de algún galán poco peligroso, como por ejemplo, su pariente el barón de Hunaudaye; pero con más frecuencia iba sola.

Aquel día no había ido al palacio de Nevers y dirigióse directamente al campo de la feria, tanto en busca de distracciones como para engañar su necesidad imperiosa de actividad.

Desde que resolvió buscar al príncipe, Liana estaba muy nerviosa.

No esperaba hallar en aquel lugar á Felipe de Mantua, pues sabía que estaba desterrado de Francia; y, sin embargo, miraba atentamente los rostros de todos los caballeros que veía.

Pronto se cansó, y como se hallaba cerca de una taberna entró en ella.

Era la misma en que se encontraban nuestros personajes.

Al principio sólo vió el conjunto de los ojos que la contemplaban, y diviso un lugar vacío fué á ocuparlo.

Más tranquila ya, comenzó á examinar á los que la rodeaban, paseando una mirada circular por la concurrencia. Inspeccionó la sala entera

sin encontrar un solo rostro que le fuera conocido. Entonces serenóse del todo y se arregló las faldas.

Luego acomodóse bien y pidió un sorbete.

Felipe de Mantúa se estremeció al verla. La casualidad hizo que fuera á sentarse muy cerca de él. Colocóse de modo que Liana no pudiese ver sus facciones, lo preciso para no pasar por impolítico. El cuidado de desfigurar su voz ante los dos diestros haciale poco comunicativo, y la Nivelle trataba en vano de ponerlo dicharachero, alegre é insinuante.

—¿Qué regimiento es ese de Real-Lagardère y quién lo mandaba?—preguntó en tono indiferente siguiendo la conversación, en cuanto él y su factótum se hubieron sentado.

—¡Voto á bríos! El conde Enrique de Lagardère. Se componía de cuatro hombres, de los cuales el pequeño y yo éramos dos. ¡Oh! Pasaba por cualquier parte, os lo aseguro. Á través del fuego, del agua, del hierro y hasta del aire.

—¿Y cómo lo habéis dejado? ¿Es que han matado al conde?

—¡Cuernos de Satanás! ¡Matarlo! Á ese no se le mata...

—¿Entonces, qué es de él?

El gascón, sin responder, miró á la espada del normando y éste contestó por los dos.

—¡Ojalá lo supiéramos!... Anda corriendo mundo...

El mayordomo comprendió que no sacaría gran cosa de los dos diestros hiciera lo que hiciese, y dudó entre proseguir el interrogatorio hasta la indiscreción ó renunciar á sus averiguaciones. Durante su titubeo, ocurrió una escena que cambió por completo sus ideas.

Al oír hablar de Lagardère, Liana alargó la cabeza para ver quién pronunciaba el nombre de Enrique, y recordó haber visto á los dos maestros de esgrima en el palacio de Nevers. Por su parte, Cocardasse la reconoció y la prodigó respetuoso saludo, al cual ella se abstuvo de contestar.

Las cosas habrían quedado así sin una de las peculiares indiscreciones de Berrichón, que hacía tiempo no soltaba ninguna, y parecía deseoso de cometerlas. Tocó al normando con el codo, y dijo bastante alto para ser oído por todos:

—Estoy seguro de que esa señora es la amiga de la señorita Aurora. ¡Miradla bien, maestro!

La frase pasó inadvertida para la mayoría de los oyentes, pero no cayó en saco roto para Gonzaga, que la concedió toda su importancia, aunque no tuvo alcance alguno para Peyrolles. El factótum volvióse para ver á la dama,

convencido de que estaba muy bien caracterizado y no había de ser conocido. Hubiera deseado que se fueran todos sus compañeros de mesa para decir algunas palabras á la amiga de Aurora.

La Nivelle, mientras tanto, para desviar la atención del príncipe, le dijo:

—Tenéis ahí, caballero, una hermosísima sortija. ¿Seréis tan amable que queráis dejármela ver?

Hablando así la bailarina se apoderó de la mano del presunto mercader y examinaba la alhaja. Era una piedra negra, poco voluminosa engarzada en Venecia á un anillo que contenía un secreto. Gonzaga no recordaba haberse revelado nunca á nadie.

—Es más rara que hermosa—repuso para moderar en tanto la admiración de su vecina.—No tiene otro valor que el que quiera darle el poseedor.

—Pues entonces, regaládmela.

—Lo siento mucho, pero me es imposible. Esta sortija no debe separarse de mí.

—La hubiera conservado hasta el fin de mis días, pero puesto que es así... no he de insistir.

El príncipe era siempre el espléndido y pródigo gran señor; sacóse otra más rica y preciosa que la examinada por la cortesana y se la regaló con galantería un tanto fría.

—Tomad esta otra en cambio; vale más para vos y menos para mí.

Las bailarinas miraron con envidia á su compañera, y como tenían función aquella noche no tardaron en levantarse para dirigirse á la Opera; los tres amigos se dispusieron á acompañarlas, y Gonzaga pagó el gasto, previniendo todas las objeciones con estas palabras:

—Que nadie replique; nunca he dejado pagar á señoras ni á veteranos. Señoras y señores, hasta la vista y muchas gracias por vuestra gratisima conversacion. Es seguro que nos acordaremos de ella mucho tiempo.

La Dorbigny no habia pedido nada á Peyrolles ni obtuvo de él siquiera una leve promesa.

Las artistas se despidieron de los diestros en la puerta del establecimiento, marchándose ellos por un lado y ellas por otro, como bandada de gorriones.

—¿Nos quedamos?—preguntó sorprendido el mayordomo, pues habia concebido el plan, que creia muy ingenioso, de seguir á Cocardasse y Passepoil.

—Si—ordenó su amo.

En cuanto hubieron salido todos, volvióse hacia Liana y se sorprendió al verla tan pálida.

Sus miradas se cruzaron; en la de él habia recelo, en la de ella una interrogacion ansiosa.

El mayordomo los contemplaba sin comprender nada.

Se acercaron uno á otro, y la baronesa murmuró:

—Tengo que hablaros á solas.

Gonzaga fingió asombro, y respondió en voz baja:

—¿No me confundiréis con otro, señora? Vuestro rostro me es desconocido.

Habia comprendido que su máscara era inútil, pero quiso que se lo declarase así la baronesita, la cual acercándose aún más, susurró casi á su oído:

—Felipe de Mantua, quiero verte á solas.

—Repito, señora, que os engañáis; ¿qué os prueba que sea yo el que creéis haber reconocido?

—Esa sortija—contestó ella señalando la de la piedra negra.—No hay dos iguales, y esta tiene un secreto.

—Fué hecha para mí, y no he confiado mi secreto á nadie.

—¡Error, Felipe! Hay horas de pasión en que se va la lengua. Unos se olvidan, otros se acuerdan... Lo que prueba que no me has amado nunca y que yo te amo aún.

El príncipe se estremeció.

Algunos instantes antes pensaba en comprar á aquella mujer para convertirla en instrumento de sus planes; pensó hacerlo sin darse á conocer, permaneciendo entre bastidores y por intermedio de su factótum.

Reflexionó.

Viendo la impasibilidad de su ex galán, prosiguió ella en voz baja:

—En esa sortija hay una gota de veneno, y ese veneno en los labios de una mujer sería su muerte. ¿Es verdad?

Gonzaga acabó por recordar que Liana era el único ser humano á quien había revelado aquel secreto, y respondió lentamente:

—Es verdad.

La baronesita le envolvió en una mirada apasionada y murmuró:

—Soy tuya. Nunca dejé de serlo en cuerpo y alma. Aunque me destinases á mi ese veneno, Felipe, lo tomaría repitiéndote: «¡Te amo!»

El príncipe se inclinó dando por terminada la prueba.

Necesitaba á aquella mujer que se entregaba á él sin reserva alguna.

Ya tenía el instrumento indispensable para su venganza, aunque tuviera que aniquilarlo más tarde.

Quizás había adivinado Liana lo porve-

nir al hablar de que el veneno pudiera ser para ella.

Con voz grave preguntó el príncipe:

—¿Estás dispuesta á obedecerme?

—Hasta la muerte.

—Entonces ven conmigo.

Levantáronse y salieron de la taberna seguidos de Peyrolles; pero por el camino Gonzaga deslizó en el fondo de sus bolsillos todas sus sortijas, jurando *in mentí* no volver á llevar en adelante ninguna, puesto que por la maldita sortija negra acababa de ser reconocido en la taberna de la feria de San Germán.

III

Ultimo reto.

Transcurrió un mes desde el encuentro de madame de Longpré y Gonzaga, y si éste dió principio á la acción pegando fuego á la feria en momentos en que se hallaban en ella Lagardère y Aurora, no sacó ventaja alguna del incendio, pues en medio de los escombros y entre el montón de cadáveres, víctimas del siniestro, no estaban sus enemigos, á quienes encontraron sanos y salvos en el pabellón destinado á los arcabuceros.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEX.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEX.

El príncipe se estremeció.

Algunos instantes antes pensaba en comprar á aquella mujer para convertirla en instrumento de sus planes; pensó hacerlo sin darse á conocer, permaneciendo entre bastidores y por intermedio de su factótum.

Reflexionó.

Viendo la impasibilidad de su ex galán, prosiguió ella en voz baja:

—En esa sortija hay una gota de veneno, y ese veneno en los labios de una mujer sería su muerte. ¿Es verdad?

Gonzaga acabó por recordar que Liana era el único ser humano á quien había revelado aquel secreto, y respondió lentamente:

—Es verdad.

La baronesita le envolvió en una mirada apasionada y murmuró:

—Soy tuya. Nunca dejé de serlo en cuerpo y alma. Aunque me destinases á mi ese veneno, Felipe, lo tomaría repitiéndote: «¡Te amo!»

El príncipe se inclinó dando por terminada la prueba.

Necesitaba á aquella mujer que se entregaba á él sin reserva alguna.

Ya tenía el instrumento indispensable para su venganza, aunque tuviera que aniquilarlo más tarde.

Quizás había adivinado Liana lo porve-

nir al hablar de que el veneno pudiera ser para ella.

Con voz grave preguntó el príncipe:

—¿Estás dispuesta á obedecerme?

—Hasta la muerte.

—Entonces ven conmigo.

Levantáronse y salieron de la taberna seguidos de Peyrolles; pero por el camino Gonzaga deslizó en el fondo de sus bolsillos todas sus sortijas, jurando *in mentí* no volver á llevar en adelante ninguna, puesto que por la maldita sortija negra acababa de ser reconocido en la taberna de la feria de San Germán.

III

Ultimo reto.

Transcurrió un mes desde el encuentro de madame de Longpré y Gonzaga, y si éste dió principio á la acción pegando fuego á la feria en momentos en que se hallaban en ella Lagardère y Aurora, no sacó ventaja alguna del incendio, pues en medio de los escombros y entre el montón de cadáveres, víctimas del siniestro, no estaban sus enemigos, á quienes encontraron sanos y salvos en el pabellón destinado á los arcabuceros.

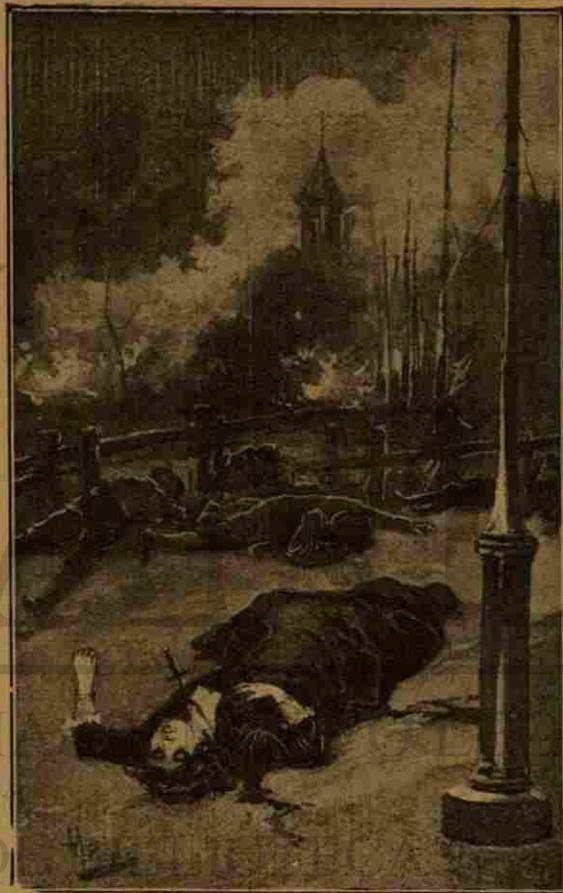
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEX.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEX.

En la aurora del reinado de Luis XV, Felipe de Orleans, asistiendo al despertar del augusto niño convertido en su señor, á causa de su mayoría de edad, maravilló al adolescente soberano, contándole la odisea fabulosa del conde Enrique de Lgardère. No le costó, pues, trabajo obtener de su entusiasmo infantil el real permiso para que ejerciese el famoso caballero libremente su justicia contra el miserable cuya audaz venganza había llevado el luto por toda Francia.

Madame de Longpré fué hallada entre los muertos en el campo de la feria. Un puñal, que debía de ser el de su amante, la atravesaba el corazón. Pero el príncipe italiano vivía; no pudo salir de Paris y refugióse en la calle de Montmartre, en una fonda modesta, el Hotel de Mantua, propiedad de un tal Lamotte. Flor lo supo por madame Melania Liébault, mujer del jefe de policía de Chartres que, providencialmente, había parado en la misma fonda.

Con el consentimiento del Rey, Lagardère, sus dos diestros y algunos arqueros, cercaron la casa que habitaban los que ya se habían convertido en criminales ordinarios; pero cuando tras las oportunas intimaciones abrieron la puerta, los pájaros habían volado y no quedaba rastro de ellos en la jaula. El príncipe y sus secuaces se escaparon por un pasadi-



Madame de Longpré fué hallada entre los muertos...
un puñal la atravesaba el corazón.

zo secreto que daba al callejón de los Rebeldes.

Al otro día, desde el amanecer, reinaba en la calle de Montmartre y cercanías de la indicada fonda vivísima animación. Comadres y tenderos se interrogaban á gritos, secretaban las noticias que tenían ó creían tener, y comentaban de mil maneras los hechos.

El centro y foco de agitación hallábase ante la fachada del hotel donde los curiosos se apiñaban de tal modo que obstruían la circulación.

El pobre fondista, en la puerta, arrancábase los escasos cabellos que le quedaban en el casco, renegaba de su suerte, y, apremiado á preguntas por los circunstantes, no daba abasto contestando. De repente enmudeció, y con la boca abierta y los ojos saltones contempló á Berrichón que se le acercaba por entre el gentío, enviado á buscar informes por su jefe de fila, Cocardasse.

—¡Vos... aquí!—exclamó.

—¡Chist!—le susurró al oído Juan María, empujándole dentro del hotel y cerrando la puerta para eludir la curiosidad popular.—Acabáis de salvaros en una tabla, buen hombre—añadió con tono severo;—vuestra imprudente charlatanería podía llevaros, lo menos, al Chatelet.

—Habláis muy bien, pero yo... mi casa desacreditada... perdido... arruinado quizás para siempre... Nadie querrá venir á alojarse en una casa que se reputará como peligrosa.

—Se os indemnizará, amigo—replicó el mozo golpeando su bolsillo, que produjo metálico y agradable sonido.—Hablemos francamente.

—¿Qué desea saber vuestra señoría?—preguntó el fondista, ya reducido.

—Poca cosa... En primer lugar, que yo no soy señoría, y me llamo Berrichón, simplemente Berrichón, y con ese nombre basta para designarme ó llamarme; así, Berrichon solo. Vamos á otra cosa: los granujas que ayer tarde se alojaron en vuestra casa, ¿volvieron por la noche?

—No, y mucho me temo no verlos venir jamás á pagar su cuenta... El comercio está muy malo... ¡ay!... y sólo le falta á uno cualquier aventura como la de anoche...

—Dejáos de jeremiadas si os es posible—interrumpió Juan María deslizándole en la mano algunas monedas de oro, á cuyo contacto cambió como por ensalmo el mal humor del fondista en protestas de agradecimiento.—No he venido sólo por eso... Vais á prometerme que iréis inmediatamente á avisarme al palacio de Nevers en el caso de que volvie-

ran... Si os ocurriera el ovidar este encarguito, pudiera suceder muy bien que os cocieran vivo, señor de Lamotte... Tenedlo presente.

—Perded cuidado, monsieur Berrichón; lo haré, lo haré. Soy todo vuestro.

—Bueno; no lo olvidéis... y hasta la vista.

En cuanto cerraron la puerta los curiosos se habían diseminado, yéndose unos á sus quehaceres y formando los otros varios grupos con tenderos y comadres.

Juan María pudo salir, pues, de la fonda sin obstáculo y reunirse con los dos diestros, que le aguardaban en la plaza de las Victorias.

—¡Mal pecado!—exclamó el gascón al ver regresar al muchacho y en cuanto lo tuvo al alcance de su voz.—¿Y esos ganapanes?

—Con tiento, mi noble amigo—le aconsejó el prudente normando.—Habla con tu voz natural. Cuando te esfuerzas por hablar en voz baja, tu voz retumba como un trueno, y me temo siempre que vas á romper todos los vidrios...

—¡No haya miedo, pequeño! Cocardasse habla como quiere.

—¿Estaban?—preguntó Passepoil.

Y Berrichón, haciendo un gesto de granujilla parisién, respondió:

—Los bribones se han mudado de casa definitivamente... Habrá que buscarlos en otra parte.

Lagardère no se sorprendió con la noticia; la tenía prevista, y su objeto al enviar á Berrichón á la fonda no era otro que el de indemnizar al fondista. De todos modos, había que proseguir las pesquisas perdiéndose más tiempo y continuando las cosas en la misma situación tirante.

Todo su valor se embotaba en esas miserables escaramuzas, y estaba á punto de perder los ánimos. Tras tantas luchas en que expuso su existencia, ni había resuelto aún la cuestión ni podría resolverla mientras no cortara de raíz la causa del mal.

Aquella mañana invadía la melancolía. Al verle así ensimismado, con la cabeza inclinada y los brazos caídos, Aurora recordaba las lúgubres jornadas españolas en que se disponía á morir y ante el sacerdote hablaba de llevársela con él al otro mundo, á lo cual ella entonces respondía con toda la sinceridad de su alma pura:

—Amigo Enrique, la muerte no me asusta y quiero ir contigo.

Pasaron años; la niña se hizo mujer y le amó; iban á unirse ante el altar, y la misma barrera, es decir, el mismo hombre, se interponía entre ellos, sin poderle aniquilar. Y la duquesita, sufriendo con el padecer de su novio, estaba dispuesta á decirle como antiguamente:

—Amigo Enrique; la muerte no me asusta. Si no podemos ser el uno del otro en este mundo, porque tal felicidad no se ha hecho para nosotros, muramos juntos, cogidos de las manos.

Flor, siempre alerta y animosa, dióse cuenta del abismo de tristeza en que se sumían las almas de los amantes y se propuso curarles, para lo cual imaginó organizar una piadosa peregrinación á la tumba de Felipe de Lorena.

Nada mejor. Lagardère cobraría nuevos alientos para cumplir su juramento; Aurora sentiría reafirmarse su voluntad, y madame de Nevers obtendría nuevo acopio de paciencia para aguardar el vencimiento del plazo. Todos volverían de la visita confortados y con nueva esperanza en la Justicia Divina.

—Los muertos hablan cuando quieren— les dijo la antigua gitana.—El duque Felipe habló en otra ocasión para confundir á Gonzaga, y os respondo de que hoy os hablará de nuevo para infundiros ánimos.

—Tenéis razón, hija mía—exclamó la duquesa viuda abrazándola.—Escuchar á los que ya no existen fortifica el ánimo; obedecerles es asegurarse la victoria... Hijos míos, vamos á orar en la tumba del duque Felipe de Nevers.

Una hora después deteníase la carroza ante la iglesia de Saint-Magloire, descendiendo de

ella la duquesa y su hija, Cruz, y madame Liebault. Lagardère, Chaverny y sus compañeros habían ido escoltándola.

Aurora palideció al volver á ver los lugares en que había estado con traje de desposada aguardando á Enrique destinado al cadalso. En un segundo asaltaron en su mente mil recuerdos dulces y terribles; preguntóse si todo lo sucedido no había sido un sueño y si no oía de nuevo de rodillas al pie del altar los murmullos lejanos de la muchedumbre que seguía al reo de muerte... No recordaba ya lo acaecido: su raptó por Gonzaga; las torturas físicas y morales durante su permanencia en España, y luego las padecidas en París durante la ausencia de su amado; olvidó su inmenso júbilo al verse en salvo, reconquistada, al hallarse junto á su novio y al lado de su madre; y en aquel minuto horrible volvió á vivir la hora espantosa transcurrida en la misma iglesia de Saint-Magloire, á la que no había vuelto hasta entonces, hora en que oyera los murmullos de la plebe al ser llevado Lagardère al patíbulo.

Enrique la vió vacilar y extendió el brazo para que no cayese sobre las losas del atrio. Al contacto de su amado, al mirarle á su lado y leer hasta el fondo de su pensamiento, recobróse, contempló al Cristo que había sufrido por amor y mucho más que ella, y brilló en su mi-

rada la esperanza. Dirigióse con paso firme hasta el altar, y arrodillóse donde lo estuvo cuando la robó el príncipe, en aquel lugar en que había llorado lágrimas de sangre de su tierno corazón.

A su lado, en el duro suelo, la viuda de Nevers ofrecía al Altísimo su dolor para que su marido fuese vengado y su hija obtuviera la felicidad. Flor rogaba por todos y por sí misma, y madame Liébault imploraba al Eterno, confiándole el secreto de su corazón. Tras las mujeres doblaron la rodilla y encorvaron las cabezas los que tenían la misión de defender á las damas.

Si los dos diestros tenían hacia mucho tiempo olvidadas las oraciones que aprendieron en su infancia, estaban firmemente convencidos de la existencia de Dios, de aquel Dios ante el cual se prosternaba humildemente Lagardère, y le pedían fervorosamente y á su manera sencilla, la dicha de aquellos á quienes se habían entregado en cuerpo y alma.

El diablo, por su parte, no permanecía tranquilo. Un callejón sin nombre ni salida al cual daba la antigua *Folie-Gonzaga*, unía una de las entradas laterales de la Iglesia con la calle de Saint-Magloire. Nadie pasaba casi por allí, ni aun de día, y era buen lugar de emboscada al resguardo de las tapias del cementerio.

Ahora bien; en el mismo momento en que madame de Nevers, su hija y sus amigos franqueaban el atrio del templo, la puertecita del jardín de la *Folie-Gonzaga* giraba suavemente sobre sus goznes y daba paso al príncipe y su factótum, los cuales se deslizaban con toda clase de precauciones á lo largo del muro hasta la brecha abierta para que pasase la procesión de las reliquias de San Gervasio.

Si se hubiera podido atravesar con la vista el follaje y las tapias de la *Folie* se habrían visto cinco hombres, espada en mano y prontos á acudir en socorro de su señor.

Gonzaga demostraba á la sazón la mayor audacia; la aproximación del desenlace inminente le incitaba á osarlo todo y desafiar todos los peligros. Desalojado del *Hotel de Mantua*, comprendiendo que le perseguían de cerca, Lagardère por una parte y la policía parisienese, que también le había ya tendido varias emboscadas, por otra; parecía la fiera acorralada que se resuelve furiosa á defenderse, á luchar desesperadamente hasta perder el último aliento, ya que perdió toda esperanza de salvarse.

Por ello, despreciando las más elementales precauciones, pero en realidad con admirable habilidad, habíase aposentado en aquella casa que era suya, persuadido perfectamente de que

le buscarían en cualquier parte menos allí. Desde la *Folie* oyó llegar la carroza y vió entrar en la iglesia á sus enemigos. Ocurriósele al punto que era el diablo quien le enviaba á Lagardère y Aurora para que pudiera matarlos juntos al pie del altar. La santidad del lugar no había de detenerle.

Un sacrilegio más ó menos no constituía obstáculo alguno para hombres de su temple. Con todo, no quería atacar á sus enemigos frente á frente considerándolos demasiado valerosos y esforzados, sino aprovechar un descuido para dar el golpe á salvo.

Su plan era asesinar y no combatir.

—No me sorprendería—había dicho á sus enrodados—que el matrimonio esté dispuesto para dentro de pocos días y que la ceremonia de hoy sea una especie de ensayo de la próxima. ¡Voto á cien mil diablos!... Asistirán al casamiento de Lagardère testigos con los cuales no cuenta.

La idea, pues, de organizar una asechanza, de tender un lazo decisivo y próximo para acabar con el conde, incitóle á no intentar nada por lo pronto. Sin embargo, su temeridad impulsábale fuertemente á hacer acto de presencia. Cogió un papel, trazó rápido breves líneas, y sin calcular el peligro, salió de su guarida y se deslizó, como hemos visto, por el

estrecho pasadizo que conducía al templo. No se le ocurrió el pensamiento de una salida imprevista de Lagardère que lo colocase cara á cara con su terrible enemigo.

Muy á regañadientes seguía Peyrolles, livido y no menos temblando que si viese ante sí alzarse el cadalso que había de concluir con su vida. Cada paso que daba, con el oído atento y ojo avizor, costábale un esfuerzo, y el menor ruido que llegaba del templo le hacía estremecer hasta la médula. Su amo, por el contrario, andaba tan ligero que le costaba trabajo seguirle, y hasta tuvo pensamientos de dejarle adelantar solo. Pero le contenía la codicia.

Aquel cobarde entre los cobardes, parecía tener á punto de honra no abandonar á su amo. Por supuesto, el motivo de su adhesión hubiera parecido muy extraño á gran número de gente, y el mismo Gonzaga no había sospechado nunca que si su fiel factótum le demostraba tal abnegación era por interés, por codicia.

No dudando de la victoria final del conde, pensaba aprovecharse de la muerte de su señor para saquear el palacio del príncipe y enriquecerse así de una vez y para siempre.

Felipe escaló las tapias del cementerio, se deslizó por los matorrales y franqueó tan agilmente los sitios descubiertos, que Peyrolles no

se atrevió á seguirle y le aguardó agazapado y oculto por el follaje.

Los enrodados, desde su observatorio, no perdían de vista al caballero, dispuestos á acudir en su ayuda. Se estremecieron cuando al dar la vuelta á la iglesia desapareció y los minutos en que no podían verle les parecieron siglos. Más que centurias parecían al cuitado mayordomo, cuyos dientes castañeaban.

Felipe de Mantua volvió á pasar por junto á su factótum sin verle; tanto se achicaba el pobre Peyrolles para ocultarse; por otra parte, su amo no pensaba en él, y cuando penetró de nuevo en casa á poco le da con la puerta en las narices.

Pero logró deslizarse tras el príncipe y echar el cerrojo, dejándose caer desfallecido en el suelo.

Luego, Gonzaga, saliendo de nuevo, ocultóse entre las ramas, envainó su espada y aguardó: no temblaba; sonreía irónicamente.

Aurora reapareció al lado de su madre. Las dos parecían consoladas y confortadas por la oración. Bajaron lentamente los escalones, seguidos de todos, y Felipe les vió defilar graves y tranquilos dirigiéndose hacia el panteón de Nevers, su víctima.

Poco faltó para que no soltase burlona carcajada, pero se contuvo, é involuntariamente

llevó la mano á la empuñadura de su espada. Por instinto, en cuanto veía á su adversario, pensaba lo primero en defenderse. Otra vez más no se atrevió ó no quiso combatir; dejó caer la mano á lo largo de su cuerpo y se contuvo. Su semblante recobró por completo la impasibilidad, pero un buen fisonomista hubiera distinguido bajo aquella máscara júbilo feroz.

Lagardère daba el brazo á la madre de Aurora, previendo la emoción que había de experimentar la noble viuda ante la tumba de su esposo.

La imagen de Felipe de Lorena-Elbeuf, duque de Nevers, revestida de su coraza, con las manos cruzadas y un león acostado á sus pies, dormía su sueño de piedra, aguardando que fueran á decirle:

—¡Ya ha sido vengada tu muerte!

Cuantos le conocieron en vida doblaron la rodilla ante su estatua tumular.

Mientras la viuda y la hija de Nevers oraban de rodillas besando las losas funerarias, Lagardère miró el rostro de la estatua mortuoria. Crispóse su mano sobre el brazo de Chaverny.

—¿Qué es eso? —murmuró con voz sorda.

El marquesito miró y palideció. Navailles y los demás siguieron la dirección de las miradas.



Y clavó papel y puñal en el tronco de un árbol próximo.

das y enrojecieron de cólera. En los intersticios de la visera del casco había un puñal clavado y sujetando un pedazo de papel escrito. Probablemente insultos al muerto. ¡Y no se había derrumbado el cielo, ni matado el Señor por medio de un rayo al profanador del sepulcro de su propia víctima!..

Enrique con un gesto hizo detener en las gargantas de todos el grito de indignación que se disponían á lanzar. No quería que la esposa desolada y la hija amante advirtieran la profanación, y con rápido movimiento, y por encima de las cabezas de las damas, arrancó la daga y el papel.

Era una especie de reto.

Harto ya de la prolongación de aquella lucha, Gonzaga citaba á Lagardère para el día siguiente en el cementerio de Saint-Magloire.

El conde irguió altivo su cabeza y miró al cielo como tomándole por testigo de que aceptaba el reto. Luego con el propio puñal del asesino de Nevers, y con sangre de su brazo, el conde escribió en el papel una sola palabra.

Acudiré.

Y clavó papel y puñal en el tronco de un árbol próximo.

IV

Velada de armas y mañana de fiesta.

Aquel mismo día y de acuerdo con una lista del duque de Orleans, Luis XV indultó á varios prisioneros de la Bastilla por causas leves. Entre ellos fué incluido, bien por descuido del príncipe ó por la insignificancia del personaje, el gordo Oriol que ya pensaba que iba á podrirse en la famosa fortaleza.

Al verse libre experimentó un júbilo delirante; pronto sintió también un tanto de orgullo.

Desde el encierro del duque de Richelieu, era de buen tono para la juventud noble y calavera pasar algunas semanas preso en aquel castillo, sin acordarse que al ingresar en él había lanzado terribles maldiciones al Regente á Gonzaga, á Peyrolles, á Lagardère y á casi todos sus conocidos.

No tenía el menor deseo de averiguar el paradero del príncipe para ir á someterse de nuevo á su despótica dominación, ya que el indulto con que acababa de ser agraciado entrañaba la cesación de su destierro. Resuelto, pues, á gozar de la vida, sin arriesgarla nuevamente, ante todo pensó en buscar á la Nivelles.

A este efecto dirigióse hacia la Ópera, y quiso su mala suerte que se encontrara de manos á boca con Peyrolles.

El encuentro no le hacía maldita la gracia; en su consecuencia, trató de esquivarse, y acaso lo hubiera conseguido á pesar de su poca agilidad, á no ir el mayordomo acompañado del barón de Batz, que le reconoció, le detuvo y exclamó satisfecho, en su media lengua habitual, cambiando las *ces* en *ges*, las *bes* en *pes*, las *des* en *tes*, las *efes* en *ves* y viceversa, del cual trueque hacemos gracia al lector por no aburrirle:

—¡Tripas del diablo! ¡El picaro no ha enflaquecido en la Bastilla!... ¡Por el cielo!... Debes de tener el brazo descansado, tú, y la faena que nos ha caído encima no es floja. Anda, vente.

—Un acero más no es de desdeñar—añadió Peyrolles, cuya cara de buitre trató de sonreír en vano.—¡Bienvenido, querido Oriol! El príncipe se alegrará mucho de volveros á ver, así como yo.

El ex negociante hizo una mueca, pero se reprimió, y armándose de todo su valor, después de invocar mil excusas tan ridículas unas como otras para salir del paso, terminó diciendo:

—En fin, necesito cuarenta y ocho horas

para arreglar mis asuntos y me hace falta libertad completa durante ese plazo. Pese á todos los diablos necesito esos dos días y los tendré.

Nunca, en toda su vida, mostró resolución tal, resolución de manumitirse, el hombrecillo; pero ¡ay! su cobardía proverbial había de deshacer muy pronto, como espuma, aquella firme decisión.

—Dentro de cuarenta y ocho horas—insinuó el factótum —ya no tendremos necesidad de vos. Y no olvidéis lo que varias veces ha dicho Monseñor: «El que no está conmigo, está contra mí.»

Pronunció sus palabras Peyrolles con acento amenazador, no porque se curase mucho de la ayuda del tímido Oriol, sino porque no le hubiese agradado que se pasara al campo contrario. El ex negociante hallábase perplejo y con ganas de romper por todo, pero el barón, que no entendía de esos tiquis miquis, le agarró por el brazo y ordenóle con imperio:

—¡Eh! ¡Basta ya de parola, y anda adelante y sin cerdearl...

El alemán, que tan brutalmente zanjaba las dificultades, procedía de buena fe. Su reflexión era la siguiente:

—Si para bien de la asociación debe de estar á nuestro lado Oriol, ¿para qué perder el tiempo en discusiones y tontunas?

El gordo obedeció, no sin hacer amargas reflexiones. No valía la pena, en rigor, de haber sido agraciado por el Regente, de haberse librado de la Bastilla hacía tan poco rato para caer en seguida prisionero de Gonzaga. Á lo menos, en la fortaleza del Estado no tenía que temer estocadas; la integridad de su piel estaba á salvo.

Esto ocurría dos horas después del suceso del cementerio. Una vez pasado el peligro, el mayordomo recobró al ánimo y su personalidad, volviendo á ser intrigante y perverso. Y volvía entonces acompañado del barón, á quien eligió como compañero, no por simpatías, sino por su gran fuerza y por lo torpe de cacumen, de estorbar un plan de su señor para procurarse oro.

Cuando el príncipe huyó á España después de las terribles revelaciones de Lagardère en pleno Tribunal, y tras el doble reto del cementerio Saint-Magloire, llevóse consigo una suma considerable de oro; pero todo tiene fin en este mundo, y, en asoldar bandidos, alimentar á sus enrodados y los gastos de viaje, etcétera, aquella cantidad estaba á punto de acabarse.

Ahora bien; para el caso en que saliera con vida del último lance con Lagardère, lo cual esperaba, necesitaba escapar y llevar mucho

dinero, pues esta vez la fuga de Francia había de ser definitiva.

Para ello no necesitaba de empréstitos; sabía dónde hallar grandes riquezas que le habían pertenecido y que, en su opinión, seguían siendo suyas; la dificultad estaba en llegar á recobrarlas.

Con efecto: la noche misma en que huyó llevándose á Aurora, la princesa trasladóse al palacio de Nevers, y el de Mantua, sito en la calle Quincampoix, fué secuestrado y cerrado, poniéndose en él centinelas militares para impedir la entrada á todo el mundo. Todos los que habían sido arruinados por el príncipe, al pasar ante la *Mansión de Oro*, amenazaban con el puño cerrado y maldecían al proscrito.

Y como Gonzaga menos que otro alguno podía penetrar en la casa para sacar dinero, ideó aquella misma mañana con su factótum un plan con objeto de burlar la vigilancia de la guardia y proveerse de oro en su propio palacio.

Creía ser el único en saber el secreto de lo que encerraban sus cofres, pero se engañaba; Peyrolles lo conocía; en aquellas materias no había cosa que pudiera ocultarse al codicioso mayordomo, el cual, si reconocía al de Mantua como su señor y se doblegaba sin chistar ante él, cumpliendo todas sus exigencias, tenía otro

amo mucho más poderoso, mucho más exigente y mucho más tiránico: el ORO.

Claro que Felipe podía salir victorioso y matar á Lagardère; era natural que quisiera llevarse su tesoro al expatriarse. Pero ¿y si, como creía Peyrolles lo más probable, resultaba vencido?

Luchando contra tal adversario era de temer.

Es decir: de *temer*, no; porque, muerto Gonzaga, su mayordomo podría apoderarse de aquel enorme tesoro, ponerlo á salvo y llevarlo al extranjero para disfrutarlo tranquilamente. Tal era el plan del digno factótum.

Así, pues, dejó hablar á su amo, anotando cuidadosamente en su memoria todas las indicaciones útiles para su plan, y cuando al fin el Príncipe le pidió su opinión acerca del éxito de la tentativa, el traidor se apresuró á aprobarla en todos sus pormenores, elogiando la iniciativa de su señor y prometiéndole el más feliz resultado.

Pero para sí, en el fondo de su pecho, donde imperaba absoluta la codicia, proponíase hacer abortar el proyecto á toda costa y por cualquier clase de medios.

Habían decidido la hora: aquella misma noche, después de las doce; y, convenido todo, mientras Gonzaga se frotaba satisfecho las manos congratulándose del feliz resultado de sus

planes, su maquiavélico consejero, sonriendo sarcásticamente, escribió una carta denunciando el plan al jefe de la guardia.

Hecho esto, salió con Batz, tomando el primer pretexto plausible que se le ocurrió, y se dirigió hacia la calle de Quincampoix.

A veinte pasos del centinela hizo emboscar al barón tras una esquina y adelantó sólo, dejando caer un papel al pasar al lado del soldado.

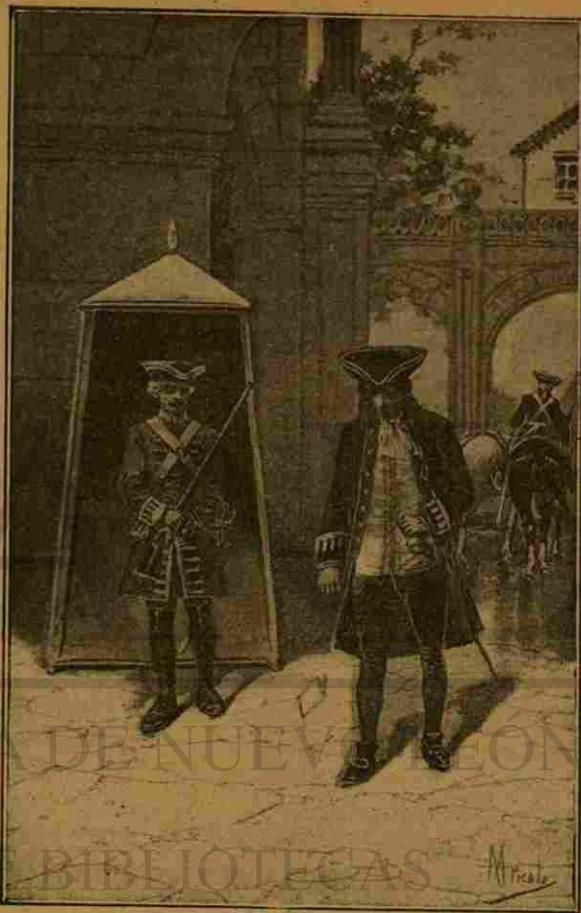
Antes de alejarse se cercioró de que el guardia lo cogía, lo leía y llamaba al jefe del puesto para entregárselo.

En la carta decíase que á media noche sería asaltado el palacio para robar las alhajas y objetos preciosos que en él había, y el jefe de la guardia comunicó la denuncia á sus superiores.

Una hora más tarde la guardia se había triplicado, acampando soldados en el patio y hasta en algunas habitaciones.

Con arreglo á su programa, Felipe de Mantua, seguido de sus enrodados, llegó al filo de media noche á la suntuosa morada que fué suya otrora.

Al ver aquel lujo de precauciones, aquel aumento de guardias que hacía inútil toda tentativa, mordióse los labios hasta que sangraron, mientras que el factótum aparentaba estar lo más asombrado y pesaroso del infausto



... dejando caer un papel al pasar al lado del centinela

contratiempo. Sin embargo, y como se supon-
drá, en su fuero interno, el traidor estallaba de
júbilo. Ya creía seguro que el oro de su amo
sería para él.

El edificio levantado por Gonzaga en su
pensamiento se derrumbaba y caía piedra por
piedra. Habíase convertido en asesino para ro-
bar la fortuna de Nevers agregándola á la suya,
y después de cometer una serie de crímenes
innobles: el perjurio, el rapto, la traición, la
falsedad, de haber recurrido á todas las infamias,
de haber cometido todas las cobardías,
pisoteando todos sus deberes, ¿qué resultado
obtenía?

Se había hecho un enemigo del Regente,
enemigo temible y poderoso, que podía aniqui-
larlo; se le había escapado de entre las manos
la codiciada fortuna de su víctima, y podía dar
por perdida también la suya, la propia. Para
obtener tan mezquino, tan deplorable resulta-
do, torturó mujeres, hizo matar á más de cin-
cuenta hombres y convertido su vida, en los
últimos años, en tejido horroroso de crímenes.

Por un momento casi se arrepintió de ha-
ber citado á su adversario en un plazo tan breve
para poder preparar su fuga y asegurársela;
pero su orgullo insensato se sobrepuso al cabo
y resolvió continuar su obra á pesar de todo y
á cualquier costa.

Durante un buen rato, y ya de regreso á su
madriguera, nadie se atrevía á acercarse á él ni
á hablarle; el mismo Peyrolles, no obstante su
proverbial osadía y la confianza que su señor
le concedía, comprendió que cualquier palabra
podía costarle la vida. Todos le miraban de
reojo, intranquilos y taciturnos.

De pronto se irguió altivo y más insolente
que nunca, exclamando colérico:

—¿A qué conduce mirar á lo pasado? Exa-
minemos más bien lo porvenir. Hoy mismo,
señores, debe de casarse Lagardère. Es la una
de la madrugada y la jornada será larga.

Los enrodados se agruparon en torno suyo
sin pronunciar palabra y pendientes de los la-
bios del Príncipe, cuyo tono grave hacía adivi-
nar la importancia de sus declaraciones.

—El Regente estará de boda, y quizá tam-
bién el Rey. Desde aquí oiremos el órgano y ve-
remos á los novios subir las gradas de la iglesia,
la doble pareja: Aurora y Enrique, Flor y Cha-
verny; la princesa mi mujer, porque hagan lo
que quieran es mi mujer, se presentará del
brazo de Lagardère... y no veremos más, señores,
porque no estamos invitados á la ceremonia... Si
quisiéramos asistir probablemente nos
sucedería como en el palacio Gonzaga: que nos
lo impedirían los guardias.

Calló un momento, clavando su mirada en

sus antiguos gentileshombres, que había convertido en esclavos, y prosiguió con sarcasmo:

—Es una falta imperdonable de M. de Lagardère no habernos invitado... pero iremos de todos modos.

—¿Y los guardias?—preguntó Nocé.

—¡Diablo! ¿Y los guardias?—repitió el teutón.

—Llegarán después que nosotros. Las espesuras se han hecho para poder ocultarse en ellas. Preguntádselo á Peyrolles... lo que no implica para vosotros la obligación de tener miedo, como él... Bueno; estaréis allá ocultos tras matorrales y tumbas, esperando al Conde... No tengáis cuidado: acudirá...

—¿A qué hora?

—No lo sé... Indudablemente esta noche... ¿Habéis comprendido?

Su silencio respondió por ellos.

Sabían que se preparaba aquella expedición nocturna y no se les ocultaba su importancia.

El Príncipe, tras breve pausa, prosiguió con marcado sarcasmo:

—¿No os hace gracia, señores...? Peor para vosotros. Ya os he dicho otra vez que tengo un registro y cada uno de vosotros tiene dedicada una página. Arriba consta lo que os he dado, y abajo lo que he recibido de vosotros.

Y se calló de nuevo, clavando una mirada fría, cruel, en sus instrumentos, que no se atrevían á protestar ni menos á sublevarse.

Al cabo, continuó:

—Estamos muy distantes de estar en paz, y si me viniera en ganas de liquidar esta noche misma, me agradaría mucho veros dispuestos á saldar vuestra cuenta.

Ante aquellas palabras insolentes y mordaces, los enrodados se indignaron; conocían muy bien la cuenta de Gonzaga, y sólo con las espadas puestas á su servicio podían saldarla.

—No hemos negociado ni regateado nunca—dijo Montaubert.—Hoy, como ayer, nuestro contrato está en vigor... Eso de retraerse ante el peligro inminente es bueno para Chaverny y Navailles.

—También saldarán su cuenta, perded cuidado—añadió el Príncipe.

—Nosotros firmamos ya las nuestras, pero si hace falta nuevo reconocimiento...—replicó Nocé.

—¿Para qué?—objetó con altivez burlona Gonzaga.—¿Qué sería de vosotros si diera ahora mismo por saldada nuestra cuenta y os abandonara á vuestras propias fuerzas? El cadalso os acecha... Oriol ya ha probado la Bastilla... y yo solo puedo salvaros, reconstituir vuestra fortu-

na... y la mía. Tenemos que pensar en ello ahora mismo.

—Cuando queráis, Monseñor— repondió Montaubert.

Los enrodados estaban de nuevo bajo el yugo: su amo tenía razón; sin él sólo eran víctimas propiciatorias de la justicia. Acaso Felipe de Mantua hubiera sido bastante menos sin ellos, pero no le correspondía á él decirlo. Paseó una mirada circular por los rostros contritos de sus esclavos y continuó:

—La hora del descanso, bien ganado, está próxima. Nada de debilidades si queréis vivir y gozar de la victoria. Id á afilar vuestras espadas, y en cuanto oigáis el repique de las campanas, bajad al cementerio y apostaos en derredor de la tumba de Nevers... No os inquietéis si no estoy allí; yo también, como Lagardère, os digo: *Acudid!*

En otro tiempo nadie tenía sueño en aquella mansión destinada al placer; aquella noche nadie pensó tampoco en dormir, y aún estaban arreglando los últimos pormenores del plan cuando apuntó el alba.

Por una vez, á lo menos, no les desveló la orgía.

.....

Aquella mañana al despertar de su Alteza

Real, Brehant mostróse inflexible y no dejó entrar á nadie en la alcoba.

Lagardère y Chaverny fueron introducidos por una puerta secreta, y el Príncipe al verles tendiéndoles afectuosamente la mano.

—Buena noticia, señores. Su Majestad y yo decidimos anoche casaros hoy mismo.

Luego, después de gozar un instante con el asombro pintado en la faz de ambos caballeros, prosiguió:

—No podéis dar con el motivo de esta resolución, ¿verdad?... Pues voy á deciroslo.

Y tras breve pausa, Su Alteza prosiguió:

—Esta tarde á primera hora se celebrará en las Tullerías (1) la Asamblea magna para reconocer la mayoría de edad de Su Majestad. Vosotros no estaréis, pues tenéis algo mejor que hacer; pero todo lo mejor y más ilustre del reino asistirá... ¿Comenzáis á comprender, M. de Lagardère?

—Creo que sí, monseñor; pero temo mucho equivocarme.

(1) Como verá el lector, seguimos usando el término de Tullerías adoptado por algún ignorante y que ha tenido la fortuna que suelen tener los mayores disparates: la de perpetuarse á favor de la estúpida rutina. En rigor, la traducción es *Tejerías* (de *tuile*, teja), por haberse edificado el palacio en el emplazamiento ocupado durante muchos años por unos *tejares* ó fábricas de tejas y ladrillos. (N. del T.)

—Pues bien; al salir de las Tullerías el Rey y su corte entera irá á Saint-Magloire, á presenciar el casamiento del Conde de Lagardère y el del Marqués de Chaverny. Tenedlo todo dispuesto para las seis de la tarde, caballeros.

No era costumbre casarse á esas horas, pero el Rey lo quería y los interesados no pensaban en discutir el punto.

—A propósito, marqués... ¡de buena te has escapado! Te doy noventa y nueve en ciento para adivinar quién había solicitado del Rey la honra de bendecir tu matrimonio... Ya estaba acordado, y quizás no hubiese podido yo impedirlo...

El tono burlón y satírico del Regente puso á Chaverny sobre la pista.

Respondió, pues, festivamente:

—¡Bah! Monseñor, todos los sacerdotes son buenos, porque representan á Dios. Sólo conozco uno que no representa ni al diablo, porque ni el diablo quiere estar tan mal representado; me refiero al Cardenal Dubois.

—Y precisamente me refiero á él, marqués.

—¡Muchas gracias!... ¿No podría Vuestra Alteza enviarlo á pasar un par de días á la Bastilla?

—¡Pestel! ¡No eres partidario de las temporizaciones, tú! Pero no hace falta; tran-

quilizate. Dubois ha caído enfermo, y le es imposible jugarte esa mala pasada.

—¡Bendita sea su enfermedad!

—Hasta la tarde, señores. Eso es cuanto tenía que deciros.

V

La mayoría de edad del Rey

Desde las doce del día los alrededores del palacio de las Tullerías, en el cual había de celebrarse la solemne sesión del Parlamento para reconocer que, llegado el Rey á su mayor edad, cesaba la regencia y gobernaría por sí mismo Luis XV, estaban atestados de gente que se aprestaba á dar vivas á su soberano, muy satisfecho por cambiar de señor.

Caprichoso, versátil, y siempre dispuesto á divertirse á poca costa cuando podía hacerlo, el buen pueblo de París, ya distraído con la formación de las tropas vestidas de gala, que cubrían la carrera, se aprestaba á entusiasmarse contemplando al Rey y á los cortesanos en traje de Corte, los purpurados cardenales, los obispos y arzobispos con sus vestiduras moradas, los capitanes generales y maestros de campo; los ministros, los príncipes de Francia, los

—Pues bien; al salir de las Tullerías el Rey y su corte entera irá á Saint-Magloire, á presenciar el casamiento del Conde de Lagardère y el del Marqués de Chaverny. Tenedlo todo dispuesto para las seis de la tarde, caballeros.

No era costumbre casarse á esas horas, pero el Rey lo quería y los interesados no pensaban en discutir el punto.

—A propósito, marqués... ¡de buena te has escapado! Te doy noventa y nueve en ciento para adivinar quién había solicitado del Rey la honra de bendecir tu matrimonio... Ya estaba acordado, y quizás no hubiese podido yo impedirlo...

El tono burlón y satírico del Regente puso á Chaverny sobre la pista.

Respondió, pues, festivamente:

—¡Bah! Monseñor, todos los sacerdotes son buenos, porque representan á Dios. Sólo conozco uno que no representa ni al diablo, porque ni el diablo quiere estar tan mal representado; me refiero al Cardenal Dubois.

—Y precisamente me refiero á él, marqués.

—¡Muchas gracias!... ¿No podría Vuestra Alteza enviarlo á pasar un par de días á la Bastilla?

—¡Pestel! ¡No eres partidario de las temporizaciones, tú! Pero no hace falta; tran-

quilizate. Dubois ha caído enfermo, y le es imposible jugarte esa mala pasada.

—¡Bendita sea su enfermedad!

—Hasta la tarde, señores. Eso es cuanto tenía que deciros.

V

La mayoría de edad del Rey

Desde las doce del día los alrededores del palacio de las Tullerías, en el cual había de celebrarse la solemne sesión del Parlamento para reconocer que, llegado el Rey á su mayor edad, cesaba la regencia y gobernaría por sí mismo Luis XV, estaban atestados de gente que se aprestaba á dar vivas á su soberano, muy satisfecho por cambiar de señor.

Caprichoso, versátil, y siempre dispuesto á divertirse á poca costa cuando podía hacerlo, el buen pueblo de París, ya distraído con la formación de las tropas vestidas de gala, que cubrían la carrera, se aprestaba á entusiasmarse contemplando al Rey y á los cortesanos en traje de Corte, los purpurados cardenales, los obispos y arzobispos con sus vestiduras moradas, los capitanes generales y maestros de campo; los ministros, los príncipes de Francia, los

pares, los togados de la Universidad y Tribunales de Justicia; los caballeros de las Ordenes militares, los consejeros de Estado, los cuartos militares del Rey y del Regente, los mosqueteros, los miembros del Parlamento y todos cuantos habian de asistir á la Asamblea magna de la mayoría de Luis XV.

El Monarca sentábase en elevado trono, con soberbio dosel de terciopelo flordelisado, teniendo á su derecha á S. A. R. el Regente, al duque de Borbón, al de Maine y al conde de Tolosa, y luego á los demás miembros de la Real familia, por orden de parentesco; y á su izquierda al Gran Canciller, á los ministros, á Su Eminencia el cardenal Fleury y grandes dignatarios del reino.

El Canciller abrió la sesión con un largo discurso, destinado á demostrar que aquel día —22 de Febrero de 1723— un niño aún, iba, por mandato directo de Dios mismo, á tener en sus débiles manos la suerte de veinticinco millones de seres racionales. Y con esto y con cubrir de lisonjas el gobierno de Su Alteza el Regente, cuyas liviandades olvidó, cedió la palabra á Mr. de Armenonville, que se despachó también á su gusto, y en términos parecidos.

Decir que el Rey se divertía con tales historias, sería exagerar demasiado; hubiera preferido oír por centésima vez la del Hombre de

la Máscara de Hierro ó la de las hazañas de Lagardère, y muy á menudo, al volverse hacia él Mr. de Armenonville observaba que no le atendía. Algunos días antes hallábase muy ufano, satisfecho por convertirse en el dueño y señor de Francia, pero á la sazón, aunque sentado en cómodos y muelles almohadones, parecía que las ceremonias regias, y en particular las sesiones del Parlamento, eran algo así como las penitencias á los malos estudiantes.

No obstante, conservaba en su trono toda la regia dignidad apetecible, y aparentaba escuchar complacido aquel flujo de palabras, aunque pensando en el matrimonio de Lagardère y discurrendo de qué medio se valdría para terminar aquella aburridora Asamblea y enviar á aquellos pobres viejos forrados de pieles ó cubiertos de lujosos uniformes á calentar al fuego de la chimenea sus miembros reumáticos ó gotosos ó á meterse entre sábanas.

En verdad que muchos de aquellos ilustres restos de glorias remotas debían de resentirse muy mucho por las corrientes de aire que circulaban por la iglesia de Saint-Magloire, y parecía al malicioso reyecito que la mayoría de aquellas estantiguas sólo llevaban la espada como adorno y carecían de alientos para sacarla de las vainas en caso de una lucha. Entonces comenzó á buscar las cabezas jóvenes y

la virilidad en las facciones, pensando que aún había buen número de caballeros fuertes y valerosos que le seguirían con entusiasmo adonde quisiera llevarlos, y secundarían sus vagos anhelos de gloria.

Gracias á estas reflexiones, no le pareció muy largo el discurso de Mr. de Armenonville, del que no oyó una triste palabra... Eran muy cerca de las cinco, y poco después llegó la hora del besamanos, en que cada cual se prosternaría ante el Rey y le prestaría juramento de fidelidad. Luis XV abrevió cuanto pudo la ceremonia, agradeciéndola con unas cuantas elocuentes frases, aprendidas de memoria aquella misma mañana, merced á los esfuerzos y ayuda del cardenal Fleury, é inclinándose al oído de Felipe de Orleans, le dijo:

—Primo, dad cuenta á esos señores de nuestro deseo.

El ex Regente se levantó, produciéndose en la Asamblea un gran silencio. Ninguno esperaba aquello, y el asombro cundió desde las primeras palabras. Tratábase de hacer á Lagardère, con motivo de su matrimonio, una manifestación imponente y sin precedente en la Historia.

Muchos fueron los que se quedaron con la boca abierta ante la regia decisión, tan contraria á la etiqueta cortesana; pero unos cuantos

de los más ilustres que, como el duque de Berwick y el príncipe de Conti, conocían y admiraban al conde Enrique, aplaudieron entusiasmados, creyendo que tras del gran Luis XIV otro Monarca eclipsaría su grandeza: aquel adolescente, su biznieto, que con acto tal inauguraba su reinado.

Todos conocían, cuando menos, las proezas y gestas de Lagardère, y algunos conocíanle personalmente. Además de Berwick y Conti, de Saint-Aignan y del mariscal d'Estrées, M. de Riom y los coroneles que habían guerreado en España admiraban sinceramente á Enrique y podían extenderse bastante en el relato de sus hazañas.

Y en aquellos momentos, Gonzaga preparaba concienzudamente su último crimen, ignorando el cortejo brillante é imponente que se preparaba á asistir á las bodas de su enemigo. El príncipe tenía el cerebro organizado para el mal, y si en ocasiones pedía consejo á Peyrolles, su discípulo en perfidia, sólo lo hacía tratándose de asuntos de índole secundaria. Cuando la situación era grave—y entonces lo era como nunca—únicamente se guiaba por sí mismo.

Urdida en tales casos la trama, no se contentaba con mover á sus comparsas: operaba él mismo, como en los fosos de Caylus, como en

el rapto de Aurora, como en España por una ó dos veces, y como en el incendio de la feria de San Germán. Aquella tarde iba á jugar el todo por el todo.

Acababa de escribir dos billetes sin firma, contrahaciendo admirablemente su letra, y de tal suerte, que cada uno de ellos parecía escrito por un individuo distinto.

Contempló su obra, y pareció tan complacido, que sonrió como si fuera á morder á alguien. Los dobló cuidadosamente, escribió las direcciones respectivas y los guardó en su bolsillo.

Iba vestido de negro, y resultaba siniestro con su faz lívida y sus ropas, tan sombrías como su alma. Toda la mañana había estado paseándose por su cámara, sentándose alguna vez y apoyando entonces la cabeza en la palma de la mano. ¿Reflexionaba acerca de lo ingrato y pesado de su tarea y se arrepentía de haberla emprendido? No. El orgullo le dominaba; y además, cuando se ha andado algún camino por la senda del crimen, no hay alientos ni decisión para retroceder. Es necesario adelantar, descender cada vez más; el vértigo impulsa á los desgraciados, y solamente los remordimientos pueden servirles de freno. Pero Gonzaga no los conocía aún; meditaba su venganza y destilaba todo el odio de su corazón.

A veces, al ver las arrugadas frentes de sus enrodados, pensaba que ellos eran accesibles á los remordimientos, y los pisoteaba con su desprecio y sus insolencias, mostrándoles que era demasiado tarde para arrepentirse, y arras-trándolos de nuevo al surco sangriento. Á este respecto sólo Peyrolles era digno de su amo. Miraba lo porvenir sin preocuparse de lo pasado; y si alguna vez recordaba el camino recorrido, lo hacía simplemente para no olvidar los obstáculos que tuvo que vencer y tratar de evitar otros semejantes en lo sucesivo.

En las primeras horas de aquella tarde, especie de velada de armas del Príncipe, su teniente Peyrolles hacía en la estancia frecuentes apariciones, teniéndolo al corriente de lo que pasaba por fuera.

Hacia las dos plantóse en la entreabierta puerta y vióle meditar. Su señor no le había visto y siguió ensimismado; el mayordomo lanzóle elocuente mirada. Entre aquellos dos hombres, ligados por larga sucesión de crímenes, no existía ni afinidad ni confianza. Si uno era el amo y otro el sirviente, debíase á que éste no había hallado medio de invertir los papeles ó de emanciparse de toda servidumbre. Y á la sazón sonreíale la esperanza de conseguirlo muy pronto.

Gonzaga tenía enfrente un espejo de plata,

y por él vió la sonrisa siniestra de su factótum. Aquella sonrisa abrió entre ambos infranqueable abismo, y Felipe de Mantua pensó que pueden domarse las fieras, pero no atraerse el domador su afecto y fidelidad. Pronto ó tarde sus dientes, siempre dispuestos á morder, y sus garras, ávidas de despedazar, realizan su anhelo. El Príncipe se convenció que desde aquel instante sólo podía contar consigo mismo.

Irguió la cabeza para terminar aquella escena muda, y el mayordomo, recobrando al instante su máscara de adulación lacayuna, previno á su amo que se efectuaban idas y venidas extrañas y sospechosas en el barrio, sobre todo por las cercanías de la iglesia de Saint-Magloire. El clero estaba preparado como para una gran ceremonia, y una granizada de mendigos atestaba los alrededores del cementerio, como bandada de cuervos. Parecía que toda la antigua Corte de los Milagros se había dado cita allí.

Era costumbre que, cuando se celebraba alguna boda, dejasen llegar á los mendigos hasta el pórtico, para que la novia, al salir de la iglesia, les distribuyera por sí misma la limosna; pero cuando se trataba de matrimonios aristocráticos sólo se permitía el acceso á muy pocos, rechazándose á los demás hacia las tapias del cementerio. Y una vez el cortejo nupcial lejos

de la Iglesia, los privilegiados, de bien á bien ó aturdidos á estacazos, tenían que repartir entre sus colegas la limosna, viéndose entonces muchos que usaban ágilmente de los brazos que les faltaban, cojos que corrían como liebres, tullidos que luchaban cual energúmenos, ciegos que no marraban el menor golpe y sordomudos que vociferaban á grito pelado. Y no faltaba quien quedaba tuerto ó manco de veras por un puñetazo descomunal ó un garrotazo capaz de atontar á un buey. Aquel día parecían evitar comunicación alguna entre ellos, cual si obedeciesen á secreta y rigurosa consigna.

Gonzaga contempló aquel enjambre de portioseros y sonrió satisfecho. Eran gente de que se podía servir en oportunidad, y en aquel mismo instante ocurriósele la idea de emplear en su servicio por lo menos á uno de ellos.

Transcurrieron dos horas. En Febrero se hace pronto de noche, y desde las cuatro, el pálido sol de invierno que se había mostrado, quizás únicamente para honrar á Luis XV en tan memorable día, ocultóse entre brumas y nieblas. No tardó en esparcirse la sombra del crepúsculo por la ciudad.

Por el contrario, las naves de Saint-Magloire se iluminaron profusamente, y por las vidrieras de colores irradiaba el resplandor de las luces. Nunca la antigua iglesia habíase visto

tan resplandeciente de luz interiormente, y resaltaba mucho el contraste entre aquella iluminación deslumbradora del templo y las densas tinieblas que comenzaban á envolver las tumbas del cementerio. Hacía reflexionar como un simbolismo la diferencia entre la iglesia, mansión de la esperanza, antesala de la gloria, y el camposanto donde yacían los que fueron, el polvo, quizás la nada: luz y sombra. Así pensó por un instante Felipe de Mantua; pero muy luego se rehizo, desechó tales ideas como indignas de su valor y de su resolución, sonrió sarcásticamente, fijó su mirada insolente en la puerta abierta del templo, y después la bajó hacia las sombrías losas funerarias.

—¡Hermoso día—dijo—para Aurora y Lagardère! ¡Triste y sombrío para mí!... ¿Quién triunfará?... ¡Eh, caballeros! Ya es la hora. A vuestros puestos.

Uno á uno los enrodados fuéronse internando en el cementerio. Peyrolles iba el último. Poco después salió Gonzaga, cerró la puerta, dando dos vueltas á la llave, y guardó ésta en el bolsillo. Dirigióse á uno de los mendigos, un joven que se fingía cojo, y habló un cuarto de hora con él, dándole al final de la conversación algo: era el último luis de oro que quedaba al opulento Príncipe. Luego le entregó los dos billetes que escribiera pocas horas an-

tes. El posdiosero se deslizó dentro de la iglesia.

Oyéronse los pasos de una compañía de guardias francesas.

Mantua se internó en las tinieblas del cementerio y se apostó detrás de la tumba de Felipe de Nevers, su víctima.

VI

A la boda

Al separarse del Regente en las Tullerías, Lagardère y Chaverny volvieron rápidamente y en silencio á casa, henchidos sus corazones de júbilo.

En vano Aurora quiso acostumbrarse á aquella existencia; no era ya la chiquilla que vivía con el maestro Luis en la calle del Chantre; á la sazón sabía la terrible lucha en que estaba empeñado su novio, conocía á sus temibles enemigos y experimentaba indescribibles angustias cada vez que Enrique salía del palacio.

En la soledad de su cámara, donde complaciase en confinarse, no tenía otro consuelo que sus tórtolas, de las cuales había cuidado la señora Francisca, mientras la joven estuvo por España en poder de Gonzaga. Se acercó á la

tan resplandeciente de luz interiormente, y resaltaba mucho el contraste entre aquella iluminación deslumbradora del templo y las densas tinieblas que comenzaban á envolver las tumbas del cementerio. Hacía reflexionar como un simbolismo la diferencia entre la iglesia, mansión de la esperanza, antesala de la gloria, y el camposanto donde yacían los que fueron, el polvo, quizás la nada: luz y sombra. Así pensó por un instante Felipe de Mantua; pero muy luego se rehizo, desechó tales ideas como indignas de su valor y de su resolución, sonrió sarcásticamente, fijó su mirada insolente en la puerta abierta del templo, y después la bajó hacia las sombrías losas funerarias.

—¡Hermoso día—dijo—para Aurora y Lagardère! ¡Triste y sombrío para mí!... ¿Quién triunfará?... ¡Eh, caballeros! Ya es la hora. A vuestros puestos.

Uno á uno los enrodados fuéronse internando en el cementerio. Peyrolles iba el último. Poco después salió Gonzaga, cerró la puerta, dando dos vueltas á la llave, y guardó ésta en el bolsillo. Dirigióse á uno de los mendigos, un joven que se fingía cojo, y habló un cuarto de hora con él, dándole al final de la conversación algo: era el último luis de oro que quedaba al opulento Príncipe. Luego le entregó los dos billetes que escribiera pocas horas an-

tes. El posdiosero se deslizó dentro de la iglesia.

Oyéronse los pasos de una compañía de guardias francesas.

Mantua se internó en las tinieblas del cementerio y se apostó detrás de la tumba de Felipe de Nevers, su víctima.

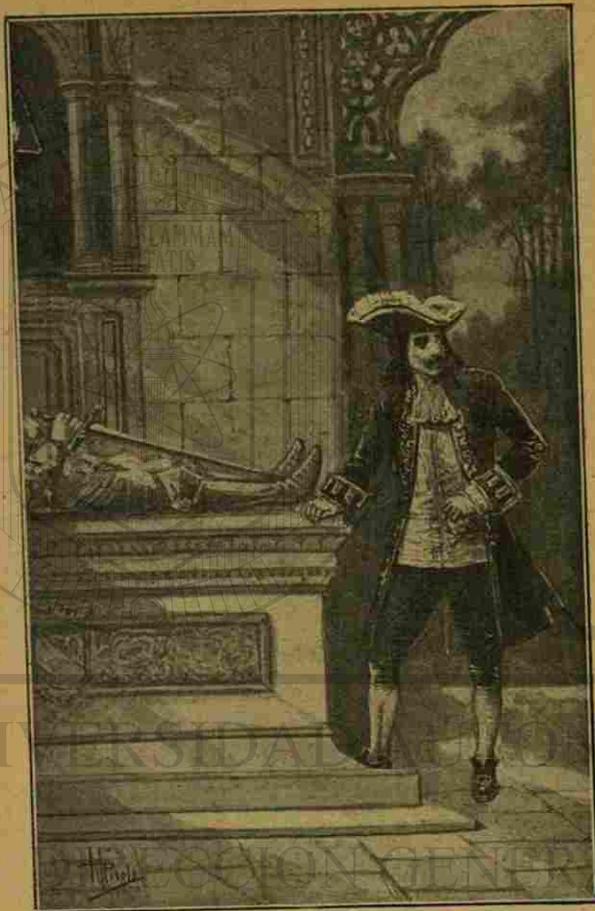
VI

A la boda

Al separarse del Regente en las Tullerías, Lagardère y Chaverny volvieron rápidamente y en silencio á casa, henchidos sus corazones de júbilo.

En vano Aurora quiso acostumbrarse á aquella existencia; no era ya la chiquilla que vivía con el maestro Luis en la calle del Chantre; á la sazón sabía la terrible lucha en que estaba empeñado su novio, conocía á sus temibles enemigos y experimentaba indescriptibles angustias cada vez que Enrique salía del palacio.

En la soledad de su cámara, donde complaciase en confinarse, no tenía otro consuelo que sus tórtolas, de las cuales había cuidado la señora Francisca, mientras la joven estuvo por España en poder de Gonzaga. Se acercó á la



... y se apostó detrás de la tumba de Felipe de Nevers,
su víctima,

jaula en la que se arrullaban las gentiles aves
y se puso á cantar con voz empañada de
lágrimas:

I

«Las sombras de la noche
acorrallando al sol,
empujan á Occidente
su carro de arrebol.
¡Saludad, avecillas,
su último fulgurante resplandor!
Hermosas tortolitas
que cantáis, arrullando vuestro amor,
á los rayos postreros
del ya poniente sol:
¡Saludad con arrullos
del sol poniente el áureo resplandor!»

Se interrumpió un momento contemplan-
do los juegos de la gentil pareja alada que pa-
recía picotearse, y luego prosiguió su canto en-
tonando con su armoniosa voz y melancólica-
mente la siguiente estrofa:

II

¡Qué hermosa pareja
que formáis las dos!
Estar siempre unidas
la dicha es mayor
para los que se aman
con sincero amor.

Yo, como vosotras,
prisionera estoy,
y también bendigo
mi amada prisión.

Hermosas tortolillas
que cantáis, arrullando vuestro amor,
á los rayos postreros
del ya poniente sol:
¡Saludad entusiastas
del sol poniente el áureo resplandor!

Cuando regresó Enrique hallóla escribiendo otra página de sus Memorias, y se inclinó para leer por sobre su hombro. La joven no hizo ninguno de esos movimientos habituales en las solteras que confían al papel sus sentimientos más íntimos y sus más gratas esperanzas.

Había emborronado las páginas de su diario para él y solo para él, y no podía oponerse á que las leyera.

No hizo más que suspender la frase y levantar la cabeza, presentando su cándida frente á los labios de su novio.

Éste la besó y leyó aquella página, cuya tinta estaba todavía fresca; Aurora decía así:

«No sé por qué experimento tantas ganas de llorar. Enrique estaba á mi lado hace un momento y volverá muy en breve. ¿No es bastante felicidad tenerlo junto á mi todo el día y leer su amor profundo, sincero, infinito

en sus ojos, cuyas pupilas retratan mi imagen...?»

»Y sin embargo no estoy tranquila. Es en vano que me diga á mí misma: «Enrique es un héroe y los héroes no mueren»... no tardo en reconocer lo infantil de mi razonamiento y las lágrimas acuden en raudales á mis ojos.

»No tengo razones para llorar, pero no puedo reprimir el llanto. Mi confianza en él es tan absoluta, que de todo he dudado menos de él, en este mundo que tantas lágrimas me ha hecho verter. Tal confianza me inspira, que nunca se me ha ocurrido preguntarle cuándo bendecirá Dios nuestra unión. Verle, hablarle, sentirle cerca de mí, poder decirle que le amo es todo cuanto necesito para ser feliz. Y esto lo tengo.

»No obstante, á veces me asaltan negros sentimientos que me oprimen el pecho y hacen asomar el llanto á mis ojos. En cambio, hay ciertos momentos en que me siento, sin saber por qué inundada de júbilo; parece que una felicidad imponderable, inmensa, se cierne sobre mí y que van á acabarse para siempre las penas... ¿Cuándo? No sé... Quizás pronto...»

Ahí se había detenido la joven; cuando la hubo leído el Conde, cogió la manita delicada con que su novia empuñaba la pluma y guián-

dola como se hace con los niños, la obligó dulcemente á continuar así:

«Pronto; tal vez esta misma noche... Sí; esta noche Enrique y yo estaremos irrevocablemente unidos ante Dios y ante los hombres.»

Un grito de júbilo subió del corazón á los labios de Aurora, que preguntó balbuceando y como si no pudiera creer tamaña dicha:

—¿Es verdad, Enrique?... Dí... ¿no me engañas para consolarme?... ¿No es una ilusión?... ¿He oído bien?...

—No es ilusión; es realidad, Aurora. Te lo juro.

—¡Oh, repítemelo!... ¿Esta noche?... ¿Esta noche misma?... ¿Dentro de algunas horas nada más?... ¿No has dicho mañana?...

—No; esta misma noche, hija mía. El Rey lo ha dispuesto así... A las seis estaremos juntos ante el Altar mayor de Saint-Magloire y á nuestro matrimonio nos hará la insigne honra de asistir Su Majestad Luis XV.

—¡A las seis!... ¡Si me parece un sueño!... ¡A las seis de esta tarde!... Confiesa que es extraordinario... ¿Es un sueño?...

—Un sueño... para mí solo, Aurora... Por tu nombre, por tu alta cuna, por tu gerarquía social podrías esperarlo todo... ¡Pero yo!... ¿Podía figurarse nunca el jorobado del palacio

de Gonzaga que había de llegar un día en que poseyera tu corazón?

—¡Oh, sí! Mi corazón, ¡por entero!

—Ya lo sé... Pero, para pagarte, ¿será bastante consagrarte una existencia entera de abnegación y de amor?... Monseñor el Regente me ha hecho Conde, á mí, hidalgo sin ascendientes ni pergaminos... Me ha llamado primo, pero lo ha hecho por honrar la memoria de tu ilustre padre, Felipe de Lorena, duque de Nevers; por honrar su noble memoria, el Rey, el duque de Orleans, los príncipes, los ministros y los cardenales, los mariscales de Francia, la más alta aristocracia del reino, se inclinarán ante tu frente virginal y tus galas de desposada. Y yo, adorada mía, sólo te veré á ti, porque para mí solo existe en el mundo, fuera de Dios, un ser: tú, mi Aurora.

Miráronse intensamente olvidando las pasadas luchas, los remotos pesares, en mudo éxtasis. De pronto una pregunta subió á los labios de la doncella, pero antes de formularla la respondió él:

—No temas, mi amada Aurora. La hora está al caer. Cumpliré mi juramento.

Por su parte Chaverny apresuróse á buscar á Flor para comunicarle la grata nueva. La halló en el parque al fin, y si no tuvo que acabar una frase de sus Memorias, fué porque

la española, práctica sobre manera, se guardaba bien de confiar á testigo tan indiscreto como el papel el secreto de su corazón.

¡Qué diferencia entre el marquesito frívolo y endemoniado de antes y el serio y leal de ahora! En la escuela de Lagardère, maestro sin par, habíase convertido en un caballero intachable, más severo aún consigo mismo que con los demás. En los hermosos ojos negros de doña Cruz, la amiga de Enrique, la hermana de Aurora, había leído el secreto de una felicidad que no hubiera logrado vislumbrar nunca de continuar arrastrando su vida á remolque de Gonzaga. Por lo mismo que había lidiado á favor del crimen, habíase hecho más leal. Por haber bebido en el cieno estimaba más la pureza y diafanidad del agua clara y cristalina. El marquesito no era uno de aquellos enrodados insolentes, batalladores é inútiles que hormigueaban por París en la época de la Regencia. Aristócrata de conciencia pura, de brazo sólido, de juicio recto y convicciones arraigadas, noble de abolengo, decía á quien quería oírle, prescindiendo de su orgullo de petimetre:

—El Conde de Lagardère me ha detenido al borde del abismo... Mi más preciado timbre de gloria es ser su amigo.

No estaba Cruz, la primorosa y gentil gita-

nilla española que se había convertido poco menos que en otra hija de Nevers, menos ufana de aquella transformación de su novio.

Lagardère llevó á su amada al jardín, tratando de atenuar su emoción, distrayéndola, y las dos parejas se reunieron. Las amigas abrazáronse ébrias de júbilo y sin acertar á decir otras palabras que los nombres respectivos. Todo su júbilo interno se traducía así por la aproximación de sus cabezas, radiantes de ventura é igualmente adorables, por el contacto de sus pechos, dentro de los cuales palpitaban acelerados, pero al unísono, sus nobles corazones. El Conde y el Marqués las sustrajeron á aquel transporte, recordándolas que había que comunicar la feliz noticia á Madame de Nevers.

—No seamos egoístas—dijo Enrique gravemente.—Otras personas tienen el derecho de asociarse á la felicidad que nos espera. Vamos á dar á tu madre, Aurora, la gran noticia.

Ligeras y con los corazones rebosando ventura las jóvenes se adelantaron. Enrique y Chaverny apenas podían seguirlas. Penetraron como una tromba en el oratorio, donde rezaba arrodillada la duquesa viuda, y Aurora, precipitándose en sus brazos y cubriéndola de besos balbució:

—¡Madre! Da tregua á tu dolor para compartir el júbilo de tus hijos.

—¿Qué quieres decir, hija mía?

Lagardère se inclinó profundamente y besó la mano de la dama.

—Madre—dijo respetuoso y sumiso;—si me creéis hoy como el día en que vos misma la condujisteis á esperarme al pie del altar, digno de ser su esposo, os ruego que la volváis á acompañar esta noche á las seis á Saint-Maigloire, donde Su Majestad el Rey acudirá á ser testigo de nuestro matrimonio.

Madame de Nevers miróle con cariño maternal: la expresión de tristeza estereotipada en las nobles facciones de la viuda desapareció por un momento.

—Hijo mío, hoy, como ayer y como mañana, sois el guardián de mi querida Aurora. Hace veinte años que la puse en vuestros brazos, sin conoceros... Desde el cielo, Felipe me ve y se une á mi para decir: Conde, nadie más digno que vos de asegurar la felicidad de esta niña. Os la otorgamos de todo corazón.

Y uniéndolos en un abrazo, les besó la frente.

—No he dudado un momento de que vuestras promesas fuesen sagradas. Pero temo pasar á vuestros ojos como un fanfarrón cuyas amenazas no deben tomarse en serio. Juré vengar á Nevers, y Gonzaga vive aún.

A la evocación del nombre maldito, la duquesa se estremeció y palideció todo cuanto

puede palidecer un semblante marcado durante muchos años con el sello del dolor.

—Enrique—contestó,—he aprendido muy bien á conocerlos para dudar. Os doy crédito de su vida por el plazo que queráis, bien segura de no tener jamás que recordaros vuestra promesa... Mi causa y la de Aurora, están de hoy más en vuestra mano.

Aurora se colgó al cuello de su madre, y exclamó:

—Eso mismo me acaba de decir él mismo, madre. Ten confianza en él. Las amenazas de Enrique no son nunca vanas. Gonzaga recluta diariamente nuevos aventureros, comprobando, no sin espanto, los huecos que la muerte hace en sus filas. ¡Ah! Créeme. Ese terror cotidiano es para el Príncipe cien veces peor y más martirizador que un fin rápido, y estoy íntimamente convencida de que más de una vez habrá llegado á desear la muerte.

—Tenéis razón. El que padece es un suplicio superior á las fuerzas humanas... Quizás esta misma noche, para poner término á su indecible angustia, venga á desafiarme, aun delante del Rey... Si la sangre de Felipe de Mantua manchase vuestro traje de novia, ¿lo creeríais un funesto presagio?

Mademoiselle de Nevers irguió altivamente la cabeza.

—Si fuera así, mañana mismo llevaría mi vestido blanco como ex-voto á la iglesia de Saint-Magloire, exclamando: ¡Alabado sea Dios; se consumó su justicia!

—No expongáis vuestra vida esta noche, hijo mío. Sin embargo, si el asesino osara atacaros, matadle, aunque se tiña con su sangre el traje de novia de mi Aurora, y aunque tuviéseis que tenderlo expirante sobre la tumba de su víctima.

Poco después, en el amplio salón del palacio un vasto círculo rodeaba á la princesa, que solemnemente, con una sonrisa de dulce y melancólico júbilo, noticiaba á todos el doble matrimonio que se celebraría aquella misma noche, por orden del Rey.

Melania fué la primera que se acercó á besar y felicitar á Aurora; después tocó el turno á Jacinta, y luego los sirvientes más antiguos y fieles, como Magdalena Giraud y la vieja Francisca, cuyo hijo estaba muy ufano, creyendo firmemente que él, con ayuda de Petronila, había contribuido en mucho á tan feliz desenlace. Navailles, Laho y los demás felicitaron á su vez á los novios. El júbilo de Cocardasse rayaba en delirio.

—¡Voto á Sanes, pequeño!—decía al normando.—¿No te dije que estaríamos de boda? ¡Caramba! ¡Ahl! ¡Cuernos de Lucifer! ¡Habrá

que festejar el acontecimiento bebiendo en grande!...

—Por esta vez, Cocardasse, no trataré de poner coto á tus libaciones, pues me han dicho que en Bretaña se amengua mucho la dicha de los novios si no hay en la boda, por lo menos, un buen bebedor.

—¡Ah, qué hermoso país! Por la felicidad del parisiencito, Cocardasse sería capaz de embriagarse como un lansquenete.

La alegría de Passepoil tenía un tinte melancólico; se alegraba mucho de que Lagardère y Chaverny se casaran; pero, ¿y él mismo? ¿Cuándo le llegaría la vez? Y pensaba en Maturina...

Por orden de la duquesa, el antiguo palacio tanto tiempo triste y sombrío, con sus ventanas herméticamente cerradas, cambió de aspecto al abrirse los postigos, que dejaban penetrar los rayos del sol y parecían difundir al exterior algo de su alegría.

Con efecto, examinando atentamente las casas obsérvase que cada una tiene su fisonomía propia, la cual revela el carácter de sus habitantes. Llegada la hora de la resurrección, aquel palacio, convertido en la tumba del dolor de una viuda, podía abrirse, como su corazón, al reflejo de las alegrías exteriores.

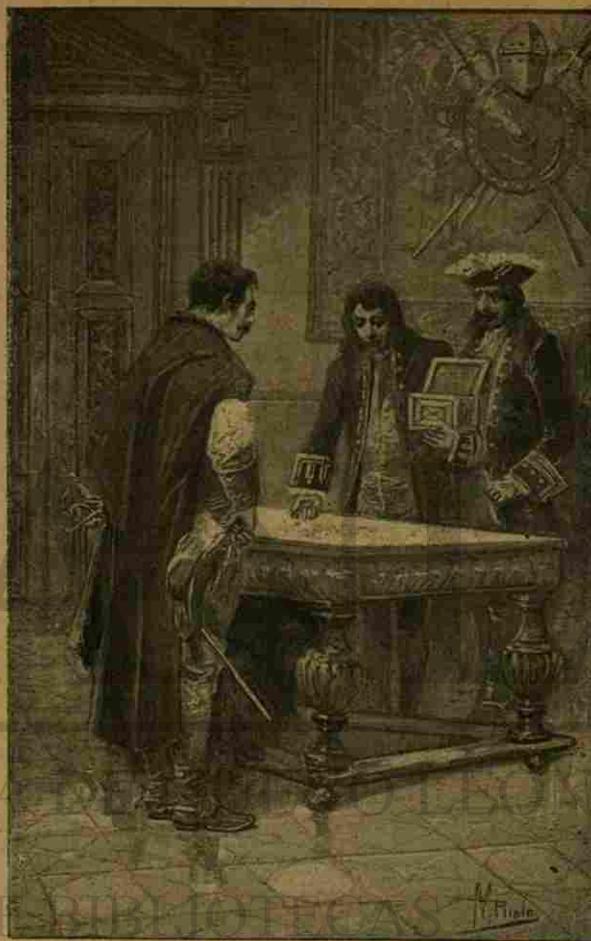
Por fortuna para sus habitantes, no se le

ocurrió á Gonzaga dar un golpe entonces. Favorecido por la emoción y el aturdimiento de aquella hora de júbilo, hubiera podido penetrar sin obstáculos en el palacio. Los guardias leales se habían ido, descuidando su vigilancia, unos para coadyuvar á los preparativos de la fiesta, otros á festejarla por adelantado con el jarro en la mano.

Cocardasse, como se supondrá, era de los últimos, y habíase llevado con él á Berrichón para adiestrarlo en este otro deporte.

Y mientras Juan María y el gascón apuraban varias botellas y el marquesito y el conde recorrían la ciudad para obsequiar á sus novias, en el refugio de Gonzaga hacia Peyrolles el arqueo de la caja ante el Príncipe y Montaubert, resultando algunos puñados de libras, apenas suficientes para mantenerse Felipe y mantener á sus enrodados ocho días.

Su situación era en extremo crítica. Fracasado el golpe á la *Maison d'or*, ya triunfase ó resultara vencido en la suprema lucha próxima, se encontraría perdido y sin recursos. Pero no pensaba en ello; su sed de venganza ahogaba en él todo otro sentimiento, y no reflexionaba en lo que haría después de ver tendido á sus pies á su temible é implacable enemigo. Por lo pronto la fiebre le devoraba, y aguardaba con ansia la hora del supremo combate, el mo-



... algunos puñados de libras, apenas suficientes para mantenerse ocho días.

mento decisivo, el instante en que había de quemar su último cartucho.

Passepoil recorría melancólicamente las calles, satisfecho por el próximo casamiento de su *parisiensito*, pero pensando con tristeza en su inolvidable Maturina. No se daba cuenta de los lugares que recorría, ensimismado y taciturno.

De pronto, al volver una calle, ya de noche, oyó gritos de mujer demandando socorro en el fondo de una calleja. Galante como siempre corrió hacia donde sonaban las voces, y al acercarse vió á una mujer que se debatía entre dos hombres.

—¡Allá voy!—gritó el normando desnudando el acero.

Uno de los bultos separóse del grupo, y un hombrón se adelantó al encuentro de Passepoil.

—¡Cuernos de Lucifer! ¡Si es Passepoill! Ahora me pagarás la cojera.

La dama dió un grito y se desmayó.

El otro hombre se dispuso á ayudar á su compañero en la lucha.

—¡Tripas de un ciervo! ¡Pinto y el *Ba-llenal*...

Eran ellos, en efecto.

La lucha no fué larga. El hijo de la turinesa cayó el primero, atravesado el pecho de

una soberbia estocada, y poco después se desplomaba también Gruel, con los brazos abiertos y sin murmurar una sílaba.

El normando limpió su espada, enjugóse el sudor que aljofaraba su frente y se acercó á socorrer á la dama. Esta acababa de volver en sí, y exhaló una nueva exclamación, pero de júbilo.

—¡Passepoill...

—¡Maturinal...

En tanto que se explicaban los dos amantes, habían ido llegando al Palacio de Nevers nubes de costureras, peinadoras, modistas, perfumistas y joyeros enviados por Lagardère y Chaverny, los cuales, al regresar, hallaron á sus novias vestidas de blanco y preparadas para ir al altar. Estaban hermosísimas, tan bellas como lo están todas aquellas á quienes el amor transfigura en ese día memorable en que se disponen á pronunciar ante el sacerdote una sola palabra, la más dulce de todos los idiomas, hasta de los más rudos.

Si las horas trascurrían tan lentas y tediosas en la Audiencia regia durante los largos y abrumadores discursos del Canciller y de Mr. de Armenonville, ¡qué breves eran para los cuatro enamorados del palacio de Nevers!

Poco después de las cinco de la tarde, penetraron en el patio de honor tres carrozas de la corte, delicada atención del monarca, para

llevar al templo á los novios. Madame de Nevers, siempre vestida de negro, pues su luto tenía que terminar al acabar su vida, subió al primer carruaje con Aurora y Flor, Lagardère y Chaverny.

Las demás carrozas se llenaron con los fieles, con los que habían acompañado á los novios en las vicisitudes, y era justo le acompañasen en el triunfo, sin preocuparse de la gerarquía social.

Passepoil, no queriendo ya separarse de Maturina, á la que había llevado al palacio, metióse con ella, con Jacinta, con Madame Liebault y su inseparable Cocardasse; y Navailles ayudó á subir á la tercera carroza á Francisca Berrichón y Magdalena Giraud con igual galantería que si fueran dos marquesas. Antonio Laho, el leal y abnegado vasco que tanto había hecho por el conde y el marqués y sus novias, en España primero y luego en el mismo París, y Juan María completaban el cargamento. En el segundo vehículo, el gascón, nervioso y agitado, sin poderse estar un momento quieto, decía á su amigo, que muy amartelado con su Maturina y feliz sobre toda ponderación, casi no le hacía caso:

—¡Vamos, prontol Mademoiselle Aurora tiene á su madre, pero el pequeño no tiene más familia que nosotros.

El cortejo se puso en marcha seguido de algunos curiosos que fueron aumentando en número; alguien lanzó al aire el nombre de Lagardère, y la multitud no necesitó más. Si hay un dios para los borrachos, hay otro, indudablemente, para los curiosos, el cual les sugiere, sin saber cómo, la inspiración del sitio á que deben acudir. Muy en breve todos se precipitaron, acortando camino, hacia Saint-Magloire, llegando á tiempo de ver desfilar á los novios entre una doble calle formada por alabarderos. El pueblo tiene inconsecuencias muy raras; los mismos que hubiesen asistido con el mayor gusto á una ejecución capital, se estrujaban y movían los codos para contemplar la entrada en el templo de los futuros esposos.

Las puertas abiertas de la iglesia proyectaban su luz deslumbradora sobre la multitud y los brillantes uniformes de los guardias franceses. En el fondo de la nave alcanzábase á ver el altar revestido de blanco y el clero con sus vestiduras recamadas de oro y pedrería.

Cuando Enrique, del brazo de la duquesa viuda, subía lentamente las gradas, la sensación de dos labios posándose en su mano le hizo bajar la vista. A su lado hallábase un mendigo que le contemplaba con orgullosa admiración.

—Con vuestro permiso, señora, permitid-

me cambiar dos palabras con este hombre...
¿Quién eres?

—Bien os he reconocido yo, capitán... Soy Carrigue.

—¡Tú, Carrigue!... Ven mañana á palacio... Ya no te separarás de mí. Entretanto, quiero que, pues yo soy feliz esta noche, lo seas tú. Toma.

Y entregó su bolsa al veterano. Este la rehusó noblemente, y con una mirada en la que resplandecían admiración, respeto y cariño, dijo:

—No; sólo vuestra mano, mi capitán, y tened mucho cuidado esta noche. Os están armando una emboscada.

—Señora—dijo Lagardère, continuando su marcha—este hombre fué un valiente, y yo lo tuve á mis órdenes cuando vos os dignásteis convertir en un hombre de corazón á un oficial frívolo, poniendo una niña en sus brazos.

Carrigue, el antiguo sargento de caballería ligera, había sorprendido parte de la conversación entre Gonzaga y el otro mendigo, y se apresuró á poner sobre aviso á su ex-capitán. También él velaba.

VII

El fin de la ceremonia.

Los cuatro novios cuya unión había de bendecir el sacerdote, hallábanse arrodillados en almohadones de terciopelo en medio del coro, y al otro lado de la verja que dividía la nave oraban en sus reclinatorios madame de Nevers y Melania Liebault.

De pronto llegó de la calle rumor de voces, de rodar de carrozas y de pisadas de caballos, y oyóse exclamation á la multitud:

—¡Los mosqueteros!... ¡Los mosqueteros!

La muchedumbre era tan compacta, tan grande el número de carruajes y el cortejo tan largo, que adelantaba con trabajo. El pueblo de París no se esperaba tan magnífica afluencia, y cuando el heraldo hubo lanzado el grito acostumbrado de: «¡El Rey, señores! ¡Paso al Rey!», la multitud se apretó y estrujó para ver bajar al adolescente Monarca, á quien acompañaban el duque de Orleans, el duque de Borbón, el cardenal Fleury y numeroso séquito de príncipes y princesas, saludándole con un clamor de alegría:

—¡Viva el Rey!

Luis XV se ufanaba con aquellas ovacio-

me cambiar dos palabras con este hombre...
¿Quién eres?

—Bien os he reconocido yo, capitán... Soy Carrigue.

—¡Tú, Carrigue!... Ven mañana á palacio... Ya no te separarás de mí. Entretanto, quiero que, pues yo soy feliz esta noche, lo seas tú. Toma.

Y entregó su bolsa al veterano. Este la rehusó noblemente, y con una mirada en la que resplandecían admiración, respeto y cariño, dijo:

—No; sólo vuestra mano, mi capitán, y tened mucho cuidado esta noche. Os están armando una emboscada.

—Señora—dijo Lagardère, continuando su marcha—este hombre fué un valiente, y yo lo tuve á mis órdenes cuando vos os dignásteis convertir en un hombre de corazón á un oficial frívolo, poniendo una niña en sus brazos.

Carrigue, el antiguo sargento de caballería ligera, había sorprendido parte de la conversación entre Gonzaga y el otro mendigo, y se apresuró á poner sobre aviso á su ex-capitán. También él velaba.

VII

El fin de la ceremonia.

Los cuatro novios cuya unión había de bendecir el sacerdote, hallábanse arrodillados en almohadones de terciopelo en medio del coro, y al otro lado de la verja que dividía la nave oraban en sus reclinatorios madame de Nevers y Melania Liebault.

De pronto llegó de la calle rumor de voces, de rodar de carrozas y de pisadas de caballos, y oyóse exclamar á la multitud:

—¡Los mosqueteros!... ¡Los mosqueteros!

La muchedumbre era tan compacta, tan grande el número de carruajes y el cortejo tan largo, que adelantaba con trabajo. El pueblo de París no se esperaba tan magnífica afluencia, y cuando el heraldo hubo lanzado el grito acostumbrado de: «¡El Rey, señores! ¡Paso al Rey!», la multitud se apretó y estrujó para ver bajar al adolescente Monarca, á quien acompañaban el duque de Orleans, el duque de Borbón, el cardenal Fleury y numeroso séquito de príncipes y princesas, saludándole con un clamor de alegría:

—¡Viva el Rey!

Luis XV se ufanaba con aquellas ovacio-

nes á su juvenil persona y saludaba amablemente, lo que entusiasmaba más y más á aquel pueblo, que llegó á figurarse que con su advenimiento al trono iba á iniciarse una era de ventura y prosperidad para Francia y que había de llamarle el «Muy amado.»

El clero parroquial estaba en el atrio aguardándole. Salió el párroco con cruz alzada, lanzáronse las campanas á vuelo y el Monarca entró en la iglesia con la solemnidad de ritual.

Tras él penetró, en brillante séquito, el ilustre cortejo de los que tenían, más ó menos, en sus manos el porvenir de Francia: los ministros, los jefes supremos del Parlamento, del Ejército y de la Armada; las más altas personalidades jerárquicas del clero secular y regular y de la Magistratura; los grandes maestros y los caballeros de las órdenes militares con sus magníficos uniformes; el cuerpo colegiado de la nobleza; el Consejo de Estado en pleno, y todos cuantos representaban algo por su cuna, por sus méritos ó por el favoritismo, en el reino.

Á la derecha de los novios se había alzado el trono, con soberbio dosel de terciopelo blanco flordelisado para Luis XV, quien antes de sentarse saludó con amable sonrisa á Lagardère y sus acompañantes.

El clero entonó sus himnos sagrados, en-

vuelto casi por completo entre el humo perfumado del incienso, y el oficiante elevó sobre su cabeza encorvada, solemnemente, el admirable ostensor de oro y pedrerías.

Á una señal de Luis XV, un diácono llegóse á recoger la espada del Monarca, hoja delgada y frágil, con empuñadura de oro y piedras preciosas; arma de corte, de salón, pero no de combate. El clérigo la desenvainó, bésola y la depositó en el altar.

Entonces el párroco de Saint-Mongloire, anciano de cabellos blancos, de vida austera y de acendrada piedad, bendijo el acero regio, y luego, cogiéndolo con la mano izquierda, pasó por la hoja los cuatro anillos de Lagardère y Aurora, de Chaverny y de Cruz, uniendo en una nueva bendición el símbolo de la fuerza y de la lealtad del poder supremo con los símbolos del poder supremo del amor leal y fuerte.

Felipe de Orleans apadrinaba á los contrayentes, siendo la madrina la duquesa viuda de Nevers. Así, cuando el sacerdote oficiante presentó los anillos en una bandeja de oro, Lagardère cogió uno y lo ciñó al dedo de Aurora; Chaverny puso otro en la mano de doña Cruz; y el ex-Regente presentó los otros dos á la madrina para que ella propia los pusiera en las manos leales de los que tan valientemente defendieron su causa.

No eran esas las ceremonias habituales, pero Luis XV lo había dispuesto así. El cardenal Fleury le decía frecuentemente: «Lo que Vuestra Majestad quiere, Dios lo quiere», y usaba del pretendido acuerdo tácito con la voluntad del Todopoderoso.

Después de celebrado el casamiento, el Regente acompañó á Lagardère ante el reclinatorio del Rey, y éste entregó su espada al conde, trocándola por la suya, y se la ciñó al costado. Felipe de Orleans hizo lo mismo con Chaverny.

Ninguno de los asistentes ni aun los generales encanecidos en campaña y cuyas victorias habían dado gloria á Francia, hubiera soñado con tal honra para sí. El mismo Rey-Sol no había concedido á nadie tal honor. Y sin embargo, ninguno de aquellos ilustres varones, de cabezas encanecidas, pensó que Luis XV ultrapasaba sus derechos y los límites del favor, ni se creyeron rebajados por ello: Lagardère era Lagardère; no tuvo quien le aventajase ó le igualase; no tuvo precursores ni probablemente tendría sucesores... Lo que hacía Luis XV estaba bien hecho. Una sola persona estaba perpleja y confusa: el mismo interesado: el conde Enrique de Lagardère.

¿Qué hizo él para merecer tales honores? Simplemente cumplir su deber de caballero.

Lo que él juzgaba tan sencillo, otros lo juzgaban sublime. Si hubiera querido convencerse de ello, no habría tenido más que volver la cabeza hacia Aurora y su madre; ellas no creían exagerados esos honores; estaban satisfechas y ufanas, mas en modo alguno asombradas.

Y tampoco madame Liebault, cuyo rostro estaba irradiando satisfacción y que nunca había orado con más fervor que en aquellos momentos. Melania sentía por Lagardère una amistad leal que rayaba en el amor, amor puro y desinteresado, que no pedía nada, y que era capaz de todos los sacrificios por la felicidad de su amado.

Cuando Lagardère puso la sortija en la mano de la que ya era su esposa, Melania alzó la suya y besó otra que también procedía del conde, cerrando los ojos para vivir por un instante en su ensueño. Cuando los reabrió, no miró sólo con afecto á Enrique, sino también á la novia, á la que abrazó en Chartres llamándola *hermana*. Al salir de su ensimismamiento hallóse entre las hojas del libro de oraciones que había conservado abierto entre sus dedos un papel doblado como billete amoroso.

Su primer movimiento fué de indignación por la osadía de enviarle misivas galantes en el mismo templo, en la propia casa del Señor; pero no tardó en calmarse. Ninguna mujer

hermosa deja de sentirse halagada porque se lo digan, sobre todo si se lo dice un buen mozo; y había tantos nobles caballeros, jóvenes y arrogantes, del séquito del Rey, cerca de ella, que no dudó que la esquila fuese de alguno de ellos. Sin ser coqueta, no pudo menos de sonreír, y la curiosidad innata en las hijas de Eva le hizo desdoblarlo con disimulo y leerlo.

Pero su lectura, lejos de producirla satisfacción, la hizo palidecer. ¿Qué era? Casi nada; cinco ó seis líneas de escritura fina y apretada, desconocida para ella, y que decía lo siguiente:

«No me conocéis ni os importa saber quién soy. Como no ignoro que la vida del conde de Lagardère os es tan cara como la vuestra propia, en cuanto se hayan retirado el Rey y el Regente venid sola y lo más presto posible á la tumba de Felipe de Nevers, siguiendo el costado izquierdo de la iglesia. No vaciléis. *Le va la vida en ello.*»

¡Vacilar! ¿La creía capaz de ello el misterioso autor del escrito? Ni se le ocurrió que podía ser un lazo. Indudablemente el del anónimo era un amigo que, conociéndola y viéndose en la imposibilidad de abrirse paso hasta llegar á Lagardère para prevenirle personalmente, recurría á ella y le avisaba. ¿Cómo había penetrado aquel secreto de su amor que casi no osaba ella confesarse ni á sí misma...?

Fuera lo que fuere, la cuestión principal estaba bien clara. Algún peligro amenazaba al valiente caballero por quien ella sacrificaría cien vidas que tuviese.

—*¡Le va la vida!*—repetía emocionada la dama.—Sucedá lo que quiera, iré á la cita, aunque debiese pagar con mi vida la salvación del conde.

Estuvo un brasas el resto de la ceremonia, y cuando vió que Luis XV se levantaba, hacía una reverencia ante el altar mayor y saludaba con la mano á los recién casados, se deslizó por entre las apretadas filas de concurrentes, y milagro fué que pudiera llegar al pórtico antes que el Rey. Una vez allá, su cuerpo esbelto, dibujándose como sombra en el fondo luminoso de la nave, se detuvo un segundo para mirar entre la multitud si alguien por una seña ó una voz le indicaba ser la persona del anónimo. Pero, indudablemente, el que la aguardaba no estaba allí.

Mientras á toda prisa bajaba las gradas y se internaba entre la muchedumbre para acudir al lugar de la cita, con objeto de dar más fácil salida á los fieles, habían abierto una puerta lateral, junto á la cual hallábanse los dos diestros, Antonio Laho y Berrichón.

Passepoil, mujeriego impenitente, sin dejar de contemplar á su adorada Maturina, no

pudo menos de admirar muy detenidamente á Melania, á la cual profesaba un afecto muy semejante al que ella sentía por Lagardère, y al fijarse en la turbación de la esposa del preboste policial de Chartres, se dijo convencido:

—Algo grave la pasa. Habrá que velar por ella.

Y veló, sin dejar de atender á los nuevos esposos y á madame de Nevers. Con su lógica de normando taimado y astuto, no auguraba nada bueno de la ausencia de Gonzaga y los suyos; y un presentimiento, hijo de la desconfianza, haciale esperar algún incidente que turbara la feliz conclusión de la ceremonia. A vueltas con estas ideas, que le producían verdadera obsesión, observó la rápida salida de la buena señora y no dejó de fijarse en la viva inquietud de su lindo rostro.

Conjeturó que eran tales síntomas preludeos de graves sucesos, sin ocurrírsele por un instante que madame Liebault pudiera ser traidora y correr á avisar á Gonzaga; antes bien, firmemente persuadido de que se la tendía algún lazo. Así, al abrirse la puerta lateral recomendó á Laho que se quedara allí vigilante y que los fuese á buscar si ocurría algo, y arrastró consigo á Cocardasse y Berrichón.

—¡Vivo, vivo!—exclamó.—Sigamos á madame Liebault.

Como aquella puerta estaba situada opuestamente á la por la que había salido Melania, se precipitaron con la cabeza baja para hender la apiñada muchedumbre y dar vuelta á la iglesia para pasar ante el pórtico y seguir á la dama.

Su Majestad llegaba á lo alto de los escalones con el duque de Orleans, y ambos se detuvieron al ver pasar á aquellos tres hombres á toda velocidad.

—¿Se caza de noche?—preguntó Luis XV que estaba de buen humor.

—No lo sé, señor—respondió el príncipe frunciendo el ceño.—Pero me parece haber reconocido por lo menos uno de los dos diestros tan fieles á Lagardère.

La multitud de grandes señores y nobles damas evacuaba lentamente el templo. El Conde y el Marqués estaban de pie cerca de sus mujeres, esperando el momento propicio para darlas el brazo y conducir las á la carroza, en cuanto Luis XV hubiera subido á la suya. El júbilo más indescriptible inundaba el alma de los cuatro recién casados y rebotaba en sus rostros hermosos y leales. Era la realización de sus sueños más caros.

Sin embargo, una sombra atravesaba el pensamiento de Lagardère. Gonzaga le había prohibido unir su destino á la hija de Nevers, y la unión habíase consumado á la faz de todos,

y si no en presencia también del príncipe, fué porque éste no había osado asistir á la ceremonia... Una sonrisa de desdén frunció los labios del conde al recordar las vanas amenazas de su irreconciliable y pérfido cuanto desleal enemigo.

Tocó en el hombro á su esposa que se levantó prontamente y se colgó radiante y feliz de su brazo, y seguidos de Chaverny y Cruz, atravesaron la nave para salir de la iglesia.

Cuál no fué su sorpresa al ver detenidos en el atrio al Rey y al Regente. ¿Qué podía haber sucedido para que Su Majestad y Su Alteza no ocuparan ya la regia carroza?...

No tardó mucho en saber algo, pues en cuanto Felipe de Orleans le distinguió, dió un paso hacia él:

—Aguardad—dijo á los recién casados.— Algo grave ocurre en los alrededores; voy á enviar guardias.

En aquel momento, un mendigo, el mismo que deslizó el billete que conocemos en el libro de oraciones de madame Liebault, trató de acercarse al Conde, pero no pudo llegar, porque al oír las palabras del duque de Orleans, se agruparon en torno suyo sus amigos. Entonces el pordiosero maniobró en otro sentido y pudo, alargando el brazo, entregar un billete en la mano de Aurora.

Al sentir el contacto la condesa de Lagardère volvióse bruscamente; pero ya no distinguió al mensajero, y en su consecuencia tendió el papel á su marido, cuya mirada se inflamó al leer las pocas líneas del billete. Como todos los semblantes, incluso el de Su Majestad, le interrogaban, el Conde, temblándole de cólera la voz, leyó alto:

«Lagardère: ha llegado la hora. Cuando llegue á tus manos esta esquela, habré hecho una víctima entre los tuyos... No es culpa mía si principio por las mujeres... Dentro de un segundo, será demasiado tarde para salvar á madame Melania Liebault.—Firmado,

GONZAGA.»

VIII

¡Después de los criados, el amor!

Lagardère escuchaba con ansiedad; los que le rodeaban enmudecieron anhelantes, respirando admiración y temor todos los pechos, al ver la palidez intensa del Conde, en cuyos ojos se veían los relámpagos reveladores de la tempestad que rugía en él.

Un grito de angustia, desgarrador, lúgubre,

y si no en presencia también del príncipe, fué porque éste no había osado asistir á la ceremonia... Una sonrisa de desdén frunció los labios del conde al recordar las vanas amenazas de su irreconciliable y pérfido cuanto desleal enemigo.

Tocó en el hombro á su esposa que se levantó prontamente y se colgó radiante y feliz de su brazo, y seguidos de Chaverny y Cruz, atravesaron la nave para salir de la iglesia.

Cuál no fué su sorpresa al ver detenidos en el atrio al Rey y al Regente. ¿Qué podía haber sucedido para que Su Majestad y Su Alteza no ocuparan ya la regia carroza?...

No tardó mucho en saber algo, pues en cuanto Felipe de Orleans le distinguió, dió un paso hacia él:

—Aguardad—dijo á los recién casados.— Algo grave ocurre en los alrededores; voy á enviar guardias.

En aquel momento, un mendigo, el mismo que deslizó el billete que conocemos en el libro de oraciones de madame Liebault, trató de acercarse al Conde, pero no pudo llegar, porque al oír las palabras del duque de Orleans, se agruparon en torno suyo sus amigos. Entonces el pordiosero maniobró en otro sentido y pudo, alargando el brazo, entregar un billete en la mano de Aurora.

Al sentir el contacto la condesa de Lagardère volvióse bruscamente; pero ya no distinguió al mensajero, y en su consecuencia tendió el papel á su marido, cuya mirada se inflamó al leer las pocas líneas del billete. Como todos los semblantes, incluso el de Su Majestad, le interrogaban, el Conde, temblándole de cólera la voz, leyó alto:

«Lagardère: ha llegado la hora. Cuando llegue á tus manos esta esquela, habré hecho una víctima entre los tuyos... No es culpa mía si principio por las mujeres... Dentro de un segundo, será demasiado tarde para salvar á madame Melania Liebault.—Firmado,

GONZAGA.»

VIII

¡Después de los criados, el amor!

Lagardère escuchaba con ansiedad; los que le rodeaban enmudecieron anhelantes, respirando admiración y temor todos los pechos, al ver la palidez intensa del Conde, en cuyos ojos se veían los relámpagos reveladores de la tempestad que rugía en él.

Un grito de angustia, desgarrador, lúgubre,

salido de una garganta femenil, llegó del fondo de las tinieblas.

—¡Lagardère! ¡Socorro!

Ambrosio Liebault cayó desfallecido en los brazos de Laho, gimiendo con voz ahogada:

—¡Cielos!... ¡Están degollando á mi mujer!

Aurora se tornó lívida. Pero lejos de temblar, separando de sí los brazos de su madre que rodeaban su cuello, con los ojos resplandecientes de valor y energía sobrehumanos, extendió el brazo hacia el sitio de donde había partido el grito, y dijo:

—Ve, Enrique.

A lo lejos, otras voces llamaron:

—¡A nosotros!... ¡A nosotros!...

—Debe ser un lazo—pensó en voz alta el Rey.—Monsieur de Lagardère, os prohibimos que vayáis solo.

Pero, ¿puede detenerse el rayo?

La escena que siguió no alcanzó á durar un segundo.

Abrazó estrechamente á su esposa, y deteniendo con un gesto veinte espadas próximas á salir de las vainas en su defensa, dijo con voz tranquila y serena:

—¡No necesito ayuda. Antorchas sólo! La hora aguardada hace veinté años ha sonado. ¡Gracias á Dios!...—E inclinándose ante el Rey,

que quería oponerse á lo que consideraba una locura:—Perdóneme Vuestra Majestad—exclamó.—Es preciso.

Con la espada en alto, á saltos de león atravesó por entre la muchedumbre y desapareció en la obscuridad. Un estremecimiento sacudió los cuerpos de todos al oírle invocar al muerto ilustre del que todos conservaban tan grata memoria como alta estima:

—¡Allá voy, Nevers!... ¡Ya estoy aquí!

—¡Déjele hacer Vuestra Majestad!—dijo el duque de Orleans al oído del Monarca.—La espada que acabáis de darle va á recibir su bautismo de sangre, y en una causa justa.

Luis XV apretaba los dientes; llevó maquinalmente la mano á la empuñadura de su espada, y la hubiera desenvainado (el heroísmo es contagioso) á no contenerle la dignidad de su jerarquía.

En un instante la iglesia, tan iluminada un momento antes, quedó casi oscura. Todos, gentileshombres y magistrados, sacerdotes y encofetadas damas, cogieron de los candelabros hachas, velas y antorchas; Felipe de Orleans, cogiendo una de estas últimas de manos de un mosquetero y enarbolándola sobre su cabeza, dijo en voz bastante alta para que todos pudieran oírle:

—Sígame Vuestra Majestad, si quiere ver

cómo hace justicia por su mano un hombre de corazón.

Y alumbrando á su primo y Monarca, y seguido de más de trescientas personas, dirigióse hacia el cementerio.

Melania Liebault, tratando de orientarse en el dédalo de sendas y sepulcros y registrando con los ojos las densas sombras, pudo dirigirse á la tumba de Nevers, cerca de la cual sintióse estrechada en términos que le impedían todo movimiento, al mismo tiempo que una mano fuerte le cerraba los labios, impidiéndole pronunciar la menor palabra. Por lo pronto, querían que se callase; ya llegaría el momento de hacerla gritar.

Varios hombres acababan de surgir en torno de ella; podía contar sus siluetas en la obscuridad que la rodeaba: eran siete. Después de amordazarla, tendieronla en el suelo y vigilaron en silencio.

En breve oyeron crugir la arena bajo pasos precipitados, y Peyrolles arrancó la mordaza de su víctima, ordenando á la pobre mujer con tono rudo y voz sorda:

—Ahora, llama al Rey. Estamos aquí para matarle.

El factótum de Gonzaga, sospechando que la dama se resistiera á llamar al Conde si sos-

pechaba un peligro, había inventado aquella comedia de regicidio, bien seguro de que Lagardère sería el primero que llegara.

Sin embargo. Madame Liebault no pronunció una sílaba. Creyendo saber para qué augusta víctima se había armado aquel lazo, resolvió morir antes que abrir la boca. Tan imprevisto heroísmo exasperó terriblemente á Peyrolles; sus puños se crisparon de rabia:

—¡Has de gritar, vibora!— rugió, —desnudando su puñal.

Melania vió brillar el acero que amenazaba su pecho, pero no se movió.

Entretanto, los pasos se acercaban; creyó oír un juramento de Cocardasse; entonces, por un esfuerzo sobrehumano, rechazando al hombre que la mantenía tendida en el suelo, se puso en pie.

—Son ellos, nos buscan—gruñó el mayordomo.—Por fortuna, ese charlatán de Cocardasse revela siempre su presencia.

—¿Y el Príncipe?—preguntó Nocé.

—En su puesto, ya le veréis á su hora. En guardia, señores, y aguantad el primer choque. ®

Y cuando se disponía á buscar la posición menos peligrosa para sí, advirtió que madame Liebault, con rápido movimiento, se había recogido el vestido y empezaba á huir. En un salto estuvo á su lado.

—¡Cállate!—gruñó—dándole una puñalada en el pecho.

La joven cayó sobre la piedra angular de una tumba; pero, por un milagro de energía, figurándose que puesto que se le mandaba callar era que se hallaba el Rey en peligro, comprimiéndose con ambas manos la herida, gritó con todas sus fuerzas, después de haberse incorporado:

—¡Lagardère!... ¡Socorro!

Tal fué, como se recordará, el primer grito oído por Enrique y los que le rodeaban. Y también con más razón, pues estaban más cerca, hirió los oídos de los diestros.

—¡Sangre de Cristo!—aulló Cocardasse, dando un salto.—Hemos llegado tarde...

—¡A saberlo!...—repuso Passepoil

Y ambos valientes prosiguieron su desenfrenada, su loca carrera por las tinieblas, tropezando con cruces y mausoleos, resbalando sobre las lápidas, cayendo y levantándose para caer de nuevo.

Por fin llegaron. Un cuerpo de mujer yacía en el suelo, y tras él se veían relucir siete espadas alineadas. En la obscuridad, no podían ver más que los puntos luminosos y la barrera humana; pero presentían con toda seguridad de qué cuerpos se formaba.

Para matar, no hace falta ver claro, y así



Comprimiéndose con ambas manos la herida, gritó con todas sus fuerzas.

los que caen muertos, hallan menos brusca la transición entre la luz del mundo y el reino de las eternas tinieblas. Era un pensamiento del gascón que resultaba para él como principio filosófico, dado su carácter, adversario de la seriedad. Entonces fué cuando los diestros gritaron á su vez:

—¡A nosotros!

Creían no tener derecho para matar á Gonzaga sin estar Enrique presente, y no dudaban de que acudiera. Entretanto, podrían ir clareando las filas. Como balas, y bien empuñadas las espadas, se lanzaron al asalto del muro humano.

Chocaron los aceros en la obscuridad sacando chispas no más brillantes que las que brotaban de los ojos de los combatientes. Las tinieblas hicieron tan densas, que los adversarios hallábanse á veces cuerpo á cuerpo y no se herían por temor de herir á un amigo. El único que revelaba su presencia por sus pintorescos juramentos, incapaz de callarse, era Cocardasse que agotaba su escogido y abundante repertorio de interjecciones gasconas.

Berrichón trataba, á veces, de imitarle como buen discípulo, pero juraba á la sordina, prefiriendo matar y callar como su otro maestro Passepoil.

Cincuenta pasos más atrás, Felipe de Man-

tua, refirmado en la verja de hierro forjado de un panteón, escuchaba el ruido de la lucha sin moverse. Por las voces se había dado perfecta cuenta de que Lagardère no estaba aún allá, y quería reservarse para su único adversario. La necrópolis se llenaba de ruido; veíanse por todos lados antorchas que se acercaban.

De pronto los diestros sintieron una conmoción; un huracán acababa de desencadenarse á su lado.

—¡Aquí estoy!—exclamó Lagardère, cuya voz tenía sonoridades de metal—¡Nevers, aquí está tu vengador!

Chaverny le seguía de cerca; el choque fué terrible; los que llevaban las antorchas estaban aun lejos. Felipe de Mantua desenvainó su acero, pero permaneció en su sitio. Con arreglo á sus órdenes, los enrodados debían de ir retrocediendo hábilmente y llevarle á su adversario adonde él estaba para que pudiese matarlo, de frente ó por la espalda.

Entretanto, en el lugar del combate los hombres caían; la primera víctima fué Tafanne; la segunda el alemán de Batz, que cayó boca abajo con los brazos en cruz y pronunciando una blasfemia. Oriol defendía su pellejo, y acaso por primera vez en su vida demostraba bravura: la bravura de la desesperación engendrada por el miedo.

A la luz de una antorcha que se acercaba vióse amenazado por la espada de Berrichón, y creyó el peligro tan inmediato, que mató para no morir; su espada, hasta entonces virgen, atravesó la garganta de Juan María, que se tambaleó y cayó para no levantarse más, sin soltar, empero á Petronila.

Bien decía y repetía hasta la saciedad Francisco Berrichón que el oficio de espadachín era el peor y tenía quiebras irremediables.

Pero, ¡qué hacerle!... Nadie puede sustraerse á su destino.

Las antorchas estaban aún distantes, pero los combatientes comenzaban á entereverse. Montaubert y Peyrolles cayeron uno encima de otro, formando cruz y agónicos; el segundo con un ruido de huesos siniestro.

Passepoil vió caer á Berrichón y se vengó, haciendo morder el polvo en las convulsiones de la agonía, al ex-negociante, que hubiera preferido con mucho permanecer en la Bastilla. Chaverny acababa de enviar á Lavallade á reunirse con sus antecesores. Todos los enrodados de Gonzaga habían muerto. Cocardasse los contó con el dedo.

—¡Seis! La cuenta está justa.

—¡Ah!—suspiró el conde.—Sólo él falta. Callad y dejadle venir.

Passapoil volvió atrás por su orden para

que los que traían las antorchas se detuviesen. Lagardère se inclinó ante el cuerpo de madame Liebault y escuchó las palpitaciones de su corazón.

—¡Vive!—murmuró con satisfacción, poniéndose en pie.

El conde trató de explorar las tinieblas, pero la noche era muy oscura. Prestó oídos á los rumores durante diez minutos; adelantó unos pasos... alguien se acercaba... En el silencio profundo, hubiéranse podido contar las pisadas del que avanzaba á tientas y con cierta precaución.

Gonzaga, no oyendo nada, se alarmó. ¿Por qué no se le reunían sus enrodados como lo mandó? Parecíanle siglos los minutos... salió de su inmovilidad y adelantó recatadamente...

—Peyrolles—preguntó en voz baja—¿habéis terminado?

Nadie le respondió. Avanzó un poco más.

—Estos inútiles, ¿se habrán ido sin aguardarme?

De pronto, ahogó un grito de estupor, casi de espanto; acababa de tropezar con un cuerpo inerte, y al cambiar de dirección, sus pies dieron con otro. Se inclinó para ver mejor, y una blasfemia le subió á los labios, sin que los apretados dientes la permitieran pasar.

En torno suyo, un montón de cadáveres:

los de sus secuaces. ¡Todos yacían allí! Desde Peyrolles, su alma condenada, hasta el inofensivo Oriol, pasando por Montaubert, Taranne, el barón de Batz y los demás. Todos los que, siguiéndole camino de España, pudieron escapar antes á su destino en aquel cementerio maldito, no volvieron á él sino para encontrar la muerte en el mismo lugar y en el mismo sitio de que les hizo huir para continuar una existencia de placeres y aventuras.

No quedó inmóvil ante aquel espectáculo sino breves segundos, pero bastaron para cambiar completamente su situación. Cuando levantó la cabeza, la luz había reemplazado á la obscuridad, y se halló rodeado de guardias y de porta-antorchas. En primer término estaba el Regente, en cuyo brazo se apoyaba el Rey. Pero lo que más exasperó á Gonzaga fué ver ante sí, en guardia, vivo y sano, á su mortal enemigo: al conde de Lagardère.

Furiosa y traidoramente tendióse á fondo, y la espada de Enrique, que era la de Luis XV, precioso juguete infantil, se quebró como vidrio en la parada. Pero con su mano libre había cogido Lagardère la del príncipe y se la arrancó de la mano á su desleal adversario.

—¡Ah, conde!...— exclamó el Rey.

—Señor—respondió Lagardère,—por dos veces ya, en los fosos de Caylus y aquí mismo,

este hombre pudo sustraerse á mi justicia porque mi diestra no estaba armada con el arma justiciera que, empuñada por su mano criminal, le convirtió en fratricida. ¡Ahora la tengo! Para que el juicio de Dios sea completo, hace falta que esta espada, manchada con la sangre de Nevers, se bañe en la de su asesino.

Y como le miraban sin comprenderle bien, ordenó á Cocardasse:

—Dale la tuya, valiente.

El gascón obedeció, pero no pudo menos de gruñir:

—¡Por la pascua! La pobre no va á bodas.

Gonzaga apoderóse con júbilo del arma. No era adversario despreciable, y bien lo había probado muchas veces.

Todos los que aquella tarde habían asistido á la audiencia de las Tullerías, estaban allá en torno de los dos adversarios. Era otra audiencia (1) de índole distinta, pero no menos grandiosa la de aquel momento en el cementerio de Saint-Magloire.

Los campeones se pusieron en guardia, y el

(1) Por no suprimir el trueque de palabras, traducimos *audiencia* por *lit de justice*, que significa en francés las sesiones solemnes del parlamento y las sentencias de aquel cuerpo, etc., así como los juicios solemnes ó actos de alta justicia en que intervenía el Rey. En la doble acepción la usa en este punto el autor.

Regente levantó sobre su cabeza la antorcha que empuñaba para alumbrar el combate. Quería mostrar al Rey los semblantes de los dos adversarios durante la lucha.

Gonzaga se batía con toda destreza y prudencia; pero ¿qué valía la ciencia toda del Príncipe ante la fogosidad terrible y sin piedad del justiciero? ¡Ah! No duró mucho el duelo. En menos de un minuto vióse al felón caballero desplomarse como fulminado por el rayo. En medio de su frente veíase un agujerito rojo.

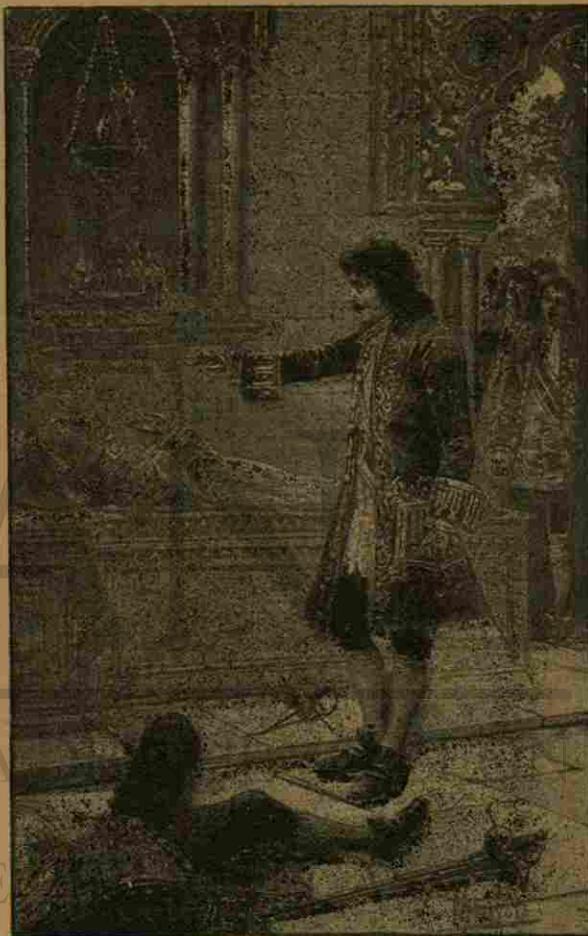
—¡Después de los criados, el amo! ¡Bien lo dijo el Pichón!—murmuró Cocardasse en voz baja á su inseparable colega y amigo el prudente normando.

Luego, rechazando despreciativamente con el pie su nueva y flamante Petronila, suspiró al oído de Amable:

—Pequeño mío, el bellaco la ha deshonrado.

La duquesa viuda, Flor y Aurora, que quisieron ver el final del combate, hallábanse á pocos pasos del cirujano que vendaba la herida leve de madame Liebault. Lagardère contemplaba fijamente el convulsionado rostro de su enemigo muerto.

—Enrique—díjole su suegra.—Aquí tenéis á la hija de Nevers, vuestra esposa. Yo bendigo



—¡Gracias á Dios, Nevers, he cumplido mi juramento!

vuestra unión ante el sepulcro de mi marido.

El joven Monarca estaba sobrado conmovido para poder pronunciar palabra. Felipe de Orleans contempló algunos instantes la estatua marmórea bajo la cual dormía el sueño eterno el que fuera Felipe de Lorena, duque de Nevers, y estrechando la mano del conde:

—¡Gracias!—dijole sencillamente.

Lagardère, á su vez, contempló un buen rato la estatua, luego elevó al cielo sus miradas, y rompiendo en sus rodillas la espada tinta en la sangre de su propio dueño, echó los pedazos al pie del mausoleo, diciendo con voz clara y vibrante:

—¡Gracias á Dios, Nevers, he cumplido mi juramento!...

FIN

INDICE

	<u>Páginas</u>
IX. Naufragio en el puente Rojo.....	7
X. El café Procopio.....	22
XI. Charla imprudente.....	40
XII. Nuevas páginas de las «Memorias de Aurora».....	55

CUARTA PARTE

El juramento de Lagardère.

I. Reunidos por las gracias	71
II. La sortija negra.....	82
III. Ultimo reto.....	91
IV. Velada de armas y mañana de fiesta....	108
V. La mayoría de edad del Rey.....	123
VI. A la boda	133
VII. El fin de la ceremonia.....	153
VIII. Después de los criados, el amo.....	163

vuestra unión ante el sepulcro de mi marido.

El joven Monarca estaba sobrado conmovido para poder pronunciar palabra. Felipe de Orleans contempló algunos instantes la estatua marmórea bajo la cual dormía el sueño eterno el que fuera Felipe de Lorena, duque de Nevers, y estrechando la mano del conde:

—¡Gracias!—dijole sencillamente.

Lagardère, á su vez, contempló un buen rato la estatua, luego elevó al cielo sus miradas, y rompiendo en sus rodillas la espada tinta en la sangre de su propio dueño, echó los pedazos al pie del mausoleo, diciendo con voz clara y vibrante:

—¡Gracias á Dios, Nevers, he cumplido mi juramento!...

FIN

INDICE

	<u>Páginas</u>
IX. Naufragio en el puente Rojo.....	7
X. El café Procopio.....	22
XI. Charla imprudente.....	40
XII. Nuevas páginas de las «Memorias de Aurora».....	55

CUARTA PARTE

El juramento de Lagardère.

I. Reunidos por las gracias.....	71
II. La sortija negra.....	82
III. Ultimo reto.....	91
IV. Velada de armas y mañana de fiesta.....	108
V. La mayoría de edad del Rey.....	123
VI. A la boda.....	133
VII. El fin de la ceremonia.....	153
VIII. Después de los criados, el amo.....	163



Biblioteca Calleja

OBRAS LITERARIAS DE AUTORES CÉLEBRES

Publica novelas interesantes, literarias, cultas y siempre morales, escogidas entre las mejores de todo el mundo, formando tomos en 8.º mayor (175×144 milímetros), con láminas finas, impresas cuidadosamente sobre papel satinado para su mayor belleza y menor volumen.

TOMOS PUBLICADOS

1. Jacolliot.—*El crimen del molino de Usor.*
1 bis. Souvestre.—*Memorial de familia.* ®
2. Bouvier.—*Colette ó la Cayenita.*
2 bis. Saint-Aubin.—*La heredera de Birague.*
3. Noir.—*La reina de los gitanos.*
3 bis. Maël.—*Lo que canta el amor.*
4. Salgari.—*Los pescadores de ballenas.*

- 4 bis. Salgari.—*Invierno en el Polo Norte.*
5. Féval.—*El juramento de Lagardère.*
6. Féval.—*Aurora de Nevers.*
7. Feuillet.—*La novela de un joven pobre.*
8. Toudouze.—*Las pesadillas.*
9. Salgari.—*La Soberana del Campo de Oro.*
10. Salgari.—*El rey de los Cangrejos.*
11. Belot.—*El parricida.*
12. Belot.—*Lubin y Dacolard.*
13. Merouvel.—*El Bazar de San Germán.*
13 bis. Maël.—*La Gaviota.*
14. Canivet.—*Hijo del mar.*
15. Salgari.—*Los naufragos del «Liguria».*
16. Salgari.—*Devastaciones de los piratas.*
17. Silvestre.—*Rosa de Mayo.*
17 bis. Maël.—*La mujer del capitán.*
18. Pont-Jest.—*De princesa á modelo.*
19. Vast-Ricouard.—*Conflicto entre dos amores.*
20. Salgari.—*Sandokan.*
21. Salgari.—*La mujer del pirata.*
22. Enne et Delisle.—*Aventureros del crimen.*
23. Bernard.—*La piel del león.*
24. About.—*El hombre de la oreja rota.*
25. Tony-Rébillon.—*El proscrito.*
26. Busnach.—*Yerros policíacos.*
27. Pothey.—*Malambó.*
28. Ponson du Terrail.—*Diana de Lancy.*
29. Vialon.—*El hombre del perro mudo.*

30. Salgari.—*Los estranguladores.*
31. Salgari.—*Los dos rivales.*
32 y 33. Walter Scott.—*Quintín Durward.*
34. Ponson du Terrail.—*El capitán Coquelicot.*
35. Maël.—*El torpedero 29.*
36. Salgari.—*Los tigres de la Malasia.*
37. Salgari.—*El rey del mar.*
38. Gautier.—*La novela de la momia.*
39. Barbey d'Aureville.—*La virgen viuda.*
40. Salgari.—*El capitán Tormenta.*
41. Salgari.—*El león de Damasco.*
42. Wilkie-Collins.—*La muerta viva.*
43. Champol.—*La hermana Alejandrina.*
44. Champol.—*Las que vuelven.*
45. Assollant.—*Dos amigos en 1792.*
46. Cherbuliez.—*Miss Rover.*
47. Salgari.—*La hija de los faraones.*
48. Salgari.—*El sacerdote de Phtah.*
49. Dickens.—*El hilo de oro.*
50. Dickens.—*El eco de la tormenta.*
51. Davidson.—*El misterio de la calle Harley.*
52. Gaboriau.—*El legajo número 113.*
53. Gaboriau.—*El hijo falso.*
54. Monteil.—*Juan de las Cadenas.*
55. H. de Saint-Aubin.—*El cura de aldea.*
56. Pradels.—*Agencia matrimonial.*
57. About.—*Treinta y cuarenta.*
58. Salgari.—*Los solitarios del Océano.*

59. Salgari.—*El estrecho de Torres.*
60. Féval.—*El castillo maldito.*
61. Féval.—*Los vampiros.*—Segunda parte de *El castillo maldito.*
62. Opale.—*La princesa Helga.*
63. P. Lebrun.—*Un tío á pedir de boca.*
64. P. Lebrun.—*El simpático Cascarrabias.*
65.—Féval.—*Los mercaderes de plata.*—Tercera parte de *El castillo maldito.*
66. Féval.—*La casa de Gelüberg.*—Cuarta parte de idem.
67. Féval.—*Los tres hombres rojos.*—Quinta parte de idem.
68. Féval.—*El misterio de la Trinidad.*—Sexta parte de idem.
69. Féval.—*Los bastardos de Bluthaup.*—Séptima parte de idem.
70. Féval.—*El barón de Rodach.*—Octava parte de idem.
71.—Salgari.—*La perla roja.*
72. Salgari.—*Los pescadores de perlas.*
73. Daudet.—*Tartarin de Tarascón.*
74. About.—*Germana.*
75. Walter Scott.—*Guy Mannering.*
76. Walter Scott.—*Enrique Beltrán de Ellan-gowan.*
77. Chavette.—*La bella Aliette.*
78. Cardona.—*El primo.*

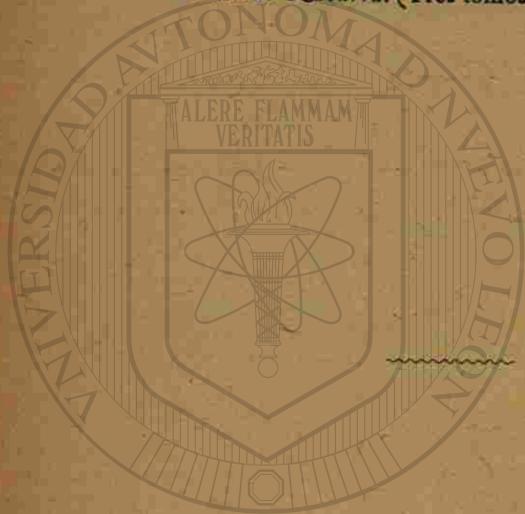
79. Ciurana.—*Una penitencia.*
80. Salgari.—*El corsario negro.*
81. Salgari.—*La venganza.*
82. Davidson.—*Dorina.*
83. Féval.—*El lunar rojo.*
84. Féval.—*El fantasma.*
85. Maël.—*Caridad.*
86. Salgari.—*La Reina de los caribes.*
87. Salgari.—*Honorata de Wan-Guld.*
88. Maël.—*Soledad*
88 bis. Maël.—*Pedro de Trémour.*
89. Salgari.—*Yolanda, la hija del corsario negro.*
90. Salgari.—*Morgan.*
91 y 92. Sienkiewicz.—*Quo vadis...?*
93. Ciurana.—*El debut de un juez.*
94. Salgari.—*La capitana del Yucatán.*
95. Martínez Zubiria.—*Alegre.*
96. Cheburliez.—*El conde Kostia.*
97. Maël.—*Siempre tuya.*
98. Conan Doyle.—*La sombra grandiosa.*
99. Dickens.—*Oliverio Twist.*
100. Dickens.—*Premio y castigo.*
101. Salgari.—*Los horrores de Filipinas.*
102. Salgari.—*Flor de las Perlas.*
103. Salgari.—*Los cazadores de cabezas.*
104. Conan Doyle.—*Rodney Stone.*
105. Conan Doyle.—*Estudio en rojo.*
106. Maël.—*Las que saben amar.*

107. Edgard Poë.—*Narraciones extraordinarias.*
108. Salgari.—*Al Polo Norte.*
109. Féval.—*El juego de la muerte.*
110. Féval.—*El capitán Mazurka.*
111. Féval.—*El último superviviente.*
112. Salgari.—*Las panteras de Argel.*
113. Salgari.—*El filtro de los califas.*
114. Socias.—*Celia.*
115. Souvestre.—*El mendigo de San Roque y Un filósofo en una guardilla.*
116. Mie d'Aghonne.—*El niño abandonado.*
117. About.—*La novela de un hombre honrado.*
118. Enault.—*Rolando.*
119. Davidson.—*La mujer de Rómulo Wissart.*
120. Reade.—*Aventuras de Elena Rolleston.*
121. Reade.—*Roberto y Arturo.*
122. Assollant.—*El doctor Judassohn.*—About.—*El rey de las montañas.*
123. Enault.—*Historia de una conciencia.*
124. Musset.—*Una vida del diablo.*
125 á 156 bis. Ponson du Terrail.—*Colección Rocambole.* (En prensa.)
157 y 158. E. Sienkiewicz.—*La familia Polaniecki.* (Dos tomos.) (En prensa.)
159. A. Belot.—*El secreto terrible.* (En prensa.)
160. P. Féval.—*La cosaca.* (En prensa.)
161. E. Souvestre.—*El pastor de hombres.* (En prensa.)

- 162, 163 y 164. E. Souvestre.—*El rey del mundo.* (Tres tomos.) (En prensa.)
165. Saint-Pierre.—*Pablo y Virginia.* — (En prensa.)
166 y 167. E. Salgari.—*El hombre de fuego.* (Dos tomos.)
171. Rahavanez.—*Pasiones.*
172. González y Rodríguez.—*Memorias de un ministro.*
173. Davidson.—*El precio de una vida.*
174. Souvestre.—*La gota de agua.*
175. Maël.—*Lo que puede la mujer.*
176. Salgari.—*Los dramas de la esclavitud.*
177. Autrán.—*O temporal O mores!*
178. About.—*El marido imprevisto.*
179. About.—*Las vacaciones de la condesa.*
180. About.—*El Marqués de Lanrose.*
181 y 182. Manzoni.—*Los novios.* (Dos tomos.)
183. Salgari.—*El continente misterioso.*
184 y 185. Salgari.—*Los horrores de la Siberia.* (Dos tomos.)
186 y 187. Salgari.—*Un drama en el Océano Pacífico.* (Dos tomos.)
188, 189 y 190. Paul Féval (hijo).—*Las cabalgadas de Lagardère.* (Tres tomos.) (Segunda parte de *Aurora de Nevers*, tomo VI de BIBLIOTECA CALLEJA.)
191, 192 y 193. Paul Féval (hijo).—*Cocardas.*

se y Passepöil. (Tres tomos.) (Tercera parte de
idem.)

194, 195 y 196. Navarro Villoslada. — *Doña
Blanca de Navarra.* (Tres tomos.)



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UAB

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

BUCARAMANGA

TEC